
HARLEQUIN
Bianca
LOS
CHATSFIELD
El secreto del millonario
CHANTELLE SHAW



Chantelle Shaw

El secreto del millonario



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El secreto del millonario, n.º 103 - abril 2015
Título original: Billionaire's Secret
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-6374-3
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

De nada le estaba sirviendo tener tanta tecnología a su disposición. Sophie se detuvo en el arcén de la carretera y apagó el motor. Aunque había seguido las instrucciones del navegador, estaba perdida. Las colinas de Chiltern se extendían frente a ella, pero no había ni una sola casa de campo a la vista, ni siquiera un cobertizo o cabaña.

El camino rural por el que la había guiado el navegador era tan estrecho que no quería ni pensar en lo que pasaría si se encontraba con algún otro vehículo en dirección opuesta. Suspirando, tomó el mapa que tenía en el asiento del copiloto y salió del coche. En cualquier otro momento, le habría encantado estar allí y disfrutar de la vista de la campiña inglesa en pleno verano. Todo estaba verde y lleno de vida bajo un cielo azul. Se fijó en los setos a ambos lados de la carretera, estaban llenos de flores silvestres de todos los colores. Pero ese no era un viaje turístico, Christos la había enviado a Buckinghamshire con un objetivo en mente y estaba deseando cumplir con su tarea.

Un par de horas antes, cuando había salido de Londres, había hecho un día magnífico, pero en esos momentos, aunque el sol brillaba, le dio la impresión de que había algo opresivo en el aire. Se dio la vuelta y se le cayó el alma a los pies cuando vio unos grandes y ominosos nubarrones en el horizonte. Una tormenta era lo último que necesitaba cuando estaba atrapada en medio de la nada. Oyó de repente un ruido sordo y pensó por un segundo que podía ser un trueno, pero no tardó en comprobar aliviada que se trataba de un tractor.

–¡Hola! Estoy buscando la Casa Chatsfield –le dijo al conductor del tractor cuando se cruzó con su coche–. Creo que me he debido de equivocar al tomar esta carretera, ¿no?

–No. Siga por aquí un kilómetro más y se encontrará con ella, señorita.

–¿Por este camino? –le preguntó ella mientras miraba con el ceño fruncido la carretera que desaparecía poco después en un denso bosque.

–El camino deja de ser vía pública aquí. A partir de esta zona, más o menos, pasa a ser propiedad privada de la familia Chatsfield. Pero no se molestan en mantenerlo en condiciones –contestó el hombre levantando la vista hacia el cielo oscuro–. Va a llover… Tenga cuidado de no meter una rueda en uno de esos agujeros o se quedará atascada.

–Gracias –repuso Sophie mientras se metía de nuevo en el coche.

El granjero la miró con algo de suspicacia.

–Tiene algún asunto de trabajo allí, ¿verdad? Casi nunca llegan visitas a la Casa Chatsfield. La familia se fue hace mucho tiempo.

–Pero Nicolo Chatsfield aún vive allí, ¿no?

–Sí, volvió hace unos años, pero pocas veces lo vemos por el pueblo. La hermana de mi esposa trabaja como limpiadora en la casa y nos ha dicho que se pasa todo el tiempo frente a su ordenador, trabajando en no sé qué finanzas con las que ha ganado una fortuna. Es una lástima que no gaste algo de ese dinero en el pueblo –le dijo el hombre–. No espere una cálida bienvenida de Nicolo. Y mucho cuidado con su perro, es del tamaño de un lobo.

Vio que las cosas se le ponían cada vez mejor. Hizo una mueca mientras encendía el motor. Tuvo la tentación de darse la vuelta y regresar a Londres, pero no podía presentarse ante su jefe y admitir que había fracasado. No era una opción aceptable.

Christos Giatrakos era el nuevo director general de la cadena de hoteles Chatsfield y había sido nombrado directamente por el patriarca de la familia, Gene Chatsfield, para recuperar el prestigio que siempre había tenido su imperio hotelero.

Desde entonces, se había convertido en su secretaria personal. No había tardado mucho en darse cuenta de que la mejor manera de lidiar con la formidable personalidad de Christos era enfrentándose a él y mostrándole que no le tenía miedo.

El resto del personal lo trataba con guantes de seda, pero ella no lo hacía. Había pocas cosas que asustaran a Sophie. El haber tenido que enfrentarse a su propia mortalidad durante su adolescencia le había dado una perspectiva diferente de la vida. Estaba orgullosa de que Christos la hubiera escogido a ella entre los cientos de candidatos que se habían presentado a la entrevista de trabajo.

Avanzó por el camino. Los árboles que bordeaban la carretera eran tan espesos que formaban un túnel oscuro. Los escasos rayos de luz que llegaban a esa parte del camino se filtraban a través de las hojas de los árboles, llenándolo todo de misteriosas sombras verdes. Se sentía como si fuera a aparecer de repente en el mágico reino de Narnia. Sabía que tenía una imaginación demasiado activa, algo que debía controlar. Continuó por el camino y no pudo evitar contener la respiración cuando, al girar en una curva, se encontró por fin con la Casa Chatsfield.

Era una edificación enorme y laberíntica, le recordó a los antiguos manicomios. Construida en ladrillo rojo y de estilo neogótico, no pudo evitar estremecerse. El aspecto general de la casa era muy sombrío y triste. Ni siquiera la glicinia morada que crecía alrededor de la puerta principal conseguía suavizar esa primera impresión.

Supuso que en sus tiempos habría sido la acogedora casa de la familia, pero tenía cierto aire de abandono que la hacía parecer inhóspita y gris.

Se imaginó que no era algo que le preocupara al único miembro de la familia Chatsfield que seguía viviendo allí. Continuó por el camino de grava y pasó junto a una fuente de piedra que parecía llevar mucho tiempo sin ser usada. La base de la fuente estaba vacía, excepto por unos centímetros de agua marrón en el fondo de la misma. Y la estatua de una ninfa que la decoraba había perdido la cabeza.

Recordó en ese momento la conversación que había tenido con Christos esa mañana, cuando llegó a la oficina y, como de costumbre, él ya estaba en su despacho. La había mirado con el ceño fruncido cuando colocó una taza de café frente a él.

–¡Maldita sea! ¡A veces me tienta la idea de llevar a todos los hijos de Gene Chatsfield a una isla desierta y dejar que se pudran allí!

No había necesitado más para entender lo que le pasaba.

–¿Cuál de los herederos te ha molestado hoy?

–Nicolo –le había contestado Christos.

–¿Sigue negándose a asistir a la asamblea de accionistas que tendrá lugar en agosto?

–Es tan terco como…

«Como tú», pensó ella sin atreverse a decirlo en voz alta. Su jefe estaba de muy mal humor esa mañana y prefirió morderse la lengua.

–Acabo de hablar con él. Me ha dicho que no tiene ningún interés en la empresa familiar ni en la parte de ella que le corresponde. Motivos por los que no ve necesario asistir a la reunión –le explicó su jefe–. Me aconsejó que no perdiera su tiempo ni el mío llamándolo de nuevo y, después, me colgó el teléfono.

No pudo evitar estremecerse cuando oyó a Christos maldecir entre dientes. Christos Giatrakos no estaba acostumbrado a que nadie le colgara el teléfono. Se dio cuenta de que Nicolo había conseguido sacarlo de sus casillas.

–Entonces, ¿qué vas a hacer?

–No tengo tiempo para seguir lidiando con Nicolo, así que vas a tener que ir tú hasta la residencia familiar de los Chatsfield y convencerlo para que venga a Londres. No puedo poner en práctica todos los cambios necesarios para reestructurar la cadena si no tengo la aprobación de todos los hijos. Si tan poco le interesa la empresa, supongo que estará dispuesto a vender sus acciones, pero tiene que estar en la reunión.

–Pero, ¿qué te hace pensar que me va a escuchar a mí? –le había preguntado ella–. Recuerdo que me contaste que ha vivido como un recluso durante años y que evita cualquier tipo de contacto con otras personas.

Christos había ignorado por completo sus quejas.

–No me importa cómo lo hagas. Tráelo de la oreja si es necesario, pero asegúrate de que Nicolo esté en la junta de accionistas –le había dicho Christos–. Además, me vendrá bien tenerte en Buckinghamshire. Quiero que te encargues del papeleo relativo a un inmueble que los Chatsfield tienen en Italia. Gene comenzó trabajando desde su despacho en la casa familiar durante los primeros años. No empezó a pasar más tiempo en Londres hasta después del nacimiento de los gemelos, cuando empezaron también sus problemas matrimoniales con Liliana.

Su jefe le había dedicado entonces su sonrisa más persuasiva.

–Te vendrá bien salir de la ciudad y pasar un tiempo en esa casa de campo. Los Chatsfield tienen una gran finca alrededor de la casa. Creo que hay incluso una piscina de la que podrás disfrutar mientras estés allí.

–Eso suponiendo que Nicolo me invite a quedarme en la casa, algo que veo poco probable.

–No necesitas su invitación. Vive en la casa, pero no es suya –le había aclarado su jefe–. Tienes permiso del propio Gene Chatsfield para quedarte todo el tiempo que quieras.

«¡Qué suerte!», pensó Sophie con sarcasmo mientras miraba la imponente casa.

La enorme puerta de entrada estaba pintada de negro y tenía un feo llamador de bronce en forma de cabeza de carnero. Respiró profundamente, golpeó la puerta con la aldaba y esperó un par de minutos antes de llamar de nuevo.

Suponía que Nicolo tendría contratadas a algunas personas para el mantenimiento y cuidado de una casa de ese tamaño y estaba segura de que cualquiera que estuviera dentro de la casa habría oído sus golpes en la puerta.

Una repentina ráfaga de viento removió un montón de hojas muertas frente a la fachada principal y vio que el cielo se estaba oscureciendo ya. No pudo evitar estremecerse, cada vez estaba más inquieta.

Sabía que tenía que controlar su impaciencia. Se asomó a una ventana, pero no vio señales de vida dentro de la casa. No entendía dónde podría estar Nicolo Chatsfield. Christos le había dicho que había hablado con él por teléfono esa misma mañana.

Tenía una buena excusa para conducir de vuelta a Londres y decirle a Christos que había sido incapaz de encontrar a Nicolo, pero ella no era así, no podía renunciar sin intentarlo. Nunca se había dado por vencida. Habían pasado ya diez años desde que tuviera que armarse

de valor y tenacidad para luchar por su vida. Que le dijeran a los dieciséis años que tenía un tipo de cáncer muy agresivo había sido un golpe demoledor. Había pasado entonces de ser una adolescente feliz y despreocupada a tener que enfrentarse a la posibilidad de morir por culpa de esa enfermedad.

Por mucho que viviera, sabía que nunca iba a poder olvidar la punzada de terror que había sentido en la boca del estómago cuando el médico le había dado la noticia. También recordaba perfectamente la expresión de miedo en el rostro de su madre. En ese momento, se había prometido a sí misma que, si superaba la enfermedad y el duro tratamiento de quimioterapia por el que iba a tener que pasar, viviría su vida al máximo, aprovechando todas las oportunidades que se le presentaran y sin dejar que ninguno tipo de problema la echara para atrás, por difícil que pareciera.

Después de todo lo que le había pasado, encontrarse con una puerta cerrada no era más que un pequeño inconveniente. Rodeó el camino de grava hasta llegar a la parte de atrás de la casa. Se encontró entonces con un enorme jardín con mucha vegetación. Supuso que allí habría habido un cuidado césped que los jardineros se habrían encargado de recortar con regularidad, pero se dio cuenta de que nadie había cuidado tampoco esa zona de la casa. Se había convertido en un prado salvaje y los rosales estaban invadidos por malas hierbas que crecían libremente.

El aire de abandono que había en toda la propiedad era innegable. Trató de abrir la puerta de atrás y vio que no estaba cerrada con llave. Supuso que Nicolo debía de estar en casa.

Después de unos segundos, decidió entrar y se encontró en la gran cocina de la vivienda. Había en el centro un antiguo hornillo de hierro fundido que atrajo su atención nada más verlo.

–¡Hola! ¿Hay alguien en casa? –preguntó entonces.

Atravesó la cocina y salió a un pasillo. Siguió mirando en otras habitaciones. Se fijó en los muebles antiguos y en la elegante decoración, había incluso un piano de cola en el salón. Se acercó al piano y levantó la tapa. Pasó los dedos sobre las suaves teclas. Los pianos siempre le recordaban a su padre, que solía tocarlo en su casa de Oxford, donde se había criado.

Siempre le había encantado escucharle. No pudo evitar recordar con nostalgia esos tiempos tan felices. Su infancia había sido idílica y siempre le había parecido que sus padres habían tenido una buena relación amorosa. Pero unos años después, su cáncer extendió una especie de nube negra sobre su vida y había terminado por destruir lo que hasta entonces había sido una familia feliz. La traición de su padre había sido lo más difícil de aceptar, incluso más complicado que su enfermedad. Siempre había sentido que la había abandonado

cuando ella más lo había necesitado y aún le dolía recordarlo.

Bajó la tapa del piano, no quería dejarse llevar por esos recuerdos tan dolorosos, no era el momento.

Sintió en ese instante que no estaba sola y sonó segundos después un gruñido que le erizó el cabello. Se dio la vuelta y se quedó sin respiración al ver un hombre y un perro en el umbral de la puerta. Los dos eran grandes y tenían un aspecto sombrío y amenazador. Aunque tenía que reconocer que el perro le pareció menos aterrador que su amo.

La única fotografía que había visto de Nicolo Chatsfield había sido una imagen recortada de un periódico que Christos le había enseñado. La foto debía de tener unos diez años. Por aquel entonces, Nicolo había sido uno de los más famosos donjuanes de la escena internacional, un joven que se dedicaba a vivir la vida gastándose el dinero de su familia con coches deportivos, champán y bellas mujeres. A los veinte años, su aspecto no había tenido nada que envidiar a los modelos masculinos que aparecían en las revistas de moda. No eran visibles en la foto las terribles cicatrices que tenía, al parecer por culpa de un terrible incendio. Muchos creían que no había conseguido superar lo ocurrido y por eso vivía allí como un ermitaño.

Como les pasaba a sus hermanos, también Nicolo había atraído a la prensa con su comportamiento. Durante años, sus escándalos habían llenado páginas y páginas en las revistas del corazón, algo que había afectado negativamente a la imagen de la empresa familiar. Pero, durante los últimos tiempos, los medios lo habían ignorado por completo.

El hombre que tenía frente a ella en esos momentos apenas se parecía al joven de la vieja fotografía. Sus hermosos rasgos se habían endurecido y sus pómulos y su mandíbula parecían tan inflexibles y duros como el granito. Sabía que solo tenía treinta y dos años, pero parecía más viejo. No sonreía y sus ojos eran completamente inexpresivos. Llevaba su cabello castaño bastante largo, casi hasta los hombros, y vio una sombra de barba en su mandíbula. Tenía el aspecto de un hombre al que no le importaba nada lo que los demás pensaran de él.

Sophie tragó saliva. No tenía miedo, pero no pudo evitar sentirse algo intimidada por la impresionante masculinidad y fuerza que parecían emanar de él. No había hablado y su silencio era inquietante. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para recuperar la compostura y sonreír.

–Supongo que se estará preguntando qué hago en su casa –comenzó ella.

–No, sé lo que está haciendo –replicó Nicolo con brusquedad.

A pesar del tono, había algo tan sensual en su voz que no pudo

evitar que un escalofrío recorriera su espalda.
–Está cometiendo un delito, allanamiento de morada –agregó Nicolo.
–Bueno. No exactamente…
Sophie dio un paso adelante, pero vaciló cuando oyó que el perro gruñía a modo de advertencia. Miró al animal con cautela. Reconoció enseguida su raza, era un lobero irlandés y de un tamaño muy grande. No quería convertirse en su cena esa noche, así que decidió que era mejor no moverse mientras hablaba con Nicolo.
–Será mejor que me presente. Me llamo Sophie Ashdown y soy la secretaria personal de Christos Giatrakos. Christos me encargó que viniera para pedirle…
–Ya sé lo que quiere Christos –la interrumpió Nicolo–. Y mi respuesta es la misma que le adelanté esta mañana por teléfono. Me temo que ha venido para nada, señorita Ashdown. Cierre la puerta al salir.
–¡Espere! –exclamó ella al ver que Nicolo se daba la vuelta y salía del salón con el perro–. Señor Chatsfield…
Salió detrás de Nicolo, pero él la ignoró por completo. Entró en otra habitación y cerró la puerta tras él.
–No me lo puedo…
Se quedó perpleja mirando la puerta. Empezaba a perder la paciencia. Nunca la habían tratado tan mal. Sin detenerse a pensar en lo que hacía, giró el picaporte y entró.
Le quedó muy claro que era el despacho de Nicolo. Se trataba de una gran sala con altos techos. Las paredes estaban cubiertas de estanterías y grandes archivadores. Sobre la mesa había un impresionante sistema informático con ocho monitores que mostraban de manera constante columnas con cientos de cifras y gráficos que cambiaban constantemente.
Recordó entonces lo que Christos le había contado. Nicolo había conseguido hacerse una exitosa carrera como operador financiero. Era el dueño de una empresa de inversiones que se llamaba Lobo Negro y gracias a ella se había convertido en uno de los hombres más ricos de la región.
Lo miró de arriba abajo. Por muy rico que fuera, no parecía gastarse el dinero en ropa. Llevaba un gabán negro bastante viejo y sus botas de media caña estaban desgastadas. Le llamó la atención ver que solo llevaba un guante y que cubría su mano izquierda. De no haber sabido de quién se trataba, lo podría haberlo confundido con un cazador cualquiera. Sobre todo si se empeñaba en ir a todas partes acompañado por su perro.
El animal seguía gruñéndole y decidió no moverse.
Nicolo, en cambio, estaba de pie junto a la mesa, estudiando los

monitores. Aunque la había oído entrar, no se giró hacia ella.

–Adiós, señorita Ashdown –le dijo con la misma voz amenazadora y sin mirarla.

Su paciencia empezaba a agotarse.

–Señor Chatsfield…

El perro le enseñó los dientes y Nicolo continuó ignorándola. Llegó a pensar que sería capaz de quedarse sin hacer nada aunque el perro tratara de atacarla.

La situación le parecía ridícula. No iba a poder hacer su trabajo y tratar de persuadir a Nicolo para que al menos la escuchara mientras tuviera los ojos de ese perro fijos en ella. No tenía demasiada experiencia con perros, pero había leído en alguna parte que el lobero irlandés era de carácter amistoso a pesar de su aspecto imponente. El de Nicolo seguía mirándola con cara de pocos amigos e incluso mostrándole los dientes, pero tenía que arriesgarse. Solo había una manera de averiguar qué tipo de carácter tenía ese perro. Respiró profundamente, se acercó a él y le mostró el dorso de la mano para que el animal la oliera.

–¡Hola, chico! Eres muy bueno, ¿verdad? –le susurró ella algo más tranquila mientras miraba de reojo a Nicolo–. ¿Cómo se llama?

–*Madonna!* –maldijo Nicolo entre dientes.

Aunque se había criado en Inglaterra, usaba a menudo el italiano, la lengua materna de su madre. Sobre todo en los momentos más emotivos o cuando estaba molesto por algo. Por ejemplo por la intrusión de esa mujer. No podía creer que se hubiera atrevido a entrar de esa manera, sin ser invitada. Y no solo a su casa, sino también a su despacho.

Apartó los ojos del monitor en el que había estado estudiando el índice FTSE 100 y la miró por encima del hombro. Le sorprendió ver que Sophie Ashdown estaba acariciando al perro.

–Dorcha –murmuró irritado–. Significa «oscuro» en irlandés.

–¡Ah! Entonces, acerté con la raza. Es un lobero irlandés, ¿verdad?

Nicolo gruñó entre dientes. Tenía que reconocer que le estaba sorprendiendo lo intrépida que era esa mujer. A casi todo el mundo le asustaba su perro. Después de todo, era casi del tamaño de un poni. Con su pelaje negro y espeso, tenía un aspecto muy amenazante. Pero, tal y como estaba demostrándole en ese momento a la recién llegada, tenía muy buen carácter.

–La verdad es que no parece un lobo –comentó la joven.

–Se llaman así porque antiguamente se usaban para cazar lobos, no tiene nada que ver con su apariencia. La raza es muy antigua, de los tiempos del imperio romano. Utilizaban a los loberos como perros de

guardia y para cazar jabalíes y lobos.

–Bueno, me alegra ver que no quiere cazarme a mí –le dijo Sophie con una alegre sonrisa.

Tenía que admitir, aunque fuera a regañadientes, que la secretaria de Giatrakos era una mujer muy atractiva. Frunció el ceño al pensar en ese tipo. Le parecía increíble que su padre hubiera puesto a ese griego a la cabeza del imperio Chatsfield. No lo conocía personalmente ni pensaba hacerlo. Llevaba los últimos ocho años muy distanciado de la empresa y había tratado de convencerse a sí mismo de que no le importaba lo que le pudiera pasar a la cadena hotelera, pero la decisión de su padre de nombrar como director general a alguien que no formaba parte de la familia le había demostrado que esa empresa le importaba más de lo que quería reconocer.

Le dolía sobre todo por su hermana. Lucilla había trabajado muy duro en el hotel que era el buque insignia de la compañía, el Chatsfield de Londres, y todos habían asumido que algún día tomaría el relevo de su padre al frente del imperio hotelero.

No le extrañaba nada que Lucilla estuviera muy molesta al ver cómo su propio padre la había ignorado para contratar a Christos. Se sentía muy mal por ella. Creía que su hermana mayor había hecho todo lo posible para mantener a la familia unida después de que su madre los abandonara y su padre se dedicara a acostarse con las doncellas del hotel.

Pero, en lugar de darle el puesto en la empresa que se merecía, se había visto relegada a un segundo lugar y a las órdenes del nuevo director general.

La ira se apoderó de él mientras miraba a Sophie Ashdown de arriba abajo. No entendía cómo se atrevía a entrar en su casa y dar por sentado que iba a ser bien recibida. Incluso su aspecto estaba consiguiendo irritarlo. Llevaba un elegante traje de lino que parecía muy caro y exclusivo, medias claras en sus largas piernas y unos tacones demasiado altos para el campo.

Tenía el pelo rubio dorado, casi del color de la miel. No quería siquiera imaginarse cuántas horas tendría que pasar cada semana en la peluquería para conseguir esa perfecta melena que caía en capas hasta la mitad de su espalda. La señorita Ashdown tenía un aspecto impecable y era muy bella. Supuso que, con ese aspecto, estaría acostumbrada a salirse con la suya.

En el pasado, durante sus años más locos y salvajes, se habría sentido atraído de manera casi inmediata por esa mezcla de sofisticación y sensualidad y le habría faltado tiempo para tratar de llevársela a la cama. Pero no quería ni pensar en ese Nicolo. Había llegado a despreciar al hombre que había sido y odiaba que le recordaran su pasado.

–Dorcha, ven aquí –le ordenó con firmeza.

Fue un alivio ver que el perro le obedecía de inmediato. Lo último que necesitaba era que Dorcha lo avergonzara delante de esa mujer. Echó un vistazo a los monitores de ordenador. Había bastante actividad en los mercados de Asia y el índice Nikkei había subido trescientos puntos. Quería estar solo para poder concentrarse en la única cosa que se le daba bien. Si algo sabía hacer era ganar dinero y no quería trabajar con esa mujer a su lado.

–A lo mejor no me ha entendido bien, señorita Ashdown –le dijo entonces mientras iba hacia ella–. No pienso ir a la junta de accionistas ni quiero saber nada de su jefe.

Le puso la mano en el hombro y la acompañó hacia la puerta. Le encantó ver cómo abría asustada los ojos al sentir que la tocaba.

–Por lo que a mí respecta, Christos se puede ir al infierno. No tiene ningún derecho a estar al frente de la empresa.

–Fue su padre quien le dio ese derecho.

–Pues ya ha llegado la hora de que mi padre recupere el sentido común y ponga a mi hermana a cargo de la cadena. Lucilla conoce el negocio mejor que nadie, mucho mejor que Giatrakos.

–Entiendo perfectamente la lealtad que siente hacia su hermana…

–Usted no entiende nada –la interrumpió furioso.

Ver comprensión en los ojos castaños de Sophie Ashdown era lo último que necesitaba. Durante un segundo, había sentido el inexplicable impulso de decirle que creía que su padre había traicionado a la familia entregándole el mando de la empresa a alguien ajeno a los Chatsfield. No entendía por qué había estado a punto de hacerlo. No era un hombre dado a confidencias personales, ni siquiera con los pocos amigos que tenía. Creía que era absurdo sentir la necesidad de contarle algo así a una mujer a la que no conocía de nada.

Estaba tan cerca de ella que podía oler su perfume. No tardó en reconocerlo, era el aroma propio de la cadena Chatsfield. Un perfume con notas de madera de cedro, bergamota, lavanda y rosa. Era un olor que evocaba emociones encontradas dentro de él. Le recordaba a su primera infancia, cuando visitaba con sus padres los hoteles Chatsfield que tenían por todo el mundo. En la actualidad, todos los hoteles de la cadena se perfumaban sutilmente con ese aroma, que se dispersaba por el aire acondicionado de los hoteles y que también estaba presente en los artículos de aseo que se obsequiaban a los huéspedes.

Habían sido tiempos felices. De pequeño, había creído que sus padres se querían y había crecido pensando que tenía una familia estable y unida. Pero, poco después, todo se había desmoronado. Su madre los dejó y no la había vuelto a ver desde entonces. Se había sentido destrozado y abandonado. Después, cuando descubrió cómo

era de verdad su padre, se sintió asqueado.

Sophie Ashdown le recordaba todas esas cosas con su mera presencia, con el perfume del hotel. Y él no quería pensar en el pasado, en lo que había hecho ni en los remordimientos que devoraban su alma. En el campo había encontrado algo de paz, apartado del resto del mundo con la única compañía de su trabajo y su perro. No quería que nadie perturbara esa frágil paz con su presencia. La visita de esa mujer era una intrusión imperdonable en su vida privada.

La llevó sin soltarle el hombro hasta el pasillo.

–Se las ha arreglado para entrar en la casa, así que estoy seguro de que no tendrá problemas para salir de nuevo a la calle –le dijo él con sarcasmo.

Un fuerte trueno hizo que retumbaran los cristales de las antiguas ventanas de la casa.

–Si fuera usted, me pondría en marcha cuanto antes. El camino no tardará en inundarse y tardaría horas en regresar a la aldea si se queda atascada en los agujeros de la carretera.

Capítulo 2

Por segunda vez en poco tiempo, Sophie volvió a verse frente a la puerta cerrada del despacho de Nicolo. Se frotó el hombro que él había agarrado con fuerza para sacarla de allí. No había conocido nunca a nadie tan terco y maleducado como él.

Christos ya le había advertido de que Nicolo no iba a ser fácil de convencer y que iba a tener que usar todas sus armas para conseguir que fuera a la junta. Pero, de momento, ni siquiera había conseguido hablar con él.

Aun así, había logrado vislumbrar una grieta en su armadura cuando le había mencionado a su hermana. Nicolo creía que Lucilla debía ser la directora general de la empresa. Creía que, si conseguía convencerlo de que Christos iba a estar abierto a las sugerencias de Lucilla, quizás pudiera persuadirlo para que fuera a la importante reunión en Londres.

Por muy frío y duro que pareciera, le había parecido ver un breve destello de emoción en su rostro cuando le habló de su hermana. Era todo lo que necesitaba para no darse por vencida. Estaba convencida de que conseguiría su propósito si probaba con una táctica distinta.

Sabía que no le convenía volver a entrar en el despacho, estaba segura de que no iba a recibirla con alegría. Prefería darle unos minutos para que se tranquilizara y regresar después con una ofrenda de paz. Creía que quizás así consiguiera que al menos la escuchara.

Fue a la cocina. Era la hora de la comida y decidió tentar a Nicolo con un buen bocadillo. Pero no tardó mucho en descubrir que en la nevera solo había un pedazo de queso caducado y un par de filetes de ternera crudos.

Miró en la despensa y en los armarios, pero no encontró nada. Le habría encantado poder prepararse una taza de té, pero tuvo que conformarse con un café. Al fondo de uno de los armarios había encontrado un paquete de galletas.

Lo puso todo en una bandeja y volvió al despacho, pero no obtuvo respuesta alguna cuando llamó a la puerta. Sin pensárselo dos veces, abrió y entró. Le dedicó una alegre sonrisa mientras colocaba la bandeja en la mesa, delante de Nicolo.

–Pensé que le gustaría comer algo y pensaba hacerle un sándwich. Pero, aparte de un par de filetes crudos, no he encontrado nada más en la nevera. Supongo que toda esa carne roja es para Dorcha. ¿Qué es

lo que cena usted?

–Filetes –repuso Nicolo gruñendo–. Y poco hechos –agregó mirándola a los ojos–. ¿A qué demonios se supone que está jugando, señorita Ashdown? Le dije que se fuera de aquí, de la casa, no que fuera a curiosear en mi cocina.

–La verdad es que no hay mucho que curiosear –repuso ella–. Y no habría estado de más que me hubiera ofrecido una taza de té después de haber venido a verlo desde Londres.

–Si ha venido es porque ha querido hacerlo. No es problema mío que haya decidido perder el tiempo de esa manera. Ya le dejé muy claro a Giatrakos lo que pienso de su maldita reunión.

Sophie había acercado una silla a la mesa, pero tomó la cafetera antes de sentarse.

–Le sirvo un poco, ¿le parece? –le comentó ella.

–*Mamma mia!* –exclamó Nicolo–. ¿Qué es lo que no ha entendido de lo que le he dicho, señorita Ashdown? ¡Váyase de mi casa!

–No tengo la intención de irme, lo siento –le dijo con calma.

–En ese caso, estoy en mi derecho de obligarla a salir.

Nicolo se puso de pie y fue hacia ella. Estaba fuera de sí, ni él mismo comprendía la intensidad de su enfado. Llevaba años sofocando sus emociones, decidido a no permitir que su carácter lo dominara hasta el punto de perder el control. Las cicatrices que cubrían un lado de su cuerpo eran un recordatorio constante de lo que era capaz de hacer cuando perdía la cabeza. Era algo que no iba a olvidar nunca, pero la inesperada intromisión de Sophie Ashdown estaba consiguiendo sacarlo de sus casillas y perturbar su paz.

Sophie se quedó sin respiración viendo lo furioso que parecía estar Nicolo. Apretaba la mandíbula y la fulminaba con la mirada. Lamentó en ese instante no haberle hecho caso. A pesar de la tensión del momento, no se le pasó por alto lo interesantes que eran sus ojos. Los iris, de color marrón claro, estaban rodeados por una banda de color que le daba a su mirada un tono verde oliva que era muy poco común y extrañamente fascinante.

Dio un paso hacia atrás y se dio con el borde de la mesa. Se le ocurrió entonces que debería haberle dicho que tenía el permiso de su padre para alojarse en la casa familiar, pero había preferido mantener ese as en la manga hasta necesitarlo de verdad. Y se dio cuenta de que era en ese instante cuando debía decírselo. Pero, antes de que pudiera hablar, Nicolo la agarró por la cintura e, ignorando su grito de sorpresa, la levantó del suelo, colocándola sobre su hombro como si fuera un saco de patatas.

–¡Eh! ¿Qué hace? ¡Suélteme ahora mismo! –gritó.

La habitación giró rápidamente frente a sus ojos mientras Nicolo caminaba hacia la puerta. Podía sentir cómo se le subía la sangre a la

cabeza. Pero no le molestaba tanto la incomodidad de su posición como lo que estaba haciendo con su dignidad.

–¿Cómo se atreve? –insistió mientras le golpeaba la espalda con los puños.

Pero Nicolo no le hizo caso y la sacó del despacho. Siguió hasta llegar a la cocina.

Su bolso estaba en la encimera, donde lo había dejado ella misma. Nicolo lo recogió.

–¿Tiene aquí las llaves del coche?

–Sí –replicó furiosa–. Bájeme, le prometo que me iré.

–Tuvo su oportunidad y la perdió, señorita Ashdown –contestó él en un tono inflexible.

Era difícil respirar con su estómago aplastado contra el hombro de Nicolo. No podía dejar de jadear con cada paso que daba él. Le parecía increíble que la estuviera tratando de ese modo, era surrealista. Agitó sus piernas con fuerza. Tenía la esperanza de lograr así que la dejara en el suelo, pero Nicolo se limitó a agarrarla con más ímpetu.

A pesar de la tela de la falda, podía sentir el calor de su mano sobre el trasero. Y le sorprendió aún más sentir que ese contacto despertaba su deseo sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Se puso rígida, le horrorizaba que su cuerpo pudiera traicionarla de esa manera cuando ese hombre estaba siendo un cavernícola. Después de todo, era una profesional bien educada, tenía titulación universitaria. Había estudiado Administración de Empresas y Secretariado Ejecutivo en la Cámara de Comercio de Londres. Le entraron ganas de decírselo a gritos, no tenía derecho a tratarla como lo estaba haciendo.

Nicolo abrió la puerta y bajó los escalones de la entrada. Ya había llegado por fin la esperada tormenta y sintió la lluvia en su espalda, empapando su blusa. Recordó entonces que había dejado su chaqueta en la cocina. Pero, aunque consiguiera convencer a Nicolo para que la dejara ir a por ella, no quería ni pensar en volver a entrar en esa casa.

Cuando por fin la dejó en el suelo, estaba tan furiosa que no le salían las palabras.

–¡Eres…! ¡Eres un neandertal! –le gritó poco después–. Voy a denunciarte por asalto.

Tuvo que apretar la mandíbula para tratar de controlar sus dientes, que no dejaban de castañetear por culpa de la fría lluvia y de lo que acababa de pasarle con Nicolo.

–Ha entrado en mi propiedad sin ser invitada y tengo derecho a utilizar los medios razonables para sacarla de aquí –le dijo Nicolo fríamente mientras se cruzaba de brazos.

Sophie se quedó mirando sus atractivos y masculinos rasgos y sintió que se derretía por dentro, no podía evitarlo. Muy a su pesar, tenía

que reconocer que era un hombre muy sexy. Con ese largo y negro gabán y las botas altas, parecía sacado de la época victoriana, de una de esas novelas románticas de las que solía disfrutar en secreto.

Vio cómo Nicolo se apartaba el pelo de la cara. Más que caballero de esa época, tenía aspecto de bandolero. Le había dejado muy claro que sentía un desprecio total por las normas sociales.

Se dio cuenta entonces de que Christos iba a tener que encontrar otra manera de convencerlo para que asistiera a la junta porque ella se negaba a permanecer allí ni un minuto más. Abrió el bolso con manos temblorosas para sacar las llaves y fue a su coche. Estaba empapada y la falda se aferraba a sus piernas. Le resultó bastante difícil entrar y sentarse al volante.

–Conduzca con cuidado –le aconsejó Nicolo–. Hay algunas curvas muy pronunciadas y son bastante traicioneras cuando el camino esta mojado.

Le habría encantado abofetearlo en ese momento, la miraba con un gesto tan arrogante… Pero había también un brillo peligroso en sus ojos y su sentido común prevaleció.

–Váyase al infierno –le espetó ella mientras cerraba la puerta y encendía el motor.

Pisó con tanta fuerza el acelerador que los neumáticos giraron sobre la grava húmeda, pero poco después comenzó a moverse deprisa de camino a la salida. Miró por el espejo retrovisor. No le habría extrañado ver que Nicolo se quedaba observándola para asegurarse de que salía de la finca, pero vio que ya se había dado la vuelta e iba hacia la casa.

Sophie condujo tan rápidamente como le permitían la fuerte lluvia y los terribles baches del camino. Lo hizo mientras le dedicaba a Nicolo Chatsfield todos los insultos que conocía. Cuando llegó a la aldea, aún estaba furiosa. Se metió en el aparcamiento del bar local. Estaba muy enfadada. Pero, aun así, se dio cuenta de lo que acababa de hacer.

Había renunciado a su objetivo. No lo podía creer. Sophie Ashdown, la misma que se había aferrado a la vida con determinación durante su adolescencia, había sido derrotada.

Se mordió el labio. No había llorado desde que a los dieciséis años se miró en el espejo y vio que había perdido todo su pelo por culpa de la quimioterapia. A partir de ese momento había usado un gorro de lana tejido por su abuela. Lo había hecho para ocultar su calvicie y también porque esa enfermedad la hacía sentir frío todo el tiempo. Perder su bella melena la había obligado a enfrentarse a su enfermedad y a la aterradora posibilidad de que podía llegar a morir.

Había llorado durante horas, a solas en la sala de aislamiento del

hospital donde estaba recibiendo el tratamiento. Le había parecido tan injusto… Tenía mucho aún que vivir.

Después de horas llorando, lo único que había conseguido era tener los ojos rojos y la cara hinchada, además de su brillante calva. Había dejado de ser una joven guapa para convertirse en la persona más fea del planeta. Era como si la Sophie Ashdown que había sido hasta entonces hubiera dejado de existir.

Había sido el peor momento de su enfermedad, pero también un punto de inflexión. Se había prometido entonces que no iba a dejar que el cáncer le robara todo lo que amaba. Ya le había arrebatado el pelo, las pestañas y su orgullo. También se había llevado a dos de los amigos que había hecho en el hospital. Pero el cáncer le había hecho desarrollar una férrea determinación que no la había abandonado desde entonces.

Reflexionó sobre lo que acababa de pasar. No entendía por qué había dejado que Nicolo Chatsfield le quitara lo mejor que tenía. Había dejado que se saliera con la suya. Había permitido que su escandaloso comportamiento, sacándola de la casa como si fuera un saco de patatas, la hiciera salir despavorida de allí. Se dio cuenta de que había caído en la trampa.

No quería tener que regresar a Londres y decirle a Christos que había fracasado. Pero la otra opción que tenía era dar la vuelta al coche y conducir de vuelta hasta la casa.

La perspectiva de tener que enfrentarse a Nicolo de nuevo hizo que se le acelerara el corazón. Sabía que lo más sensato que podía hacer era volver a Londres y dejar que Christos lidiara con Nicolo, pero era demasiado orgullosa para hacerlo.

Creía que Nicolo le había ganado la primera batalla, pero no la guerra. Se sintió más decidida que nunca. De un modo u otro, iba a conseguir que la escuchara. Pero, antes de volver a la casa, tenía que comprar comida. Podía soportar la idea de lidiar con el mal carácter de ese hombre, pero no quería tener que comer la carne que se había encontrado en su nevera.

Nicolo salió del espeso arbolado que había al final de la finca y buscó a Dorcha con la mirada. No tardó en encontrarlo husmeando en la madriguera de un conejo.

–Vamos, chico –lo llamó mientras abría la puerta del jardín y cruzaba el césped mojado.

Después de pasar horas sentado frente a su ordenador, le sentaba muy bien salir a que le diera el aire y hacer un poco de ejercicio. La tormenta había pasado, pero había dejado un cielo tan gris y cubierto de nubes que no parecía verano. Aun así, le encantaban esos días

húmedos y grises, eran los que más se adecuaban a su sombrío estado de ánimo.

Dorcha se le adelantó y fue directo a la puerta que daba a la cocina. Había estado actuando de manera muy extraña durante toda la tarde, dando vueltas por el despacho y gimiendo. Pensó que quizás le hubiera afectado la presencia de otra persona en la casa.

Frunció el ceño al pensar en ello. La visita de Sophie Ashdown había sido una distracción molesta. Incluso después de deshacerse de ella, le había costado volver a concentrarse en lo que tenía que hacer, algo desastroso en su línea de trabajo. Tenía que estar completamente centrado para seguir lo que pasaba en los mercados financieros de todo el mundo. Y, como consecuencia, había terminado perdiendo cientos de miles de libras. No le preocupaba perder dinero. Después de todo, solo era una pequeña fracción de su riqueza, pero pocas veces tomaba decisiones tan malas como las que había tomado ese día.

Y creía que todo lo que le estaba pasando era por culpa de la secretaria de Giatrakos. El perfume de Sophie aún persistía en su estudio. Otra razón más por la que había decidido salir para que le diera el aire. Tampoco entendía por qué su imagen se había quedado grabada en su mente. Le había parecido una mujer atractiva, pero él ya no era el descerebrado que había sido en su juventud, siempre a merced de sus hormonas. No sabía con cuántas mujeres se había llegado a acostar. Prefería no pensar en ello. Sus estúpidas hazañas solían llenar las revistas del corazón y había provocado con su agitada vida amorosa que los paparazis lo siguieran a todas partes.

Vio que Dorcha estaba ladrando y saltando bajo la ventana de la cocina. Supuso que habría visto un ratón. Pero, cuando llegó y abrió la puerta de la cocina, se detuvo en seco.

–¿Otra vez aquí? –exclamó fuera de sí–. Por el amor de Dios, señorita Ashdown, ¿es que no se lo he dejado bastante claro? ¡No quiero que esté en mi casa!

–Pues parece que su perro no piensa lo mismo. Te alegra verme, ¿verdad, muchacho? –le dijo Sophie alegremente a Dorcha–. Eso que hueles es tu cena –le dijo al perro.

Después, lo miró a él.

–Estoy haciéndole un filete a él y truchas rellenas para nosotros. No debería comer tanta carne roja, es malo para su sistema digestivo y seguro que además uno de los motivos por los que está de tan mal humor.

–¿Eso cree? –le preguntó fulminándola con la mirada

No podía confesarle que el aroma de las truchas estaba consiguiendo abrirle el apetito. En realidad, estaba harto de comer carne cada noche, pero no se había dado cuenta hasta entonces.

–He comprado un montón de verdura y otras cosas –le explicó

Sophie–. La dueña de la tienda me dijo que tenía cocinera, pero que, desde que se jubiló, ha estado viviendo aquí solo.

–Me gusta estar solo –le dijo Nicolo con firmeza.

–También me dijo que tiene una señora de la limpieza que viene dos veces por semana. Pero eso ya lo sabía. Supongo que se trata de la cuñada del granjero con el que me crucé al venir.

–No tengo ni idea de quién me está hablando. ¿Y cómo demonios se ha enterado de todo eso? –le preguntó mientras se acercaba a ella–. *Mamma mia!* ¿Es que nunca deja de hablar, señorita Ashdown? –le preguntó–. ¿Qué es lo que quiere?

–Ya sabe lo que quiero. Christos me pidió que viniera a hablar con usted para que asistiera a la junta de accionistas. Me estoy limitando a tratar de hacer mi trabajo –le dijo ella–. Pero, si está pensando en volver a usar la fuerza bruta para echarme, tengo que decirle que puedo defenderme –le dijo ella–. Si no lo hice antes fue solo porque me pilló por sorpresa.

–Soy bastante más alto que usted. ¿Qué es lo que va a hacer para defenderse? ¿Morderme los tobillos? –le preguntó con sorna.

Los ojos castaños de Sophie lo fulminaron mientras cruzaba los brazos sobre su pecho.

–Para que lo sepa, soy cinturón negro de taekwondo.

Nunca había tenido que enfrentarse a un oponente tan físicamente imponente como Nicolo, pero decidió no decírselo.

–Me gustaría ofrecerle un trato, señor Chatsfield.

–No está en condiciones de ofrecerme ningún trato, señorita Ashdown.

Pero, muy a su pesar, le intrigaba esa mujer. Al entrar en la cocina, le había sorprendido de verdad descubrir que tenía las suficientes agallas como para haber regresado a la casa después de cómo la había echado. Tenía que reconocer que tenía mucho valor. Y tampoco le agradaba tener que admitir que era aún más atractiva de lo que le había parecido en un principio. Tenía una belleza clásica. Se había cambiado de ropa. Llevaba puestos unos vaqueros y una sencilla camiseta.

El atuendo no tenía nada de especial, pero resaltaba sus curvas. Ya se había fijado en su trasero respingón y en sus firmes pechos.

Se había recogido su larga melena en una cola de caballo, aunque algunos mechones se habían escapado y enmarcaban su rostro. La sofisticada secretaria se había transformado en una joven con una imagen tan sana y natural como sexy, una imagen que había conseguido una respuesta puramente masculina en su cuerpo.

–¿Qué trato es el que me ofrece? –le preguntó de mala gana.

Sophie sintió que había conseguido una pequeña victoria, pero prefirió no mostrar satisfacción.

–Si me permite quedarme en la casa mientras trato de convencerlo, cocinaré para usted –le dijo ella sonriendo–. Y, no debería alardear, pero soy muy buena cocinera.

–Tengo que advertirle que es una pérdida de tiempo, señorita Ashdown. No tengo ninguna intención de ser un títere en las manos de Christos Giatrakos.

–Todo lo que le pido es que me escuche. Además, Christos me ha pedido que me quede unos días para ordenar cierta documentación que su padre guarda aquí.

Se tomó el silencio de Nicolo como una rendición.

–¿Me podría mostrar mi dormitorio, por favor? –le preguntó fingiendo más tranquilidad de la que sentía–. Y, ya que vamos a convivir juntos unos días, será mejor que nos tuteemos. Me puedes llamar Sophie.

Nunca había conocido a una mujer tan decidida a salirse con la suya.

Por alguna razón que no alcanzaba a entender, se le fue la vista a la boca de Sophie. Sus labios parecían suaves, jugosos y muy tentadores. No pudo evitar imaginarse cómo sería aplastar esa boca contra la de él y besarla hasta que entendiera por fin quién mandaba en esa casa.

Pero prefería no pensar en esas cosas. Después de todo, no tenía ningún interés en la secretaria personal de Christos Giatrakos, le parecía una mujer molesta, impertinente y demasiado segura de sí misma. Sabía que podría echarla de esa casa, pero también estaba seguro de que ella encontraría la manera de volver a entrar. Ya le había demostrado que era sorprendentemente ingeniosa. Molesto, apretó la mandíbula. Se dio cuenta de que iba a tener que soportar su presencia durante un par de días. Esperaba que se fuera de regreso a Londres en cuanto captara por fin el mensaje de que no iba a cambiar de opinión sobre la junta de accionistas.

–Puede usar la habitación que hay al final del pasillo, en el segundo piso –le dijo él bruscamente–. Tiene buenas vistas.

–Gracias –murmuró Sophie casi sin aliento.

Se había dado cuenta de que Nicolo la había mirado de arriba abajo para centrarse después en sus pechos y llevaba un par de minutos tratando de controlar los latidos de su corazón. Esperaba que no hubiera notado cómo se habían endurecido sus pezones.

Era muy consciente de la potente masculinidad que emanaba de ese hombre y no sabía qué hacer con la sutil tensión sexual que empezaba a notar entre ellos dos. Lo último que necesitaba era sentirse atraída por Nicolo Chatsfield.

Algo nerviosa, se apartó de él y regresó al horno.

–Si tienes que seguir trabajando, te llamaré cuando la cena esté lista –le dijo sin mirarlo.

Le pareció oír que Nicolo murmuraba algo entre dientes. Lo miró de reojo mientras se quitaba su abrigo. Debajo llevaba una camisa de seda negra que no podía esconder su musculoso torso. Se quitó entonces el guante que cubría su mano izquierda y Sophie se quedó sin aliento cuando vio su piel descolorida. Era la cicatriz de una gran quemadura que iba desde los dedos, cubriendo todo el dorso de la mano, hasta esconderse bajo el puño de la camisa. No pudo evitar preguntarse hasta dónde llegaría la cicatriz.

Lo miró entonces a la cara y se dio cuenta de que Nicolo se había quedado muy rígido al notar la reacción de Sophie. Pero su expresión no reflejaba ninguna emoción, no podía saber lo que estaba pensando.

–Acabo de ver tu mano… –le explicó ella con voz algo temblorosa–. Christos me contó que sufriste graves quemaduras durante un incendio que hubo hace años en el Chatsfield.

Nicolo no respondió y ella decidió continuar.

–Me dijo que le salvaste la vida a alguien, que fuiste un héroe…

Él rio al oírlo e hizo una mueca que reflejaba mucha amargura. Se quedó sin aliento al verlo así.

–No deberías creer todo lo que te dicen –replicó con dureza.

Se dio la vuelta y salió de la cocina. Fue directo a su despacho y se encerró allí dando un fuerte portazo. Con un hombre con tanto genio viviendo allí, Sophie no entendía cómo las ventanas podían seguir con sus cristales intactos.

«¡Héroe!», se repitió Nicolo una y otra vez.

Esa palabra no dejaba de resonar en su cabeza, burlándose de él. Se sentó en su silla y golpeó la mesa con el puño. Sophie no sabía la verdad. De hecho, solo su familia la sabía.

Los periódicos que describieron el fuego en la suite del ático donde se alojaba su padre solo habían contado la mitad de la historia. Se habían centrado en decir cómo un adolescente Nicolo Chatsfield había salvado la vida de una doncella del hotel que había quedado atrapada en el fuego, pero él no había sido ningún héroe, sino un niño asustado y estúpido.

Después de todo, había sido él quien había provocado el incendio. Su padre había logrado ocultar ese dato, pero ese terrible secreto había sido una losa que había llevado toda su vida a sus espaldas.

Durante muchos años, había enterrado la verdad dentro de él, limitándose a disfrutar de la atención de los medios, jugando con la reputación que empezaba a forjarse como héroe y donjuán. Su vida había estado entonces llena de fiestas, champán y decenas de bellas mujeres.

Solo le había preocupado dejarse llevar por la diversión y el placer.

Después de los meses de sufrimiento que había tenido que soportar hasta que sus quemaduras fueron sanando muy poco a poco, decidió que tenía que aprovechar el tiempo perdido. Se había visto con derecho a disfrutar de los placeres de la carne después de tener que pasar por los agonizantes dolores de sus quemaduras.

No sabía durante cuánto tiempo habría sido capaz de continuar con esa vida tan superficial si no lo hubiera ido a ver Marissa Bisek, la doncella que había resultado gravemente herida en el incendio. Si esa mujer no se le hubiera acercado para pedirle ayuda financiera, creía que aún seguiría siendo un mujeriego y un degenerado. Le avergonzaba pensar en el tipo de hombre que había sido entonces.

Todo su mundo se había derrumbado al mirar a esa pobre doncella, que había sufrido quemaduras aún más graves que él, y que seguía sintiéndose agradecida hacia él por haberla salvado.

Se había sentido tan culpable entonces que se había visto moralmente obligado a reconocer la verdad. No era el héroe que todos creían que era, incluyendo la propia Marissa. Estaba convencido de que las feas cicatrices que cubrían su cuerpo eran una especie de castigo divino por el crimen cometido durante su adolescencia.

Después de ese conmovedor reencuentro con Marissa, le habían entrado ganas de desparecer para siempre, de esconderse del resto del mundo. Pero ver que la mujer no sentía compasión por sí misma no había hecho más que avergonzarlo más. Se había dado cuenta entonces de que tenía otras alternativas. Podía quedarse sintiendo lástima de sí mismo o podía cambiar de vida y hacer algo que valiera la pena.

Eso fue lo que le llevó a fundar una organización benéfica de ayuda a otras víctimas de quemaduras y durante los últimos ocho años se había dedicado a recaudar fondos para esa causa. Le entristecía ver que no era ningún héroe, pero al menos había cambiado lo suficiente para hacer algo con lo que expiar los pecados de su pasado.

Por un momento, trató de imaginar cómo reaccionaría Sophie Ashdown si le contara la verdad. Estaba seguro de que lo miraría con asco y que se volvería a Londres para decirle a su jefe que Nicolo Chatsfield no tenía ningún derecho moral a participar en el negocio hotelero de su familia.

Estaba deseando que se fuera de su casa, pero no se atrevía a contarle la verdad. No quería correr el riesgo de ver la misma expresión de horror en sus ojos que había observado cuando Sophie vio las cicatrices en su mano. Y no quería ni imaginarse cómo reaccionaría si alguna vez llegaba a ver las grotescas cicatrices que cubrían un lado de su torso. Como en el cuento infantil, bajo sus ropas era lo más parecido a una bestia y estaba seguro de que Bella se iría corriendo si viera cómo era en realidad.

Capítulo 3

Sophie se había dado cuenta de que el incendio era un tema espinoso. No sabía demasiado sobre el incidente, pero sí que ya habían pasado unos veinte años desde entonces. Según los periódicos, Nicolo había arriesgado su vida para salvar a un miembro del personal del hotel de entre las llamas y había sufrido importantes quemaduras al hacerlo.

No tenía ni idea de por qué le había molestado tanto que le recordara que la prensa lo había visto entonces como un héroe. Era un hombre muy complicado.

No lo había visto desde que se fuera a su despacho y ya habían pasado cuarenta y cinco minutos desde entonces. Las truchas habían tardado mucho en hacerse, era un horno muy antiguo.

Ese retraso le había dado la oportunidad de ir a la habitación de invitados, deshacer su equipaje y darse una rápida ducha. Pero estaba deseando poder cenar cuanto antes. Se dio cuenta de que solo había comido un par de manzanas ese día, durante su viaje desde Londres.

–Tú ya has cenado –le dijo a Dorcha cuando se le acercó el gran perro–. Eres precioso y muy dulce, no como el cascarrabias de tu amo.

–Vaya, me duele que tengas esa opinión de mí.

Levantó la vista y se encontró con Nicolo. No pudo evitar sonrojarse.

–Eso lo dudo. Me da la impresión de que no te importa nada lo que la gente opine de ti –le dijo ella.

Nicolo se encogió de hombros y el gesto hizo que se fijara en ellos y en lo ancha que era su espalda. Tenía el cabello húmedo, como si él también acabara de ducharse. Se había puesto unos pantalones negros y una camisa blanca de manga larga que no conseguía ocultar del todo las quemaduras de su mano.

Pero las cicatrices que tenía ese hombre no disminuían en absoluto su ardiente sensualidad. Tenía un aspecto oscuro y peligroso, como una especie de héroe romántico del siglo xix. Le recordó a Heathcliff, el protagonista de *Cumbres borrascosas*, todo un arquetipo sexual para mujeres de varias generaciones. Tuvo que apartar rápidamente la mirada y respirar profundamente para tratar de calmar su acelerado corazón.

Lo rodeaba cierto aire misterioso y esa media sonrisa cínica que tenía en sus labios le desagradaba y atraía a partes iguales. Creía que muchas mujeres se habrían sentido atraídas por esa actitud arrogante

y despreocupada que tenía, pensando que ellas podrían llegar a cambiar y domar a ese hombre, pero tenía la sensación de que ninguna lo llegaría a conseguir.

Se puso a sacar las truchas del horno y escurrió después en el fregadero el agua de las patatas que había cocido.

–No sabía si sueles comer en la cocina o en el comedor y, como no estabas aquí para que te lo pudiera preguntar, decidí poner la mesa en el comedor –le dijo ella mientras tomaba las fuentes con la comida–. ¿Puedes traer tú la ensalada, por favor?

–¿Siempre eres así de mandona? –le preguntó Nicolo mientras la seguía.

–Yo prefiero describirme como una mujer organizada y eficiente –repuso ella–. Por eso se me da tan bien mi trabajo. Y creo que no te vendría nada mal ser un poco como yo. La casa está hecha un desastre por dentro y por fuera está aún peor. No puedes esperar que una señora de la limpieza pueda mantener en orden una casa de este tamaño, sobre todo si solo viene unas pocas horas cada semana. ¿Por qué no contratas a más personal para cuidar de la casa? Estoy segura de que te lo puedes permitir. Christos me dijo…

Se quedó callada cuando vio que Nicolo fruncía el ceño.

Se sentó frente a ella en la mesa y se recostó en el respaldo de la silla, estudiándola con los ojos entrecerrados.

–¿Qué te dijo Christos?

–Que has conseguido hacer toda una fortuna en la bolsa. Obviamente, no voy a decirte cómo deberías gastar tu dinero…

–Pero tengo la sensación de que vas a decírmelo de todos modos.

No pudo evitar sonrojarse.

–Me parece una verdadera lástima dejar que esta gran casa se deteriore. Fue aquí donde creciste, ¿no? Seguro que esta casa te trae buenos recuerdos.

–No demasiados.

Lo miró sorprendida.

–¿En serio? Suponía que habría sido maravilloso poder vivir en una casa tan grande con tus hermanos y con una finca tan enorme para explorar y jugar… Os imaginaba a todos corriendo como salvajes por el campo, merendando en el césped, regresando a casa con tus padres después de un largo día.

–Tienes mucha imaginación –repuso Nicolo con frialdad–. Mi infancia no fue tan idílica como crees y mis padres no estuvieron tan presentes en mi vida como piensas. Él pasaba gran parte del tiempo en Londres, dirigiendo el hotel. Y mi madre… Mi madre no estaba en condiciones…

Nicolo había llegado a la conclusión de que la depresión era como cualquier otra enfermedad, pero de pequeño no había entendido lo

que le pasaba a su madre, por qué lloraba tanto, por qué se encerraba en su habitación y se negaba a ver a sus hijos.

Podía recordar perfectamente la sensación de estar frente a la puerta cerrada del dormitorio de su madre, pidiéndole que le dejara entrar.

–Quiero verte, mamá. Quiero abrazarte. Así dejarás de llorar, ya verás –le solía decir él.

–Vete, Nicolo. Déjame en paz.

Le había dolido mucho entonces sentirse rechazado por su propia madre. Había pensado que había hecho algo malo, aunque no sabía el qué, y que por eso le había dejado de querer. Recordaba haber pasado horas sentado en el suelo, frente a la puerta de ese dormitorio, porque quería estar cerca de ella y no sabía cómo hacerlo.

–Entonces, ¿quién se encargaba de vosotros? –le preguntó Sophie devolviéndolo de repente al presente.

–Teníamos niñeras. Hubo muchas. Nos portábamos tan mal mis hermanos y yo que ninguna se quiso quedar mucho tiempo –admitió él.

La trucha al horno le había quedado deliciosa y, durante unos minutos, Sophie se concentró en comer, pero tenía curiosidad por saber más de él.

–¿Qué pasó después de que te quemaras en el incendio? –le preguntó con algo de timidez.

Esperaba que no le molestara la pregunta. Le había quedado muy claro que había sido un momento muy traumático para Nicolo.

–¿Te cuidó tu madre mientras te recuperabas de tus quemaduras?

–Cuando ocurrió, ya no estaba en casa –replicó él sin poder ocultar su dolor–. Mi madre nos abandonó. Se fue de casa cuando yo tenía doce años. No sé si llegó a enterarse de lo que pasó. Si lo hizo, no le preocupó lo suficiente como para ir a ver cómo estaba. Y eso que pasé muchos meses en la unidad de quemados de un hospital.

–¡No me lo puedo creer! –repuso Sophie horrorizada.

Christos le había contado que Liliana Chatsfield abandonó a su marido y a sus hijos y que nadie había vuelto a saber de ella desde entonces.

Le costaba creer que esa mujer hubiera sabido de las quemaduras de Nicolo y no hubiera corrido para estar con él.

Las circunstancias eran distintas, pero ella también entendía hasta cierto punto lo duro que era sentirse abandonado por uno de sus progenitores. Aunque ella había mantenido el contacto con su padre después de que se fuera de casa.

Su cáncer ya había estado en remisión cuando James Ashdown les anunció a su madre y a ella que se iba para comenzar una nueva vida con su amante. Aun así, le había destrozado la decisión de su padre y

podía imaginarse la sensación de abandono que habría sentido el pequeño Nicolo, sufriendo en la cama de un hospital y necesitando más que nunca a su madre.

–La echarías mucho de menos –le dijo–. Sobre todo cuando estabas en el hospital.

Pero su rostro no expresaba nada. Le dio la sensación de que no le gustaba hablar de su pasado.

–No podría haber hecho nada para ayudarme –repuso secamente–. Le debo mi recuperación a los médicos y al personal de enfermería que me cuidó. No necesitaba tener allí a mi madre pendiente de mí.

Le costaba creerlo. Ella sí había necesitado el apoyo de su madre durante su enfermedad y, de alguna manera, el cáncer las había unido más. Antes de la enfermedad, su madre había estado muy ocupada con su trabajo y Sophie había pasado más tiempo con su padre. Pero, cuando le diagnosticaron el cáncer, su madre había dejado de trabajar para estar con ella en el hospital.

Se había llegado a preguntar si su padre se habría sentido algo apartado por el estrecho vínculo que se había desarrollado entre madre e hija. Pensaba que quizás por eso había llegado a tener una aventura con otra mujer, relación que había terminado por romper a la familia y que también había roto su corazón.

Pero no quería pensar en esas cosas. Se fijó de nuevo en Nicolo. Le había hablado con desdén de su madre, pero empezaba a ver lo bien que se le daba ocultar sus emociones. Estaba segura de que le había dolido mucho que su madre lo dejara y no fuera a verlo tras el incendio.

–¿Cómo empezó el fuego en el hotel? –le preguntó con curiosidad.

–No lo sé –le dijo gruñendo–. ¿Por qué estás tan interesada? Fue hace mucho tiempo y es mejor dejar el pasado donde está. Ya empieza a cansarme que no dejes de meter las narices donde no te importa.

Suspiró frustrada. Había vuelto a levantar una pared de hielo a su alrededor. Lamentó haberle preguntado por el incendio cuando ya le había parecido que era un tema doloroso para él. Su intención había sido tratar de comprenderlo mejor y solo había conseguido darse con una pared de ladrillos.

–No entiendo por qué te niegas a colaborar para conseguir recuperar el prestigio de la cadena Chatsfield. Lo único que desea Giatrakos es que vuelva a ser lo que era –murmuró ella–. La marca solía ser sinónimo de elegancia y buen gusto, pero eso ya no es así. Ahora, cada vez que el nombre Chatsfield aparece en la prensa es porque alguno de tus hermanos ha vuelto a hacer algo escandaloso.

Vio que Nicolo fruncía el ceño, pero decidió ignorarlo.

–No es de extrañar que tu padre quiera cambiar la percepción que tiene el público del nombre Chatsfield. Gene solo está tratando de

hacer lo mejor para la empresa familiar. A lo mejor no entiendes las razones que le han llevado a tomar alguna de sus decisiones, pero creo que ha actuado siempre como lo ha hecho porque ama a sus hijos y quiere ayudaros. Por eso ha nombrado a Christos director general de la cadena. Piensa que él puede mejorar de verdad el prestigio de la cadena –le explicó ella–. Pero, para lograrlo, Christos necesita el apoyo de los accionistas. ¿No podrías, al menos por respeto a tu padre, asistir a la junta de accionistas?

–Mi padre es el culpable de muchos de los problemas que tiene hoy en día la empresa –le espetó Nicolo–. Fue su comportamiento el primero en empañar el apellido Chatsfield y él fue el que hizo que mi madre…

Pero no terminó la frase.

–¿Qué ibas a decir de tu madre? –le preguntó ella rompiendo el tenso silencio que había caído–. No sé a qué te refieres, no lo entiendo.

–Es que no tienes por qué entenderlo –repuso Nicolo poniéndose de pie–. No es asunto tuyo.

–Pero estarás algo preocupado, ¿no? Si te niegas a cooperar con Christos, tu padre va a desheredarte y retener el dinero que recibes del fondo fiduciario de la familia.

–Poco me importa ese maldito dinero –le aseguró Nicolo poniendo las manos sobre la mesa y mirándola a los ojos–. Giatrakos tenía razón en una cosa. He hecho una fortuna en la bolsa. No necesito limosnas de mi padre y no me importa lo que le suceda a la cadena Chatsfield.

–Pero sí te importa lo que le pueda pasar a tus hermanos, sobre todo a Lucilla –adivinó Sophie–. Dices que no estás interesado en la empresa, pero a Lucilla sí le preocupa mucho. Si no quieres hacerlo por tu padre, hazlo al menos por tu hermana, ve a la junta de accionistas.

–Me parece que la mejor manera de ayudar a mi hermana es negándome a hacer lo que Christos quiere que haga –le dijo Nicolo con dureza.

La miraba con tanta intensidad que se sintió completamente atrapada por la fuerza de su poderosa personalidad.

–Has perdido tu único argumento para convencerme. Mañana por la mañana puedes volver a Londres y decirle a tu jefe que mi respuesta no ha cambiado. No voy a estar en esa reunión.

Se apartó bruscamente de la mesa y Sophie soltó el aire que había estado conteniendo en sus pulmones. Era como si hubiera quedado libre de repente del hechizo magnético que Nicolo le había tendido. Era la primera sorprendida al ver cómo reaccionaba cuando estaba con él.

Mientras Nicolo se había inclinado sobre la mesa para mirarla, ella

había estado más pendiente de su deliciosa boca e incluso había estado fantaseando, preguntándose cómo sería besarlo. Algo le decía que no debía de ser un amante tranquilo y considerado, todo lo contrario. Estaba segura de que sus besos serían apasionados y salvajes.

Sacudió la cabeza, irritada consigo misma. Mientras observaba cómo salía del comedor dando grandes zancadas, se recordó que no estaba interesada en Nicolo. Ella estaba acostumbrada a salir con hombres liberales, de mente abierta y cómodos con la igualdad de géneros. No había estado nunca con alguien como Nicolo, un salvaje capaz de cargarla al hombro como si fuera un saco de patatas para echarla de esa casa.

Recogió los platos y los llevó a la cocina. Volvió a pensar en él mientras llenaba el lavavajillas y no pudo evitar suspirar. Parecía completamente ajeno al concepto de hombre moderno, no tenía nada que ver con los hombres sofisticados con los que solía salir y le molestaba darse cuenta de que había conseguido fascinarla, aunque no sabía por qué.

Ni siquiera estaba interesada en tener nada con nadie. Ya no estaba enamorada de Richard, pero no iba a poder olvidar nunca la razón por la que él había dado por terminada su relación. Era algo que seguía doliéndole. Su incapacidad para darle a Richard los hijos que quería había hecho que se sintiera incompleta y defectuosa. Se había sentido tan abandonada como cuando su padre las dejó a su madre y a ella para irse con su amante.

Sabía que la atracción que empezaba a sentir por Nicolo era meramente sexual y no tenía ninguna intención de dejarse llevar por esos sentimientos.

Creía que esos hombres con aspecto de peligrosos bandoleros estaban muy bien para las novelas románticas, pero no en su vida.

Sophie no sabía por qué se había despertado. Por un momento, se sintió desorientada. No estaba acostumbrada a la intensa oscuridad de su habitación. En el campo todo era distinto, no le llegaban las luces de los coches ni de las farolas. Miró su reloj y vio que eran las tres de la mañana. Oyó de repente un fuerte trueno y pensó que quizás hubiera sido la tormenta lo que la había despertado.

Se acomodó de nuevo en la cama, pero estaba completamente despierta y era muy consciente de todos los ruidos extraños que había en esa gran casa. Podía oír desde allí el tictac del reloj que había en el rellano de la escalera y un crujido muy sospechoso en el armario. Esperaba que no fuera un ratón. El corazón le dio un vuelco cuando notó otro ruido.

Había alguien en su habitación.

Podía oír a alguien respirando. Era un sonido que se iba acercando a su cama.

Aterrada, extendió una mano y buscó a tientas la lámpara de la mesilla de noche. Sus dedos entraron en contacto con algo peludo y apenas pudo controlar un grito al sentir el aliento caliente en su cara. Muy nerviosa, encontró por fin el interruptor de la lámpara y la encendió.

–¡Dios mío! ¡Dorcha! –exclamó cuando vio al perro.

Sintió una inmensa sensación de alivio.

–Me has dado un susto de muerte. Pensé que…

Había pensado en todo tipo de estupideces aunque sabía que solo los niños soñaban con fantasmas y monstruos acechándolos en la oscuridad.

–Vuelve a tu cesta –le ordenó al perro–. Voy a ver si puedo volver a dormirme.

Pero, cuando iba a apagar la lámpara, oyó un grito seguido de un gemido que le heló la sangre. Sonaba como si alguien, o algo, estuviera sufriendo. Oyó otro gemido más y se dio cuenta de que no se lo había imaginado. Aparte de Dorcha, solo estaban Nicolo y ella en esa casa. Se hizo el silencio y contuvo el aliento. Pero volvió a oírlo. Esa vez, fue un grito de agonía. No pudo soportarlo. Se levantó de un salto y no perdió el tiempo poniéndose su bata. Salió al pasillo y se detuvo un segundo.

No sabía dónde estaba la habitación de Nicolo, pero se dio cuenta de que los gemidos le llegaban desde el otro extremo del pasillo. Fue hasta esa habitación y vaciló un momento antes de entrar, pero oyó otro grito desesperado y se le ocurrió que quizás hubiera entrado un ladrón en la casa y estuviera atacando a Nicolo.

Tragó saliva, tomó un pesado jarrón de metal de un mueble del pasillo y abrió la puerta.

La luna iluminaba ese lado de la casa y entraba algo de luz a través de las cortinas. Pudo distinguir una oscura figura en la cama, pero no había nadie más en la habitación. Nicolo soltó entonces un grito desgarrador, era como si le saliera directamente del alma. No quería ni pensar en qué lugar infernal estaría atrapada la mente de ese hombre en esos momentos. No pudo controlarse, se acercó a él.

–Nicolo… –le dijo en voz baja.

–¡Fuera! –gritó con fuerza–. ¡Por el amor de Dios, fuera de aquí!

–Está bien, me voy. Lo siento –repuso ella volviendo deprisa hacia la puerta.

Se sentía muy avergonzada. Se había equivocado. Al parecer, Nicolo no había estado durmiendo ni los gritos eran fruto de terribles pesadillas. No tenía ni idea de por qué habría estado gritando y

gimiendo como lo había hecho, pero no pensaba volver para preguntárselo.

Salió de nuevo al pasillo, pero sus gritos la siguieron.

–¡Sal! ¡Si no salimos de aquí, vamos a morir! –gritó entonces.

Se quedó helada al oírlo. Tal y como había pensado, Nicolo estaba dormido y atrapado en una pesadilla. No le atraía la idea de volver a su habitación, pero sus gritos desgarradores le hicieron cambiar de opinión.

Entró en su dormitorio y se acercó directamente a la cama. Vio entonces que estaba tendido de espaldas y con un brazo echado sobre la cara. A la luz de la luna, pudo distinguir su pelo largo y oscuro sobre la almohada.

–Nicolo, despierta.

Él gimió de nuevo.

Necesitaba despertarlo y decidió intentarlo sacudiendo suavemente su hombro.

–Nicolo…

Gritó sorprendida cuando Nicolo agarró de repente su muñeca y tiró de ella. Perdió el equilibrio y cayó encima de él.

–¿Qué pasa? –preguntó confundido.

–Nicolo, soy yo, Sophie… –le dijo sin aliento.

–¿Sophie?

–So… Sophie Ashdown, ¿sabes quién? Estabas soñando y…

Se quedaron unos segundos en silencio.

–Hace mucho tiempo que no tengo ese tipo de sueños, Sophie… –le dijo Nicolo con voz seductora–. Esto no es un sueño. Me pareces muy real, Sophie.

Se quedó sin aliento cuando Nicolo apretó con más fuerza su muñeca y colocó la mano que tenía libre en la parte baja de su espalda, presionándola contra él.

Podía sentir su musculoso cuerpo, solo los separaban la sábana y la fina tela de su camisón. Se le aceleró el pulso cuando sintió algo más contra su estómago. Nicolo ya no estaba sumergido en una terrible pesadilla. Estaba despierto, alerta y muy excitado.

Recordó entonces que era bastante común que los hombres se despertaran con una erección, no quería decir que Nicolo estuviera respondiendo de esa manera ante ella, no podía olvidar que no había nada sexual en esa situación. Por desgracia, ella no tenía esa excusa.

–Por favor, suéltame –le pidió Sophie mientras trataba de ignorar el latido de deseo que podía notar entre sus piernas.

También sus pezones parecían haberse despertado de repente. Esperaba que Nicolo no pudiera notarlo.

La pálida luz de la luna destacaba algunos rasgos de su rostro y su media sonrisa cínica. Estaba tan cerca que podía oler la loción que

había usado tras afeitarse. Era una fragancia atrevida e intensamente masculina.

Nicolo era el hombre más sexy que había conocido y no dejaba de sorprenderle cómo reaccionaba su cuerpo cuando estaba a su lado.

–Tenías una pesadilla –insistió ella para tratar de explicarse–. Estaba tratando de despertarte. ¿Qué otra razón iba a tener para venir a tu habitación a estas horas de la noche?

Alargó la mano hacia la mesita y tuvo la suerte de dar con el interruptor de la lámpara de la mesita. Nicolo parpadeó para adaptar sus ojos a la luz y levantó las cejas con sorpresa cuando vio el jarrón de metal que ella aún sujetaba.

–¿Pensabas hacer un arreglo floral o ibas a golpearme con eso?

Sophie se sonrojó, no entendía cómo se le podía haber olvidado que aún estaba sosteniendo el pesado jarrón.

–Pensé que a lo mejor te estaba atacando un ladrón… –murmuró.

–¿Y viniste a defenderme? Has conseguido conmoverme.

La burla en su tono de voz fue la gota que colmó el vaso de su paciencia. Usando toda su fuerza, consiguió apartarse de él.

Nicolo se sentó en la cama y la sábana que cubría su cuerpo se deslizó. Dejó de sonreírle con cinismo cuando notó que Sophie contenía el aliento. Siguió su mirada y vio que estaba mirando su torso, cubierto de las cicatrices rojas que habían dejado las quemaduras. Se extendían desde la cadera hasta el cuello.

La miró con los ojos entrecerrados cuando vio que Sophie daba un paso atrás.

–Lamento que mi apariencia te dé asco –le dijo con dureza–. A lo mejor así te lo pensarás dos veces la próxima vez que decidas colarte en la habitación de un extraño sin ser invitada.

Sophie tragó saliva, tratando desesperadamente de ocultar la sorpresa que se había llevado al ver las terribles cicatrices que cubrían el lado izquierdo de su torso y su brazo.

–No me he colado, te oí gritar y me preocupé. Por eso trataba de despertarte.

–Y descubriste entonces a un monstruo. Espero que lo que acabas de ver no te produzca pesadillas.

–No eres ningún monstruo –le dijo Sophie con voz temblorosa–. Ni me dan asco tus cicatrices. Me ha sorprendido porque no tenía ni idea de que hubieras sufrido unas quemaduras tan graves. Debiste de sufrir una terrible agonía tras el incendio.

Nicolo rechazó instintivamente la compasión que vio en sus ojos castaños. No le gustaba que lo miraran con lástima. Durante los veinte años que habían pasado desde el incendio, habían sido muchas las mujeres que lo habían visto desnudo. Se había acostumbrado a presenciar el horror en sus ojos cuando veían sus cicatrices y trataba

de convencerse de que no le importaba nada que también a Sophie le desagradara verlas.

–No necesito que te preocupes por mí –le dijo de mala manera–. Te sugiero que salgas de mi habitación antes de que, viendo el camisón que llevas, se me olvide que soy un caballero.

Sabía que se estaba burlando de ella, pero sus palabras le hicieron recordar que solo llevaba puesto un camisón de satén. No era una prenda especialmente indiscreta, pero el brillo en los ojos de Nicolo le hizo sentir como si hubiera entrado en su habitación con un corpiño de cuero y un tanga. Sonrojada, cruzó los brazos sobre sus pechos y dio otro paso atrás.

–Si fueras un caballero no me habrías echado de la casa como si fuera un saco de patatas –le dijo mientras iba hacia la puerta.

Pero, al recordar sus gritos y gemidos desesperados, se volvió hacia él.

–¿Necesitas algo que te ayude a dormir?

Nicolo se echó a reír y fue un sonido tan sexy que Sophie no pudo evitar estremecerse.

–¿Qué tiene en mente, señorita Ashdown? –le preguntó con picardía.

–Una maza para darte con ella en la cabeza –contestó enfadada.

Salió de la habitación antes de que perdiera por completo la paciencia y lo golpeara en la cabeza con el jarrón de metal que aún tenía en la mano.

Después de que ella se fuera, Nicolo apagó la lámpara de la mesita y se quedó con los ojos abiertos en medio de la oscuridad, tratando de olvidar la pesadilla. Ya no tenía tantas como al principio. Durante los meses y años posteriores al incendio, había tenido que sufrirlas casi todas las noches.

Sophie había estado en lo cierto al suponer que sus quemaduras le habían producido un dolor insoportable. Era imposible explicar el intenso sufrimiento de los primeros meses. Sus extensas quemaduras de tercer grado lo habían mantenido postrado en una cama de hospital durante semanas, había tenido que lidiar con infecciones, con heridas supurantes y con la agonía desgarradora que suponían los cambios de vendajes.

Había estado en el hospital durante meses y habían tenido que hacerle varios injertos de piel. Incluso después de que le dieran el alta, había tenido que seguir usando vendas de compresión y tomar altas dosis de antibióticos para prevenir infecciones en las quemaduras, como le había sucedido a su amigo Michael.

Nicolo cerró los ojos y se imaginó la cara sonriente del que había sido su compañero en la unidad de quemados. Michael Morris, a pesar de haber sufrido quemaduras en el ochenta por ciento de su cuerpo,

nunca había perdido la sonrisa ni el buen humor. Ese chico había sido su inspiración. Pero Michael desarrolló una grave infección y una posterior septicemia acabó con su vida. Con solo trece años de edad, la muerte de su amigo lo sumió en una profunda tristeza. Recordaba perfectamente haber llorado como un bebé cuando una de las enfermeras le dijo que Michael había muerto.

Maldiciendo entre dientes, se sentó en la cama, encendió la lámpara de nuevo y tomó un libro que tenía en la mesita. Creía que Sophie Ashdown tenía la culpa de todo. Las preguntas que le había hecho sobre el incendio habían conseguido abrir la puerta de sus recuerdos, una parte de su mente que generalmente trataba de mantener cerrada a cal y canto.

Al menos esa noche no se había puesto el perfume de los hoteles Chatsfield. Había tirado de ella estando aún medio dormido y algo desorientado, pero le había llegado entonces la fresca fragancia de su piel, un perfume con notas cítricas que aún podía oler en su habitación, como un recordatorio de ese cuerpo perfecto y curvilíneo que su camisón no había conseguido ocultar. Se imaginó deslizando las manos sobre el satén color melocotón que había llevado puesto, explorando sus tentadoras curvas con tanta facilidad como si hubiera estado desnuda.

Frunció el ceño, no le gustaba nada la dirección por la que iban sus pensamientos. Abrió el libro que tenía en una sus manos y trató de concentrarse en esa historia de intriga política.

Capítulo 4

Sophie se apoyó en el respaldo de la silla y se frotó el cuello. Se había pasado toda la mañana en el despacho que Gene Chatsfield tenía en el ala oeste de la casa, revisando y organizando un montón de papeles y archivadores, tratando de encontrar los documentos que Christos le había pedido que localizara.

Pero, después de tres horas de trabajo, no había encontrado nada relacionado con una propiedad de los Chatsfield en Italia. Gene no había sido demasiado ordenado con sus papeles y su sistema de archivo era muy caótico.

Le tentaba el maravilloso sol que entraba por la ventana. Pensó que le vendría bien tomarse un descanso. Decidió hacerse un bocadillo y comerlo mientras exploraba la gran finca. Christos le había mencionado que había una piscina y estaba deseando encontrarla.

Al salir al pasillo, oyó la voz de Nicolo al otro lado de la puerta de su despacho. Supuso que estaría hablando por teléfono. No lo había visto durante el desayuno y se preguntó si iría a pasarse todo el día pegado a su ordenador. Era como si le importara más hacer dinero que gastárselo. Al menos no parecía querer utilizarlo para el mantenimiento de esa gran casa.

Veinte minutos más tarde, cuando encontró por fin la piscina, trató de no sentirse demasiado decepcionada, pero estaba claro que no iba a poder utilizarla. La apartada zona del jardín donde se encontraba estaba llena de maleza por todas partes y el agua estancada que llenaba la piscina era marrón y estaba cubierta por una gruesa capa de algas. Las malas hierbas crecían entre las baldosas que rodeaban la piscina. Como pasaba en el resto de la casa, también esa zona parecía estar completamente abandonada.

Creía que era una lástima que Nicolo no cuidara la casa de su familia. Se arrodilló junto al borde de la piscina y se asomó a sus oscuras aguas. Supuso que debía de haber todo tipo de criaturas viviendo bajo la capa de algas y hojas muertas que flotaban en la superficie. Estaba pensando en eso cuando algo saltó fuera del agua y no pudo ahogar un grito de sorpresa cuando una rana aterrizó en su regazo. Después de haber vivido toda su vida en la gran ciudad, Sophie prefería admirar la naturaleza desde cierta distancia. Con cuidado, movió la pierna para tratar de quitarse a la rana de encima, pero el bicho volvió a saltar y gritó aterrorizada al sentir que se había

posado en su pelo.

Oyó una carcajada detrás de ella que le hizo darse la vuelta. Nicolo estaba contemplando la escena con una gran sonrisa.

–Deja de mover así los brazos –le dijo él mientras se le acercaba–. La pobre rana te tiene más miedo a ti que tú a ella.

–No estoy tan segura –murmuró ella–. Y deja de reírte, ¡maldita sea!

Le molestó mucho que se estuviera divirtiendo a su costa y lo empujó. Nicolo gritó sorprendido, había conseguido que perdiera el equilibrio. Sus pies se deslizaron sobre las resbaladizas baldosas y cayó al agua.

Se quedó en estado de shock al ver lo que había hecho. Apenas lo había tocado, no había sido su intención tirarlo al agua, ni mucho menos.

Se sintió muy culpable y se quedó mirando fijamente la piscina, pendiente de él. Pero fueron pasando los segundos y su cabeza no asomaba entre las algas. Cada vez estaba más nerviosa. Se arrodilló para tratar de encontrarlo entre las sucias aguas.

–Genial, Sophie –murmuró para sí misma–. Lo has matado…

Se inclinó hacia delante, explorando frenéticamente la piscina, tratando de divisarlo. Salió de repente una mano a la superficie que agarró con fuerza su brazo. No tuvo tiempo para nada, solo pudo chillar sorprendida al sentir que tiraba de ella para meterla en el agua estancada.

–¡Qué asco! ¡Huele fatal! –exclamó asqueada cuando pudo por fin salir a la superficie tosiendo y escupiendo.

Al mover el agua, se había desprendido un horroroso hedor. Nadó hasta el borde de la piscina tratando de controlar las arcadas. Nicolo ya había salido y estaba de pie al lado de la piscina. Inclinándose, le tendió una mano y tiró de ella para sacarla.

–Tengo el pelo lleno de algas… –le dijo estremecida–. Y puede que también tenga renacuajos y otros bichos… ¡Qué horror! ¡Qué asco de agua! Y mi ropa se ha echado a perder.

Supo en ese instante que su vestido camisero de seda azul y sus queridos zapatos de ante beige estaban perdidos para siempre. Pero miró a Nicolo de reojo y se le olvidó su ropa. Empapado como estaba, parecía aún más sexy. La camisa moldeaba cada músculo de su torso y lo mismo le pasaba con los pantalones, que se aferraban a sus poderosos muslos y dejaban poco a la imaginación.

Suspiró compungida.

–Supongo que me lo merezco.

Nicolo la miró con los ojos entrecerrados. Lamentaba haber perdido los estribos y haberla tirado a la piscina. Pero, mientras la ayudaba después a salir de allí, pensó que quizás ese chapuzón en la pestilente agua la convenciera de que debía renunciar a su misión y volver a

Londres.

Pero esa mujer había vuelto a sorprenderlo. No había salido corriendo de allí ni estaba fuera de sí. Empezaba a darse cuenta de que Sophie Ashdown era muy valiente y no estaba dispuesta a rendirse.

–Espero que me disculpes por haberte metido en el agua –le dijo él con algo de incomodidad–. Pensé que ibas a hacerme una llave de taekwondo o algo así.

–No, no quiero lesionarte y herir tu ego –repuso Sophie.

–¿Quién? ¿Tú? –comentó él frunciendo el ceño.

No pudo evitar echarse a reír.

–La verdad es que no deja de sorprenderme, señorita Ashdown. Tengo que reconocerlo –murmuró con genuina admiración en su voz.

Le encantó que le hablara así. Sabía que a Nicolo no le hacía gracia tenerla en su casa y había tratado de convencerse de que no le importaba, pero no pudo evitar sentir un rayo de esperanza.

Incluso su rostro parecía haberse suavizado y le sonreía de verdad. Pero no había solo amabilidad en su mirada, había algo más…

Bajó la vista y se dio cuenta de que también su ropa se había ceñido a su cuerpo. Se sonrojó al ver que la tela del vestido no podía ocultar la forma de sus pezones. Se cruzó de brazos y se estremeció.

–Estoy muerta de frío –le dijo ella para tratar de justificar la manera en la que su cuerpo la estaba traicionando.

–En ese caso, será mejor que volvamos a la casa y te des una ducha caliente –repuso él–. Y no te preocupes por tu ropa, te pagaré los daños. Después de todo, ha sido culpa mía que cayeras a la piscina.

Caminaron por el jardín en silencio. Sophie era muy consciente de su presencia, lo sentía por todo el cuerpo. Era casi más fácil estar enfadada con él, le parecía mucho menos peligroso. Empezaba a darse cuenta de que Nicolo podía llegar a ser encantador cuando quería serlo e intuía que no le costaría nada de trabajo hechizarla con su personalidad.

Llegaron a la puerta de la cocina y él se echó a un lado para dejarla pasar. Pero el espacio que le dejó libre era bastante estrecho y no pudo evitar estremecerse de nuevo cuando sus pechos rozaron el torso de Nicolo.

–Sí, creo que la ducha es indispensable. No hueles demasiado bien –le dijo él.

Lo fulminó con la mirada.

–Tú tampoco.

Se dio cuenta demasiado tarde de que Nicolo se lo había dicho para provocarla. Lo miró a los ojos y se quedó sin respiración mientras observaba sus duros rasgos. Había algo muy sensual en sus pómulos cincelados, en la firme mandíbula y en su boca. Se le aceleró el pulso

cuando Nicolo levantó hacia ella la mano y le apartó un mechón mojado de la cara. Era como si el tiempo se hubiera detenido y le costaba trabajo respirar con normalidad.

Nicolo no sabía por qué estaba permitiendo que esa molesta mujer convirtiera su agradable y tranquila existencia en un caos total. Había pasado una noche muy inquieta y sabía que no había sido capaz de volver a conciliar el sueño después de la visita nocturna por culpa de Sophie, no por la pesadilla que había tenido.

Y esa mañana se había levantado decidido a decirle que tenía que irse de esa casa. Era una distracción que no quería tener. Pero la había visto por la ventana del despacho mientras trabajaba frente a su ordenador y había perdido la capacidad de volver a concentrarse en su trabajo. Mientras la observaba esa mañana, una ligera brisa había pegado el vestido contra su cuerpo, moldeado las curvas de sus firmes pechos y sus esbeltos muslos. Y ese mismo viento había agitado su melena rubia y ligeramente ondulada.

Había tenido que admitir entonces, aunque de mala gana, que esa mujer le intrigaba y había sido lo bastante estúpido como para salir de su despacho y seguirla por el jardín.

En ese instante, se encontraba completamente hechizado por las delicadas facciones de su cara. Detuvo su mirada en esos labios tan sensuales y sintió que el deseo despertaba en su cuerpo.

–Es curioso –murmuró–. Nunca me había tentado la idea de besar a una mujer cubierta de verdes y pestilentes algas.

Aunque su tono era burlón, a Sophie le pareció oír algo más en su voz que la dejó sin respiración. Y vio que la miraba con deseo.

Tragó saliva antes de contestar.

–¿Acaso te tienta la idea de besarme? –le preguntó ella.

–¿Te gustaría que lo hiciera?

La voz de Nicolo era tan suave y profunda, nunca se había sentido tan consciente de su propia sensualidad. Tenía la boca seca y no podía hablar, pero el corazón le latía a mil por hora. Sabía que no podía decirle lo que de verdad quería, que tenía que usar su cabeza, pero su cuerpo le estaba enviando un mensaje muy diferente.

Nicolo apartó la mano de su cara y ella se fijó entonces en las cicatrices que tenía en esa mano. Le daba la impresión de que él siempre iba a vivir obsesionado por los recuerdos de aquella fatídica noche. No había sido entonces más que un niño, alguien que necesitaba desesperadamente el amor y los cuidados de una madre. Creía que no era de extrañar que se hubiera convertido en adulto autónomo e independiente. No podía evitarlo, sentía compasión por él.

Nicolo estrechó los ojos mientras miraba el expresivo rostro de Sophie. Estaba seguro de que había visto repugnancia en sus ojos

después de ver sus cicatrices.

Dejó caer la mano y le dedicó una triste sonrisa.

–No, por supuesto que no –contestó él mismo–. ¿Cómo va a querer Bella besar a la Bestia?

Pasó al lado de Sophie y entró en la cocina.

–No es así como te veo –le dijo Sophie con voz temblorosa.

Sus palabras hicieron que se detuviera y se diera la vuelta para mirarla.

–No te culpo, Sophie. Durante mucho tiempo, ni yo mismo soportaba ver mi reflejo en un espejo. Después, cuando pude hacerlo, me di cuenta de que me aterrorizaba mi apariencia. Lo entiendo, de verdad –admitió él–. He llegado a aceptar mis quemaduras y estoy satisfecho conmigo mismo y con mi aspecto.

Después, bajó la vista y abrió los brazos para recordarle por qué habían vuelto a la casa.

–Voy ducharme –le dijo Nicolo–. Te sugiero que hagas lo mismo.

Sophie tuvo que frotar con fuerza su cabello para deshacerse del mal olor del agua estancada. Aunque había dejado sus zapatos de ante a remojo no tenía muchas esperanzas de que fuera a ser capaz de limpiarlos y poder usarlos. Pero no podía estar enfadada con Nicolo. Le gustaba ser justa y creía que ella era la única culpable de lo que había pasado.

Estaba allí en contra de la voluntad de Nicolo y, desde su llegada, no había hecho más que molestarlo. Si de verdad quería persuadirlo para que asistiera a la junta de accionistas, iba a tener que cambiar su estrategia.

En eso estaba pensando cuando volvió a la cocina. Tomó la masa de pan que había hecho esa tarde. La había dejado reposando unas horas para que creciera. La golpeó con el puño para quitarle las burbujas de aire mientras la amasaba con firmeza. Era una labor casi terapéutica. Le venía bien ensañarse con la masa.

Después de darle forma al pan, lo metió en el horno para cocerlo. Acababa de hacerlo cuando entró una mujer mayor por la puerta trasera.

–Ya me había dicho Mary, la de la tienda, que el señor Nicolo había contratado a una nueva cocinera –le dijo la mujer en cuanto vio a Sophie–. Soy Betty. Soy la que me encargo de barrer y limpiar el polvo en las habitaciones de esta planta. Con mis dolores de rodillas, no puedo hacer mucho más.

–Bueno, estoy segura de que haces un trabajo estupendo a pesar de tus problemas –respondió Sophie con una sonrisa.

No quiso corregirla y decirle que no era la nueva cocinera, la

verdadera razón por la que estaba en esa casa era demasiado complicada de explicar.

–¿Cuánto tiempo llevaba el señor Nicolo sin cocinera? –le preguntó a la mujer.

–Los Pearson se jubilaron hace seis meses. Elsie era la cocinera y Stan, el jardinero –le contó Betty sacudiendo la cabeza–. El césped que rodea la casa era el orgullo y la alegría de Stan. No quiero ni pensar en lo que diría si viera cómo está ahora. Los Pearson estuvieron trabajando en esta casa durante muchos años, desde que la familia se mudó aquí. Y yo llevo con ellos casi desde entonces. La señora Chatsfield me contrató cuando el señor Nicolo no era más que un bebé. Pero entonces había mucho más personal que ahora. Tanto la casa como el jardín estaban muy bien cuidados.

–Entonces, ¿ha visto crecer a todos los hijos de los Chatsfield?

Betty asintió con la cabeza.

–Al principio, eran una familia feliz. Pero las cosas cambiaron después de que la señora Chatsfield sufriera un aborto. El señor Nicolo y el señor Franco eran aún muy pequeños. La pobre mujer se quedó devastada al perder el bebé. Poco después, volvió a quedarse embarazada. A mi modo de ver, demasiado pronto. Creo que debería haber esperado un poco más. Fue entonces cuando tuvo a los gemelos y sufrió lo que ahora llaman depresión posparto. Solía pasar horas a solas en su habitación, siempre llorando, y los hijos mayores eran los que tenían que cuidar de los más pequeños.

–Supongo que el padre no podría ocuparse de ellos porque estaba trabajando en Londres, ¿no? –le preguntó Sophie.

Betty dio un resoplido al oírlo y levantó las cejas.

–Puede que estuviera ocupado con los hoteles, pero entonces se rumoreaba que también estaba ocupado teniendo aventuras con otras mujeres. Era muy cuidadoso, la prensa nunca se enteró de lo que hacía, pero los rumores eran continuos. Estoy segura de que también la señora Chatsfield lo sabía porque consiguió convencer a su marido para que volviera a vivir en esta casa. Fue poco después cuando nació la señorita Cara –le contó la mujer–. Y a partir de ese momento, empeoró aún más el estado de ánimo de la señora Chatsfield. Era como si no fuera capaz de encargarse de nada. El señor Chatsfield se volvió a Londres y un día, sin más, ella se fue de la casa y nadie más ha vuelto a saber de su paradero.

Sophie estaba fascinada escuchando lo que le contaba Betty sobre la familia Chatsfield.

–Supongo que sería muy doloroso para los niños ver que los había abandonado su propia madre.

–Fue una tragedia –contestó Betty–. Los mayores tenían que hacer las funciones de padres de sus hermanos más pequeños. Todos los

niños sufrieron mucho, pero creo que el señor Nicolo más que ninguno. Estaba muy unido a su madre y le afectó muchísimo su marcha. Recuerdo que solía escuchar a menudo cómo lloraba encerrado en su habitación. Pobre muchacho… Y después lo del incendio, sufrió unas quemaduras horribles y las cicatrices lo estropearon. Con lo guapo que era. Pero bueno, él se lo buscó.

–¿Qué quiere decir? –le preguntó Sophie frunciendo el ceño–. Se portó cómo un héroe. He oído que salvó a alguien de las llamas.

Betty apretó los labios antes de hablar.

–No digo que no fuera valiente, lo fue. Pero el señor Nicolás tuvo una adolescencia bastante salvaje y los periódicos no cuentan toda la historia –le dijo–. ¡Madre mía! –exclamó de repente–. ¡Mire la hora que es! No puedo estar aquí charlando todo el día.

La mujer parecía haber decidido de repente que ya le había contado demasiado y se apresuró a salir de la cocina con un plumero en la mano.

Sophie suspiró algo frustrada mientras golpeaba la masa para hacer una segunda hogaza de pan. Tuvo la tentación de ir a buscar a Betty y pedirle que le explicara mejor lo que le había querido decir con lo del incendio, pero no lo hizo.

Se quedó muy pensativa recordando sus palabras. Le había dado a entender que Nicolo era de alguna manera culpable del incendio en el hotel Chatsfield. Su espíritu curioso anhelaba tener respuesta a sus preguntas, pero no se atrevía a preguntárselo a Nicolo.

Contuvo el aliento al ver que entraba en la cocina en ese momento y se quedó ensimismada mirándolo. Llevaba unos pantalones negros y una camisa de mangas anchas que ocultaba parcialmente las cicatrices de su mano. Se fijó entonces en su rostro. Betty le había descrito lo guapo que había sido Nicolo antes del incendio, pero para ella era el hombre más atractivo y sexy que había visto nunca. Además, no había quemaduras en su cara. Cuando estaba vestido, no había sombra de sus lesiones por ninguna parte.

Pero debajo de la ropa, todo cambiaba. Le habían sorprendido sus cicatrices cuando vio su torso desnudo la noche anterior, eran más extensas de lo que había imaginado, pero también le había dejado impresionada la descripción que Nicolo hacía de sí mismo. No era ni una bestia ni un monstruo. De hecho, sabía que había tenido mucho éxito con las mujeres hasta que decidió dejar esa vida e irse a vivir solo al campo.

–Ya me parecía que olía a pan casero. No deja de sorprenderme todo lo que sabes hacer, Sophie.

Se encogió de hombros al oír sus amables palabras.

–Me gusta cocinar, me relaja. Y desde que trabajo para Christos, no me viene nada mal encontrar una afición que me libere del estrés de

cada día. Ese hombre es adicto al trabajo –le confesó suspirando.

–¿Cuándo tiempo llevas trabajando para Giatrakos?

–Unos meses. Antes de este trabajo, era la secretaria de dirección de una multinacional de fabricación de automóviles. Tenían una fábrica en Japón y solía visitar con frecuencia ese país acompañando a mi antiguo jefe.

–Japón es un país fascinante, ¿no? ¿Coincidió alguno de tus viajes con la época de floración de los cerezos?

–No, por desgracia no, pero he oído que es todo un espectáculo ver los cerezos en flor –le dijo ella mirándolo con curiosidad–. ¿Has estado en Japón?

–Muchas veces, pero siempre por temas de trabajo. Gran parte de mis operaciones financieras las hago en los mercados asiáticos y visito Japón y Hong Kong con regularidad –repuso Nicolo–. Pero, aunque vaya por trabajo, normalmente me las arreglo para hacer un poco de turismo durante mis viajes.

–Pero Christos me dijo que casi nunca sales de esta casa.

Lamentó haberlo mencionado. Se dio cuenta de que solo había conseguido que volviera a cerrarse en sí mismo.

–Giatrakos no me conoce en absoluto –le dijo secamente.

Vio un brillo peligroso en sus ojos y decidió dejar el espinoso tema del nuevo director general de la cadena Chatsfield. Volvió a concentrarse en la masa del pan.

–¿Quién te enseñó a cocinar? –le preguntó Nicolo unos minutos después–. ¿Tu madre?

–No, no –repuso ella riendo–. Mi madre no sabe ni hacer un huevo frito. Es abogada y estaba demasiado concentrada en su carrera profesional como para aprender a cocinar. Pero, afortunadamente, tuvo el suficiente sentido común como para casarse con un chef.

–Entonces, ¿tu interés por la cocina te viene de tu padre?

–No, mi padre es arquitecto –le dijo tratando de ignorar la punzada de dolor que sentía cuando pensaba en su padre–. Mis padres están divorciados y mi madre se casó con Giraud hace cuatro años. Lo más sorprendente de todo fue que renunció a su carrera como abogada y se mudó con él a París para ayudarle a dirigir su restaurante.

Nicolo la miró con suspicacia. Había notado algo raro en la voz de Sophie cuando mencionó a su padre. Pensó que quizás aún le costara aceptar el divorcio de sus padres, pero recordó entonces que no tenía ningún interés en la vida personal de esa mujer.

–En fin, querías saber quién me enseñó a cocinar y la verdad es que aprendí mucho de una maravillosa au pair italiana que tuvimos en casa durante un par de años. Donatella estaba estudiando para ser chef y lo consiguió. Ahora es profesora en una escuela de cocina de la Toscana –le explicó Sophie–. Me encanta Italia, me parece un país

maravilloso. ¿Pasaste mucho tiempo allí de pequeño? Sé que tu madre era italiana.

–No, viajamos un par de veces a Italia, pero mi madre se sentía en casa aquí en Inglaterra –repuso él–. Supongo que Christos también te contaría que mi madre nos abandonó hace muchos años. Nadie sabe dónde está, puede que regresara a su país, no lo sé –continuó Nicolo–. Pero es verdad, es un país precioso. Mi villa a orillas del lago Como tiene unas vistas espectaculares.

–No sabía que tuvieras una casa en Italia –repuso sorprendida.

–¿Por qué ibas a saberlo? Giatrakos no sabe nada de mi vida privada –contestó Nicolo.

Se dio cuenta de que tenía razón, con lo que Christos le había dicho, había asumido que Nicolo llevaba una vida solitaria, pero en realidad viajaba con regularidad. Tenía que reconocer que sentía bastante curiosidad por su vida personal. Se preguntó si tendría una amante o si tendría varias. La prensa del corazón ya no hablaba de él, de sus escándalos y conquistas, pero seguía siendo un hombre joven y atractivo. Creía que era poco probable que viviera como un monje también en ese sentido. Aunque prefería no preguntarse por qué, no le gustaba la idea de que pudiera tener muchas aventuras amorosas.

Se concentró en lo que le había contado sobre sí mismo y también en las cosas que no le había dicho. Por ejemplo, cómo se había sentido cuando su madre los dejó. Le había parecido escuchar una nota de emoción en su voz y recordó entonces las palabras de la señora de la limpieza. Betty le había contado lo mal que lo había pasado Nicolo después de que su madre se fuera.

–¿Tienes esa casa en el lago Como con la esperanza de que tu madre esté viviendo en Italia y un día trate de encontrarte? –le preguntó ella en voz baja.

Le incomodó la pregunta de Sophie, se acercaba demasiado a la verdad. Era algo que no había querido reconocer ni él mismo, pero la verdad era que tenía la esperanza de volver a verla algún día. Por otro lado, ese lugar a orillas del lago le recordaba a su madre. Hacía que se sintiera más cerca de ella cuando se alojaba allí.

–No digas tonterías –protestó él–. Compré esa villa porque era una buena inversión. Además, está en un lugar muy aislado, donde no pueden llegar los paparazis.

Se preguntó si querría esa privacidad para poder invitar a mujeres y que la prensa no se enterara. De un modo u otro, se recordó que no era asunto suyo ni debía importarle que tuviera una o una docena de amantes.

–Bueno, me voy. Tengo que seguir trabajando –le dijo Nicolo de manera algo brusca.

Empezaba a ver que tenía muchos cambios de humor. Igual le

pasaba al tiempo. Acababa de desaparecer el sol detrás de unas nubes gruesas.

–Espera, llévate pan al despacho. Está tan rico así, recién hecho y aún caliente… –le dijo ella cortando dos rebanadas gruesas de pan y extendiendo mantequilla en ellas.

Le dio una a Nicolo y a ella le faltó tiempo para probarla.

–Delicioso –murmuró ella mientras saboreaba su pan.

–No es fácil encontrar una mujer que disfrute de la comida. La mayoría de las mujeres que he conocido trata de sobrevivir comiendo solo lechuga para no engordar –le dijo Nicolo mirándola de arriba abajo–. Tú no tienes problemas de peso, tienes un cuerpo perfecto.

No podía dejar de imaginarla como la había visto al salir de la piscina, con el vestido aferrado a cada deliciosa curva su cuerpo. No se le habían pasado por alto sus firmes pechos ni cómo se le habían marcado los pezones entonces. Los pantalones vaqueros y la camiseta que llevaba puestos en esos momentos no eran tan reveladores, pero no pudo evitar sentir el deseo despertando en su interior.

–Me gusta comer –admitió Sophie–. Supongo que es algo que aprecio más que otras personas porque durante mucho tiempo no pude comer bien…

Dejó de hablar de repente cuando se dio cuenta de cómo la estaba mirando Nicolo. Lamentó entonces haber hablado sin pensar.

–¿Por qué no podías comer?

–Bueno…. Tuve algunos problemas de salud durante mi adolescencia –le explicó ella quitándole importancia al asunto.

No le apetecía hablar de su batalla contra el cáncer. Después de todo, apenas conocía a ese hombre. Se había dado cuenta de que su enfermedad era un asunto espinoso. Cuando conocía a alguien nuevo, nunca sabía cuándo era apropiado contarle que había tenido un cáncer que había cambiado por completo su manera de ver la vida. Richard, por ejemplo, la había acusado de haberle ocultado a propósito el hecho de que el cáncer la había dejado estéril. Le había dicho que, si ella se lo hubiera dicho poco después de que se conocieran, él no habría permitido que su relación fuera a más porque quería llegar a formar una familia y tener hijos.

Habían pasado ya tres años desde su ruptura. Había oído que Richard se había casado y estaba esperando su primer hijo. Desde entonces, había salido con otros hombres, pero muy de vez en cuando y nunca había llegado a ser nada demasiado serio.

Ya había aceptado que nunca iba a tener su propia familia. La quimioterapia había destruido su capacidad para tener hijos, pero la enfermedad había hecho que fuera una mujer realista. Había aprendido muy pronto que la vida no le debía nada y que, en lugar de llorar por lo que no tenía, debía estar agradecida por seguir viva.

Pensaba aprovechar cada día al máximo.

Se dio cuenta de que Nicolo estaba esperando a que terminara su explicación. Pero, como sabía que no había ninguna posibilidad de que pudiera llegar a tener ningún tipo de relación con él, no tenía ningún motivo para hablarle de su pasado.

–Pero ahora estoy muy bien –le dijo ella alegremente–. Bueno, ¿qué te parece mi pan?

–Está muy rico.

Nicolo probó otro pedazo del pan integral que había hecho Sophie. Tenía la sensación de que no quería contarle qué problemas de salud había tenido durante su adolescencia, pero supuso que habría sido algún trastorno alimenticio. Le había mencionado que sus padres se divorciaron y pensó que quizás le hubiera costado hacer frente a la ruptura en una edad tan vulnerable. A él también le había resultado muy difícil aceptar el fin del matrimonio de sus padres.

Estaba convencido de que su padre había tenido la culpa de todo. Le había sido infiel a su mujer durante años y creía que ese era el motivo por el que ella había terminado por irse.

Y, después de muchos años, volvía a traicionar a sus hijos eligiendo a alguien ajeno a la familia para que fuera el nuevo director general de la cadena Chatsfield. Pero si su padre y Giatrakos esperaban que colaborara con ellos iban a llevarse un buen chasco. Igual que le iba a pasar a Sophie cuando se diera cuenta de que no podía persuadirlo para que asistiera a la junta de accionistas de la empresa.

Capítulo 5

Sophie removió una última vez la comida que estaba terminando de hacer y comprobó después que las patatas se estuvieran asando bien en el horno. Si la cena que se había pasado toda la tarde preparando no conseguía poner a Nicolo de buen humor para que pudiera tratar de convencerlo, no sabía qué otra cosa intentar.

Había decidido apelar a su conciencia y tratar de hacerle ver que su participación en la junta de accionistas era lo mejor para todos, en especial para su hermana Lucilla. Estaba decidida a usar todos sus poderes de persuasión y esa cena era parte de su estrategia.

La mesa del comedor estaba preciosa. Había usado un mantel blanco con bordados y había colocado un jarrón lleno de rosas del jardín en el centro de la mesa.

Incluso había conseguido encontrar velas en uno de los armarios de la cocina para ponerlas en los candelabros de plata.

Cuando ya lo tenía todo listo, fue al salón para mirarse en el espejo. Se había puesto un vestido negro que era elegante y formal. Con él se sentía segura de sí misma, se veía como una mujer en la que Christos podía confiar. No pensaba defraudar a su jefe. Estaba decidida a regresar a Londres al día siguiente para poder decirle que su anfitrión había accedido a participar más en la empresa de su padre.

Nicolo salió de su despacho en ese momento y, como solía pasarle, el corazón le dio un vuelco mientras lo miraba de arriba abajo. Llevaba unos pantalones negros que parecían hechos a medida y una camisa blanca sin cuello. A pesar de lo formal que era su ropa, le seguía recordando a un bandolero de otros tiempos, con su pelo oscuro cayendo sobre los hombros y una sombra de barba en la mandíbula. Al verlo así, sintió que le flaqueaban las fuerzas, ya no estaba tan segura y no sabía si iba a poder convencerlo.

Pero escondió sus miedos tras una gran sonrisa.

–Estoy a punto de servir la cena. He preparado un guiso de pollo al vino. ¿Qué te parece?

–Huele muy bien, pero la verdad es que me comería cualquier cosa que no fuera un filete de ternera.

–¿De verdad solo comes carne cuando estás solo?

–Es lo único que sé preparar. Además, así no tengo que perder el tiempo tratando de decidir qué voy a cenar. Siempre es lo mismo, pero así tengo más horas para dedicar al trabajo.

–¿Tan importante es para ti el ganar más y más dinero? ¿Tanto como para que no te tomes algo de tiempo para hacer otras cosas como detenerte a oler las flores o escuchar el canto de un mirlo? La vida es para disfrutarla. Es algo que no podemos olvidar, menos aún las personas como nosotros.

Nicolo se quedó mirándola con el ceño fruncido.

–¿Qué quieres decir con «personas como nosotros»?

Sophie creía que tanto Nicolo como ella habían recibido el regalo de tener una segunda oportunidad en esa vida. Los dos habían tenido que mirar a la muerte a la cara y habían sobrevivido, pero no podía decírselo.

No quería pensar en la parte más dura de su enfermedad, en lo asustada y sola que se había sentido durante los largos tratamientos en el hospital. Había aprendido a fingir más fuerza de la que sentía para no disgustar a su madre, a ocultar sus verdaderos sentimientos detrás de una apariencia de buen humor. Ese modo de actuar se había convertido en parte de su personalidad y pocas veces compartía sus verdaderas emociones, ni siquiera con sus mejores amigos.

–Me refería a que los dos tenemos suerte. Vivimos en un país en paz, no tenemos que enfrentarnos a las dificultades que tienen muchas personas en otras zonas del mundo. Estamos sanos y tenemos el lujo de vivir la vida que hemos elegido.

El optimismo implacable de esa mujer empezaba a irritarle.

–¿Crees que debería estarle agradecido a la vida? ¿Te parece una suerte haber sufrido graves quemaduras en un incendio? –le preguntó él.

–No, pero creo que tienes la suerte de haberte recuperado y de poder llevar una vida normal. ¿No te parece?

Sintió una punzada de culpabilidad al recordar a Michael, él no se había podido recuperar. A través de su fundación, Nicolo ayudaba a muchas víctimas de graves quemaduras. Durante esos años, había conocido a muchas personas cuyas vidas habían cambiado para siempre por culpa de sus lesiones. Tenía que reconocer que, comparado con ellos, tenía mucha suerte. Pero no necesitaba que una joven como Sophie, que no sabía lo que era sufrir de verdad, le dijera cómo debía sentirse.

Sophie entró en el comedor y él la siguió. Pero se quedó inmóvil al ver el candelabro en el centro de la mesa. Había una caja de cerillas sobre el mantel.

Se quedó sin respiración mientras veía cómo Sophie encendía una cerilla y la llevaba a una de las velas. Fue hacia ella y apagó la llama con la yema de los dedos.

–¿Qué demonios se supone que estás haciendo con esas velas? –le preguntó con un gruñido mientras le quitaba la caja de cerillas de la

mano–. ¿Dónde las encontraste? No permito que haya velas en la casa.

Sophie lo miró boquiabierta. Estaba a punto de protestar enfadada ante un comportamiento tan grosero cuando vio algo en los ojos de Nicolo que le hizo sentirse aún más confundida. Le había parecido ver miedo en su mirada durante unos segundos.

–Es... estaban en la parte de atrás de uno de los armarios de la cocina –tartamudeó ella cuando recuperó el habla–. ¿Por qué no quieres que las encienda? ¿Qué tiene de malo cenar a la luz de las velas?

–¿Sabes cuántos incendios provocan las velas encendidas cuando alguien se olvida de vigilarlas?

–No iba a dejarlas encendidas sin más. Bueno, a lo mejor solo durante un par de minutos, mientras iba a la cocina a por la comida...

Vio que Nicolo parecía fuera de sí.

–Está bien, lo siento. No sabía que las velas estuvieran prohibidas en esta casa. La verdad es que no creo que un par de velas puedan ser peligrosas, pero bueno...

–¿No? ¿Y qué pasa si dejas una vela encendida en la mesa, sales un momento de la habitación y una brisa la tira sobre el mantel? No tienes ni idea de la rapidez con la que las llamas se propagan ni la intensidad que puede alcanzar un incendio en cuestión de segundos.

En su mente, Nicolo estaba de vuelta en la suite del ático, la que su padre había ocupado en el hotel Chatsfield de Londres, atrapado en el balcón mientras la habitación se convertía en un auténtico infierno. Con las llamas cortando su camino e impidiendo que se acercara a la puerta. Su única opción era tratar de descolgarse desde el balcón, pero estaba a mucha altura. Era un chico de trece años que tenía de repente que decidir si quería morir quemado o estrellado contra el pavimento. Su instinto de supervivencia había tomado la decisión por él. Ya había pasado una pierna por encima de la barandilla del balcón cuando oyó gritos que venían de dentro del ático.

Sus recuerdos eran tan vívidos que casi podía oler el humo, era como si estuviera de nuevo allí. Podía sentir cómo se le aceleraba el pulso. Se acercó a las puertas que daban al jardín y las abrió. Necesitaba respirar el aire fresco de la noche. El dulce aroma de la madreselva que trepaba por la pared de la casa era un recordatorio de lo bello que había en su vida, pero sabía que nunca iba a poder olvidar los olores del incendio, unos olores que siempre iba a asociar con el dolor y la muerte.

Recordaba la sensación de las llamas quemando su piel como si acabara de suceder, no había podido olvidar tampoco el olor a carne quemada y la expresión de terror en la cara de la doncella del hotel cuando la encontró escondida en el baño. Creía que Sophie no podía comprender el terror de estar atrapado en un incendio.

–Aun así, sigo creyendo que exageras –murmuró ella.

Le enfureció su comentario.

–¿Sí? ¿Qué crees que pasaría si se extendiera rápidamente un fuego por toda la casa? ¿Y si uno de los dos se hubiera quedado atrapado en el piso de arriba? ¿Cómo crees que te sentirías al ver que no hay salida, que las llamas están cada vez más cerca y ya puedes sentir su calor en la piel?

Sophie lo miró fijamente, sorprendida sin duda por el dolor y las emociones que él no podía esconder.

–Te diré lo que sentí yo –agregó con dureza–. No he sentido tanto miedo en toda mi vida. Pensé que iba a morir y después, durante las semanas de agonía por el dolor de mis quemaduras y asqueado al ver mi cuerpo lleno de cicatrices, casi lamenté no haber muerto en el incendio.

Agarró la parte delantera de su camisa y la abrió a la fuerza. Los botones saltaron por los aires.

–Este es el daño que puede causar un incendio –le dijo a Sophie–. Han pasado casi veinte años y mis cicatrices aún son horribles. Tienes suerte de no haberlas visto al principio.

Sophie ya había visto las cicatrices la noche anterior, cuando fue a su habitación alertada por sus gritos. Pero su dormitorio había estado en penumbra. En ese momento, sin embargo, podía verlas con todo detalle. La piel de un lado de su torso estaba descolorida y llena de manchas.

Nicolo apretó la mandíbula sin poder dejar de observar la cara de Sophie. No podía disimular el asco que le producían sus quemaduras y sintió vergüenza. No sabía cómo había esperado que reaccionara. Creía que no debería haber pensado que Sophie no iba a mirarlo con desagrado. Trató de convencerse de que no le importaba lo que ella pensara de él, pero tenía que reconocer que habría deseado que Sophie pudiera ver más allá de sus cicatrices, que viera de verdad al hombre que había debajo de esa piel tan dañada.

–¿Comprendes ahora la fuerza destructiva que tiene el fuego y las terribles heridas que puede causar? –le preguntó Nicolo.

Sophie se estremeció. Había mucho dolor en la voz de ese hombre. Le había asegurado que aceptaba su cuerpo y sus cicatrices, pero intuía que la estaba observando de cerca para ver cómo reaccionaba.

Recordó entonces cómo se había sentido ella en el hospital, la primera vez que vio su cabeza calva en el espejo del baño. No había podido dejar de llorar al verse tan fea. A esa edad, todas sus amigas ya habían empezado a salir con chicos y creía que ninguno querría estar con una chica sin pelo.

Con el tiempo, su pelo había crecido de nuevo y no le habían quedado signos visibles de su enfermedad. Pero Nicolo iba a tener que

vivir con sus cicatrices durante el resto de su vida. Le parecía que debajo de un exterior duro, había un hombre muy vulnerable.

Quería asegurarle que a ella no le parecía un monstruo, todo lo contrario, pero sabía que Nicolo iba a interpretarlo como compasión y no era eso lo que quería.

No sabía qué decirle, pero tenía la necesidad de hacerle ver que lo comprendía y entendía su dolor. Se acercó a él y, después de un momento de incertidumbre, levantó la mano y la colocó sobre la parte quemada de su torso.

Sintió que Nicolo se estremecía, pero sabía que era por la sorpresa, no porque le hubiera dolido.

–Siento mucho lo de las velas –le dijo ella en voz baja–. Debería haberme imaginado que aún sufres las consecuencias de haberte visto atrapado en medio de las llamas –agregó mientras movía los dedos suavemente sobre su piel–. Supongo que estas cicatrices te recuerdan constantemente lo que pasó esa noche. Pero estas marcas no te definen, no deciden quién eres.

Nicolo se la quedó mirando fijamente. Se dio cuenta entonces de que sus inusuales ojos de dos colores eran casi completamente verdes esa noche. Se fijó en sus pupilas, pero no podía adivinar qué estaba pensando, no podía ver su alma.

Bajó entonces la mirada y se fijó en su mano.

–¿No te da asco? –le preguntó Nicolo.

–No, por supuesto que no –repuso ella sosteniéndole la mirada y hablándole con honestidad.

Entraba una suave brisa desde el jardín, llenando el comedor del dulce aroma de la madreselva y del azahar. Estaban en silencio y Sophie podía oír lo entrecortada que era su propia respiración. Poco a poco, se dio cuenta de que se estaba produciendo un ligero cambio en la atmósfera, podía sentir bajo su palma cómo se aceleraba el pulso de Nicolo.

De repente, fue verdaderamente consciente de lo que estaba haciendo, lo estaba tocando y había algo muy íntimo en ese hecho. Sabía que debía apartar la mano, pero una fuerza invisible se lo impedía. Nicolo la miraba con los ojos entrecerrados, como si también él estuviera sintiendo la misma tensión que parecía haberse apoderado de su cuerpo.

Nicolo puso la mano en su hombro y envolvió un mechón de su cabello en el dedo.

–Tienes un pelo precioso –murmuró él.

Sabía que Nicolo no era consciente de ello, pero esas palabras consiguieron despertar todo tipo de emociones dentro de ella. Se había sentido tan agradecida cuando su pelo volvió a crecer después de la quimioterapia… La pérdida de una parte tan importante de su

feminidad había hecho estragos en ella, había perdido mucha seguridad en sí misma.

Diez años más tarde, sabía que aparentaba ser una mujer muy segura, pero en el fondo seguía siendo esa chica de dieciséis años a la que le había preocupado tanto que ningún chico quisiera salir con ella.

Nicolo acarició con la otra mano su cara. Lentamente, bajó la cabeza y se quedó sin aliento al darse cuenta de que estaba a punto de besarla. Quería que lo hiciera, tenía que admitirlo. Se había imaginado ese momento casi desde que lo viera por primera vez y, en ese instante, sintió que se le iba a salir el corazón del pecho.

No habría sido capaz de decir en qué momento había dejado de estar enfadado con Sophie para desearla. Tenía que reconocer que había sentido cierta tensión sexual entre ellos desde que la tomara en sus brazos el día anterior para sacarla de la casa. Desde entonces, había hecho todo lo posible por ignorarla, pero Sophie Ashdown no era fácil de ignorar. Hacía mucho tiempo que no se sentía como en esos momentos, atrapado por la necesidad urgente de besar a una mujer. Y algo le decía que Sophie se sentía tan confundida como él.

Pasó los dedos por su cabello dorado, parecía de seda, tan suave como lo había imaginado. Sintió que Sophie abría la boca y, antes de que pudiera decirle que se detuviera, bajó la cabeza y aplastó su boca contra la de ella, besándola con toda la pasión que sentía en esos momentos.

Las palabras que había estado a punto de pronunciar Sophie murieron en su garganta en cuanto sintió los labios de Nicolo contra los suyos. Una parte de ella estaba sorprendida, no podía creer lo fácilmente que había capitulado, pero dejó de pensar en nada más cuando Nicolo la rodeó con sus brazos, aplastándola contra su cuerpo. En ese momento, nada más le importaba, solo lo que estaba sintiendo.

Llevó las manos a la cara de Nicolo y se estremeció al sentir la áspera piel de su mandíbula contra las palmas. Mientras tanto, él había abandonado sus labios para besarla en las mejillas y en los párpados. Regresó después a su boca con un hambre salvaje que encontró increíblemente excitante. Se estaba comportando tal y como había esperado de ese hombre con aspecto de bandolero. Era audaz y decidido, no dejaba que nada se interpusiera en su camino para conseguir lo que quería. Podía sentir contra su pelvis lo excitado que estaba, no podía ocultar cuánto la deseaba.

Cuando Nicolo por fin soltó sus labios, trató de recobrar el aliento mientras recuperaba también parte de su cordura. Estaba a punto de dejar que hiciera con ella lo que quisiera. Sentía que había conseguido derretirla por completo, también ella estaba muy excitada, no había manera de ocultar cómo estaba despertando su traicionero cuerpo.

Nicolo no dejaba de acariciarla, moviendo sin descanso sus manos por cada centímetro de su piel. Lo sintió acariciando el contorno de sus caderas y subiendo poco después hasta sus pechos. A pesar de la tela del vestido, podía sentir el calor de sus manos. No pudo ahogar un grito de intenso placer cuando Nicolo movió ligeramente los dedos sobre sus excitados pezones, un placer que sintió también entre sus piernas.

Se inclinó para besarla una vez más, pero sentía que todo estaba ocurriendo demasiado rápido. La sensación de tener la lengua de ese hombre entre sus labios era excitante y muy erótica, pero no estaba preparada para llegar tan lejos con él, para ese nivel de intimidad. Después de todo, eran casi dos desconocidos. Pensó que, en realidad, apenas sabía nada de ese hombre y fue entonces cuando recordó por qué estaba en esa casa. Christos la había enviado hasta allí con un objetivo en mente, le costaba creer que estuviera siendo tan poco profesional.

Aturdida y enfadada consigo misma, se apartó de Nicolo. Le costaba respirar con normalidad, pero tenía que recuperar cuanto antes el control de sí misma y de la situación. Nicolo aún no parecía consciente de lo que estaba pasando y la besó en el cuello, sintió que iba bajando hasta su escote y contuvo la respiración. Deseaba sentirlo en su pecho, todo su cuerpo estaba en llamas, pero su cerebro había recuperado por fin el control.

–Tenemos que hablar –susurró ella con la voz ronca mientras apartaba la cabeza para que no volviera a besarla.

Nicolo frunció el ceño mientras trataba de entender sus palabras. Se sentía completamente embriagado por la fragancia de su piel y el sabor de sus labios.

–¿Hablar de qué? –murmuró.

No quería hablar, solo quería hacerle el amor. Creía que si la deseaba como lo hacía era solo porque llevaba bastante tiempo sin acostarse con nadie, más de un año. La última mujer con la que había estado había sido una azafata a la que había conocido durante sus vuelos de Londres a Hong Kong, ni siquiera se podía considerar una relación de verdad. Intentaba convencerse de que ese ayuno sexual era la única razón por la que esa mujer lo tenía como estaba en esos instantes, temblando como un adolescente ante su primer encuentro sexual.

Pero en el fondo sabía que había algo más. Cuando Sophie había tocado sus cicatrices, había sentido una sacudida de emoción que le había producido un dolor casi físico. Se había sentido revivir al ver cómo lo miraba. No había visto asco ni compasión en su mirada, sino simplemente aceptación.

Y también había visto deseo en sus ojos de color avellana. Saber que

ella no iba a rechazarlo por su aspecto lo había empujado a bajar la guardia y dejarse llevar por el deseo. Cuando por fin la había besado, le había sorprendido encontrarse con la misma pasión que sentía él, por eso no entendía por qué se apartaba, de qué quería hablar con él cuando los dos ardían de deseo.

Nada más alejarse de él, Sophie sintió que tenía un poco más de control de la situación. Era algo más fácil hacerlo cuando no estaba presionada contra su musculoso cuerpo. No pudo evitar fijarse en su torso, seguía con la camisa abierta y se le fueron los ojos a la fina capa de vello que marcaba un tentador camino desde su abdomen hasta desaparecer un poco más abajo, tras la cintura de sus pantalones.

Creía que los dos se habían dejado llevar durante un momento de gran intensidad emocional y sabía que, en esas situaciones, la gente solía actuar de manera precipitada. Estaba segura de que esa era la razón por la que Nicolo la había besado y también así podía explicar la pasión con la que había respondido ella.

Pero decidió que había llegado el momento de volver a la realidad.

–Creo que deberíamos centrarnos en la razón por la que vine a verte –le dijo ella–. Las cosas solo van a complicarse más si nos distraemos con…

Nicolo la miró con los ojos entrecerrados. Todo su cuerpo protestaba, frustrado, y no estaba de humor para juegos de palabras.

–¿A qué te refieres?

–A la asamblea de accionistas, para eso estoy aquí. Christos quiere que vayas y no deberíamos…

–¿Quieres hablar de Giatrakos ahora? –le preguntó tratando de no perder la compostura.

Sophie se dio cuenta de que estaba muy enfadado. No pudo evitar sentirse aliviada al ver que había conseguido recobrar su sentido común. Creía que, si Nicolo le hubiera llegado a sugerir que tuvieran relaciones sexuales, ella habría tenido que negarse, como no podía ser de otro modo, y creía que eso habría complicado mucho más las cosas entre ellos. Una voz en su interior le decía que se estaba engañando a sí misma, pero trató de ignorarla. Aunque sabía que, si él la hubiera seguido besando, la habría tenido completamente entregada entre sus brazos.

–¿No te parece que los dos hemos perdido un poco la cabeza esta noche? –insistió ella–. Christos me ordenó que viniera para convencerte, nada más.

–*Mamma mia!* ¿Acaso has tratado de seducirme con la esperanza de convencerme? –repuso Nicolo con un nudo en el estómago–. ¿Eran esos besos parte de tus tácticas de persuasión?

–¡No! –replicó ella atónita–. Además, yo no he intentado nada. Fuiste tú quien me besaste.

–Y tú quien me invitaste a hacerlo –contestó Nicolo entre dientes–. Te acercaste, pusiste la mano sobre mi pecho desnudo…

Había estado seguro de que había visto deseo en sus ojos, pero acababa de darse cuenta de que se había equivocado y que en su expresión solo había compasión y lástima. Había estado convencido también de que la atracción era mutua. No entendía cómo podía haber sido tan estúpido. Se apartó de ella y salió a la terraza, necesitaba un poco de aire fresco.

Sophie se dio cuenta de que había sido un error recordarle lo de la junta de accionistas, pero lo había hecho para protegerse, porque Nicolo le había hecho sentir demasiadas cosas y no sabía qué hacer con esos sentimientos.

No se había sentido así ni siquiera con Richard. Le había asustado la intensidad de su deseo y había buscado refugio en la seguridad de su trabajo, recordándole por qué estaba allí.

–Voy a servir la cena. Seguro que se han quemado las patatas… –susurró ella.

–Haz lo que quieras –le dijo Nicolo–. Pero a mí no me sirvas nada. No tengo hambre.

Sophie se mordió el labio inferior al oírlo.

–Pero no has comido en todo el día. Estoy segura de que te encantará el guiso de…

–*Dio!* ¿Es que nunca escuchas? –replicó enfadado–. Déjame en paz. O mejor aún, haznos un favor a los dos y vete a Londres.

–No puedo. Tengo que quedarme y buscar los documentos que te dije en el despacho de tu padre.

–Entonces, hagamos un trato –le dijo Nicolo–. Es una casa muy grande. Mantente alejada de mi camino y yo me mantendré lejos del tuyo. Así estaremos los dos contentos.

Capítulo 6

Eran las tres de la mañana y Sophie seguía sin poder dormirse, pensando en cómo había reaccionado Nicolo al ver que encendía una vela. Había tenido tiempo ya para pensar en lo que había pasado después y entendía que Nicolo la hubiera acusado de besarlo para convencerlo de que asistiera a la junta. La pasión que habían sentido los dos había sido abrasadora, pero ella había sido la que se había apartado por miedo a lo que iba a pasar.

Se había dado cuenta también de que no debería haber nombrado a Christos en un momento así, pero no había sido capaz de decirle la verdad, confesarle que lo había besado porque no podía controlar la atracción que sentía por él. Ese hombre había conseguido despertar sentimientos en ella que hacía mucho tiempo que no había tenido. Incluso en esos instantes, horas después, podía saborear sus labios y cuando cerraba los ojos veía su cara y su cínica media sonrisa.

No entendía por qué la había besado, pero sí por qué se había enfadado con ella. Le había quedado muy claro que el fuego le aterrorizaba y que incluso la pequeña llama de una vela conseguía despertar terribles recuerdos. Se preguntó si la habría besado para contrarrestar el intenso miedo que había sentido al ver la vela. Creía que no podía haber otra explicación. Le parecía poco probable que se sintiera atraído por ella cuando ni siquiera soportaba su presencia. Y, aunque le costara admitirlo, le dolía que fuera así. Decidió que, la próxima vez que lo viera, se disculparía con él por todos los problemas que le había causado. Aun así, le parecía imposible llegar a convencerlo para que asistiera a la junta.

Se despertó a las siete y media, cuando oyó su teléfono móvil. Antes de contestar, supuso que se trataría de Christos. Solo él podía estar llamándole a esas horas.

–Voy a estar fuera de la oficina unos días, así que todas mis llamadas serán desviadas automáticamente a tu móvil. Tendrás que encargarte de todo desde allí –le dijo su jefe.

Le dictó varias cartas que quería que escribiera y le reenviara a su correo electrónico.

–Por cierto, te he enviado por correo electrónico un informe y una lista de cambios que necesito que hagas en el mismo. ¿Has encontrado los documentos que te pedí?

–No, no todos –admitió Sophie–. Seguiré buscándolos hoy. Y

tampoco estoy teniendo demasiada suerte con Nicolo. Está decidido a no asistir a la reunión.

–Estoy seguro de que se te ocurrirá alguna manera de convencerlo –respondió Christos–. Cuento contigo, Sophie. Una de las razones por las que te elegí para este puesto fue porque tengo plena confianza en tu capacidad para resolver los problemas más difíciles.

Suspiró cuando colgó el teléfono. Cada vez sentía más presión. Se dio cuenta de que su trabajo podía estar en juego si no conseguía convencer a Nicolo.

Bajó a la planta baja, pero no había ni rastro de él. Supuso que ya estaría trabajando en su despacho, pero le sorprendió ver que la puerta estaba abierta y que Nicolo no estaba allí. Otro enigma que no pudo resolver fue el coche que vio aparcado junto al de ella frente a la puerta principal. Sabía que no era el de Nicolo.

Fue después de desayunar al que había sido el despacho de Gene y se pasó la mañana escribiendo las cartas que Christos le había dictado y buscando los documentos que su jefe le había pedido. No se tomó un descanso hasta el mediodía, cuando fue a la cocina para hacerse un sándwich. Al mirar por la ventana, se sorprendió al ver a Nicolo paseando por el jardín con una mujer.

Frunció el ceño al ver que era además una mujer preciosa.

Los dos iban hacia la puerta trasera de la casa y no tardaron en entrar en la cocina.

Vio que Nicolo entrecerraba los ojos al verla allí.

–Beth, te presento a Sophie Ashdown, va a pasar aquí un par de días –le dijo Nicolo a la otra mujer.

Antes de que pudiera completar las presentaciones, la mujer se adelantó y le tendió la mano a Sophie.

–Encantada de conocerte. Soy Beth Doyle, una vieja amiga de Nicolo.

Dorcha fue corriendo a saludar a Beth.

–Hola, guapo –le dijo al perro mientras frotaba su cabeza–. Me dedico a criar loberos irlandeses en una granja en Irlanda –le explicó a Sophie antes de volverse hacia Nicolo–. Tienes que volver a la granja pronto. Y ve con Dorcha, seguro que le gustaría ver a su madre.

–Lo intentaré –murmuró Nicolo.

Sophie sintió una extraña sensación en el estómago al ver el cariño con el que se miraban Nicolo y Beth. Él rodeó con el brazo los hombros de la joven y a Sophie le quedó muy claro que eran muy buenos amigos, quizás más que amigos.

–Bueno, será mejor que nos pongamos a trabajar, ya sabes que no puedo quedarme mucho tiempo –le dijo Beth a su amigo.

Nicolo miró entonces a Sophie.

–¿Has terminado de ordenar los papeles del despacho de mi padre?

Era una manera muy poco sutil de preguntarle cuándo iba a irse de allí.

–Me temo que no. Parece que voy a tener que quedarme más tiempo del que pensaba –repuso Sophie mientras veía cómo iban los dos al despacho de Nicolo y cerraban la puerta tras ellos.

Supuso que, si trabajaban juntos, Beth debía de ser también un genio de las finanzas, además de tener apariencia de modelo. Volvió de mala gana al despacho de Gene. Suspiró al ver la montaña de carpetas y papeles que tenía que revisar. Había dormido poco y le estaba costando mucho concentrarse.

Se preguntó si la visita de Beth sería una simple coincidencia o si Nicolo habría invitado a esa bella mujer para dejarle muy claro que el beso que había compartido con ella era un error que no tenía ninguna intención de repetir.

El sol de media tarde entraba por las ventanas del despacho con tanta fuerza que se sentía como si estuviera en un invernadero. Decidió sacar su ordenador portátil al jardín y trabajar durante un rato en el informe que Christos le había enviado. Fue a su dormitorio para cambiarse de ropa. Se puso unos pantalones cortos y la parte de arriba del bikini que había metido en la maleta con la esperanza de poder usar la piscina. Tenía muy claro que no iba a nadar en esa agua verde y pestilente, pero había descubierto el día anterior una zona aislada del jardín que le había parecido un lugar muy agradable para sentarse a pasar el rato.

Para entrar en esa especie de jardín secreto había que abrir una puerta en el muro alto que lo rodeaba. Era un lugar encantador. Los setos de boj estaban recortados formando un intrincado diseño a ambos lados de estrechos caminos de grava. En el centro del jardín había un pequeño estanque con el agua limpia y clara. Tanto que podía ver sin problemas los peces de colores que nadaban bajo los nenúfares.

Le sorprendía ver lo bien cuidado que estaba ese pequeño jardín. Supuso que sería Nicolo el que se encargaba de mantenerlo tan bien. Por alguna razón, ese lugar debía de ser más importante para él que el resto de la finca.

El aroma de la lavanda que crecía en las macetas de terracota llenaba el aire de una fragancia embriagadora y el único sonido que se oía era el zumbido de las abejas que se afanaban sobre las flores para conseguir néctar. Se sentó en un banco y levantó la cara hacia el sol.

Quería tomarse unos minutos antes de encender el portátil y ponerse a trabajar. Se prometió que solo serían unos minutos, pero los párpados le pesaban tanto que era muy difícil mantenerlos abiertos…

Nicolo dio vueltas por el jardín sin entender dónde podría estar Sophie. Su coche seguía aparcado frente a la casa.

Le parecía increíble que solo hubiera pasado dos días en esa casa. Había conseguido alterar su rutina por completo y, aunque estaba deseando que se fuera, no podía dejar de pensar en ella.

Beth también se había dado cuenta de que le estaba costando concentrarse y había aprovechado para burlarse de él, diciéndole que no debía de encontrar a Sophie tan molesta como aseguraba y que, en realidad, creía que se sentía atraído hacia ella. Lo había negado, pero tenía que reconocer que Beth lo conocía mejor que nadie.

Llevaban siendo buenos amigos mucho tiempo, desde que empezaran a verse a menudo en el hospital cuando Beth visitaba a su hermano, Michael, en la unidad de quemados donde también estaba él.

Entonces, no había sido más que una niña de doce años que había sufrido mucho tras la muerte de su hermano. Aun así, había seguido visitando a Nicolo hasta que le dieron el alta. Después, habían mantenido el contacto y lo había apoyado desde el principio cuando Nicolo decidió crear la Fundación Michael Morris en honor a su hermano.

Creía que al menos había brotado algo positivo del terrible incendio del ático, pero también sabía que nunca iba a poder olvidar que todo había sido culpa suya y que había destrozado la vida de Marissa Bisek, la empleada del hotel. Creía que no había dinero suficiente en el mundo para expiar sus errores.

Pero sabía que no tenía sentido vivir en el pasado. Quedaba poco tiempo para el aniversario del incendio, una fecha dolorosa cada año, quizás un poco peor en esa ocasión y sabía muy bien por qué. Sophie Ashdown había conseguido despertar emociones en él que había creído enterradas para siempre. Ella le había hecho pensar en su familia, en la cadena Chatsfield y en su padre.

Durante años, había culpado a Gene de todo lo malo que había tenido en su vida. Pero, según Sophie, no era más que un hombre que quería a sus hijos y que estaba tratando de ayudarlos. Tenía que reconocer que tanto sus hermanos como él habían llevado vidas bastante desordenadas y necesitaban encauzar su futuro, pero el nombramiento de Giatrakos como director general no había hecho sino distanciarlos aún más de su padre.

Estaba pasando en ese instante junto el jardín amurallado y se dio cuenta de que la puerta estaba entreabierta. Fue hacia allí y se quedó inmóvil.

Sophie no se había limitado a despertar en él los recuerdos del pasado, tenía que reconocer que estaba despertando también su cuerpo. El deseo lo sacudió de repente cuando se encontró de manera

inesperada con la tentadora imagen de una bella Venus rubia. Solo llevaba unos diminutos pantalones cortos y la parte de arriba de un bikini que no conseguía esconder sus firmes pechos. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo del banco donde estaba sentada y los ojos cerrados. Pensó que quizás ella tampoco hubiera logrado dormir bien la noche anterior. Sabía que era mejor irse de allí y no despertarla, pero supuso que ya habría oído el crujir de sus pasos en el camino de grava.

Sophie abrió los ojos al notar que algo bloqueaba el sol. Durante un segundo, se quedó sin aliento al ver una figura oscura frente a ella, pero no tardó en darse cuenta de que se trataba de Nicolo. Y su cuerpo también lo reconoció, aunque de una manera distinta.

–Me has asustado –susurró ella mientras se llevaba las manos a la cara–. Creo que he estado demasiado tiempo al sol. Me alegra que me despertaras.

No había esperado encontrárselo allí y estaba algo incómoda. Se inquietó aún más cuando vio que se sentaba a su lado en el banco.

–Te he estado buscando por todas partes. ¿No me habías dicho que Giatrakos necesita con urgencia que encuentres esos documentos de mi padre?

–No estaba escaqueándome, si eso es lo que estás sugiriendo. Después de horas clasificando documentos, decidí salir un rato para trabajar con el portátil –contestó ella a la defensiva–. Ya sé que quieres que me vaya cuanto antes. Y te prometo que me iré en cuanto accedas a ir a la junta.

–Entonces, parece que vamos a estar aquí atrapados indefinidamente porque ya te he dicho que no pienso seguirles el juego a Giatrakos ni a mi padre –repuso Nicolo.

Le sorprendió ver que no parecía enfadado, sino completamente relajado. Ella, en cambio, estaba cada vez más desconcertada. Sobre todo cuando vio que estiraba el brazo sobre el respaldo del banco y comenzaba a jugar con un mechón de su pelo.

Llevaba su atuendo habitual, vaqueros negros, botas de cuero y una camisa blanca. Con su pelo oscuro y largo y esa barba de dos días estaba más sexy que nunca. Esperaba que no pudiera oír desde donde estaba los latidos de su acelerado corazón.

–Pareces nerviosa –murmuró Nicolo.

–No lo estoy –mintió ella–. ¿Por qué iba a estarlo?

Su masculino aroma la rodeaba, era muy consciente de su presencia. Trató de apartarse un poco más de él sin que se diera cuenta, pero se encontró atrapada entre el reposabrazos y las fuertes piernas de Nicolo.

–Este jardín amurallado parece atraer el sol más que ningún otro rincón de la finca –comentó ella mientras apartaba la mirada de

Nicolo–. Me recuerda a un jardín que visité una vez en La Toscana.

–Este era el jardín de mi madre. Fue ella quien lo diseñó. Decía que era su trocito de Italia.

Notó que había una nota de dolor en su voz y lo miró de reojo.

–¿Por eso lo tienes tan cuidado? ¿Porque te recuerda a tu madre?

Nicolo se puso rígido al oír su pregunta, no lo pudo evitar. Sophie era demasiado perspicaz y a él no le gustaba hablar de su madre. Prefería mantener enterradas en el pasado todas las cosas que le hacían daño. Pero Sophie lo observaba con tanta ternura en sus ojos castaños que algo se rompió dentro de él.

–Supongo que habrá cambiado mucho –le dijo–. Han pasado casi veinte años desde la última vez que la vi. Ni siquiera sé si seguirá viva.

–¿No sabes si está viva o no? –preguntó Sophie con preocupación en su voz.

–Mi padre contrató detectives cuando se fue para tratar de dar con su paradero. Lo intentó durante mucho tiempo. También lo hicimos mis hermanos y yo mismo. Pero su desaparición sigue siendo un misterio. Me temo que nunca sabremos lo que pasó.

–Es muy triste –le dijo ella con un nudo en la garganta.

Le parecía muy doloroso que ni siquiera supieran si estaba viva o muerta. Sobre todo para Nicolo, que había estado muy unido a Liliana y que tanto habría necesitado su apoyo después del incendio.

Ella también había sufrido mucho cuando sus padres se separaron. Se le rompió el corazón cuando su padre se mudó a Escocia, pero al menos había podido visitarlo. Supuso que Nicolo se sentiría completamente abandonado por su madre y quizás fuera esa la razón por la que se había convertido en un adulto tan frío y distante. Sophie sabía lo duro que era sentirse abandonado por alguien importante en su vida. Tenía la necesidad de demostrarle que lo entendía. Puso la mano en el brazo de Nicolo y lo apretó suavemente.

–Espero que encuentres a tu madre algún día –le dijo–. Pero no olvides que tu padre está ahí y de verdad se preocupa por ti.

Nicolo rio amargamente y apartó su brazo. Por un momento, le había parecido que Sophie lo entendía, que de verdad había una conexión entre los dos.

–¿Otra táctica para convencerme? Estás perdiendo el tiempo –repuso molesto.

–No estaba… –protestó Sophie–. ¿Por qué estás tan enfadado con tu padre?

–Tengo mis razones –le dijo Nicolo con frialdad.

Nunca le había contado a nadie lo que había descubierto a los trece años y, después de tanto tiempo, no pensaba decírselo a Sophie.

–Vine a buscarte para decirte que Beth y yo vamos a cenar fuera

esta noche –le dijo mirando su reloj–. Así que, si ibas a cocinar, ten en cuenta que será solo para ti.

–De acuerdo –repuso Sophie con la misma frialdad con la que le había hablado él.

Se le había olvidado por completo que Nicolo tenía en casa a su bella amiga. No pudo evitar preguntarse cuánto tiempo pensaría quedarse allí y dónde iba a dormir. Sabía que no era asunto suyo si Beth y Nicolo eran amantes, pero no podía controlar sus pensamientos.

–Beth iba a quedarse en casa un par de días –le dijo de repente Nicolo como si supiera lo que estaba pensando–. Pero ha llamado su marido para decirle que uno de sus hijos tiene varicela. Está tratando de buscar un vuelo de regreso a Dublín para esta misma noche.

–¿Su marido? –repitió sorprendida–. No creí que estuviera casada.

–Sí, está casada con Liam, un irlandés. Él se ha quedado al cuidado de sus dos hijos y de la granja que tienen en Connemara.

–Pensé que ella y tú… –comenzó ella sin pensar.

–¿Creías que estábamos juntos? –le preguntó Nicolo frunciendo el ceño–. Si fuera así, ¿me verías capaz de invitarla después de besarte ayer? ¿Qué clase de hombre crees que soy?

–Bueno, sé que durante años tuviste reputación de donjuán –le recordó ella–. A lo mejor no sales ya en las revistas del corazón, con una mujer diferente cada semana porque has aprendido a esconderte de los paparazis, no porque hayas cambiado de vida.

–Hay muchas cosas de mi pasado de las que no estoy orgulloso –reconoció Nicolo–. Pero ya no soy la misma persona que era entonces.

Sophie se preguntó si habría sido un error entonces pensar que el beso de la noche anterior iba a llevarlos directamente a la cama.

–¿Por qué me besaste? –le espetó de repente.

–¿A ti qué te parece? –repuso Nicolo.

La pregunta se quedó suspendida en el aire entre los dos. Le pareció que su voz había cambiado, ya no era tan cortante y frío. Sintió que hasta la atmósfera parecía haberse quedado suspendida en ese momento. Estaba segura de que Nicolo podía oír el latido frenético de su corazón.

Se quedó paralizada al ver que Nicolo agarraba su hombro.

–Mírame –le pidió él.

Volvió la cabeza lentamente y se lo encontró mirándola con los ojos entrecerrados. Había visto esa misma expresión la noche anterior, justo antes de que la besara. Se quedó sin aliento al pensar que iba a hacerlo de nuevo.

–No eres tonta, Sophie. Sabes muy bien lo que está pasando entre nosotros –le dijo en voz baja.

A Nicolo le había costado dormir después del beso que había

compartido con Sophie. No había podido dejar de revivir la pasión con la que ella había reaccionado, había estado convencido de que había visto deseo, y no compasión, en sus ojos.

Lo mismo le estaba pasando en ese instante. Estaba seguro de que era el deseo lo que oscurecía sus ojos castaños mientras él deslizaba la mano hasta su esbelta nuca.

–Sé que también tú sientes la química que hay entre los dos –insistió.

Sophie abrió la boca para negarlo y, antes de que pudiera hablar, Nicolo inclinó la cabeza hacia ella y la besó. Sintió que se deshacía entre los brazos de ese hombre en cuanto sus labios se unieron. Él le había hablado de la química que había entre los dos y ella no podía estar más de acuerdo. La misteriosa alquimia de esa atracción sexual que los unía era imposible de definir, pero sentía que la quemaba por dentro. La estaba besando en esos momentos con un hambre que no trataba de ocultar.

Cerró los ojos y se dejó llevar por lo que le transmitían sus otros sentidos, por la suavidad de sus labios, el sensual y masculino aroma que la envolvía, el sonido de sus respiraciones entrecortadas…

A pesar del calor que hacía en ese jardín, no pudo evitar estremecerse cuando sintió la boca de Nicolo sobre el cuello, el hombro y su escote. Solo era consciente de las manos de Nicolo sobre su piel y de sus besos.

Se quedó sin respiración cuando él desató los tirantes del bikini y desnudó sus pechos.

–Eres tan condenadamente bella… –susurró Nicolo.

Esas palabras le recordaron al hombre que las había pronunciado, alguien directo y contundente que le hablaba con una sinceridad que conseguía emocionarla. Se estremeció al sentir sus manos cubriéndole los pechos y su cuerpo respondió con entusiasmo. Sintió cómo se endurecían sus pezones sin que pudiera ahogar un gemido de placer cuando Nicolo atrapó uno de ellos entre sus dientes.

Aturdida por el deseo y temblando de necesidad, Sophie arqueó la espalda hacia él.

–Por favor… –susurró mientras se agarraba a su fuerte pelo.

Nicolo estaba haciendo que se derritiera con sus besos y mordiscos, las sensaciones se intensificaban por momentos y toda esa energía parecía concentrarse entre sus piernas. No había experimentado nada parecido en su vida. Oyó fuertes gemidos y tardó unos segundos en darse cuenta de que venían de su propia boca. Cuando Nicolo abandonó uno de sus pechos para concentrarse en el otro, dejó de pensar y apretó su cuerpo tembloroso contra el de él.

Nicolo tuvo que moverse ligeramente para tratar de aliviar la presión que estaba ejerciendo su erección contra la tela de los

pantalones. Solo podía pensar en deslizarse entre sus muslos delgados y estar dentro de ella, alcanzando por fin esa unión que los dos ansiaban. Sabía que Sophie también lo deseaba, sentía que su cuerpo reaccionaba con honestidad, sin hipocresías, y se dio cuenta de que también ella misma era así. Apenas la conocía, pero confiaba en su integridad.

Subió de nuevo por su cuello y su cara hasta hacerse con su boca una vez más. Sophie separó los labios y lo besó con una pasión y ternura a las que no estaba acostumbrado. Una voz en su interior trataba de decidir si sería buena idea hacer el amor con ella allí mismo, en ese jardín. La casa estaba muy lejos y tardarían demasiado tiempo en llegar a su habitación. Deseaba tumbarse con ella sobre la fresca hierba y dejarse llevar por el deseo antes de que su cuerpo explotara de pura frustración.

Otra voz le aconsejaba moderarse y controlar su deseo. No pudo evitar recordar en ese momento las palabras de Sophie. También ella sabía que había sido un mujeriego. Pero le había dicho la verdad, ya no era ese hombre. Ya no trataba a las mujeres como juguetes ni tenía aventuras de una noche.

Por eso no entendía por qué estaba pensando en acostarse con una mujer a la que apenas conocía. Le había costado mucho cambiar y volver a creer en sí mismo. Sophie le atraía tanto que le tentaba tirar todo ese esfuerzo por la borda para acostarse con ella. Porque sabía que no podía ser nada más que unos momentos de placer sin sentido.

No quería una relación con ella. Estaba demasiado atado a su pasado para poder ofrecerle a nadie una relación normal. Pero sabía de manera casi instintiva que, con Sophie, el sexo no iba a ser solo algo sin sentido y superficial. En ese momento, estaba completamente entregada al deseo, pero temía que se sintiera después decepcionada y que lamentara lo ocurrido.

Se fijó en su bello y sonrosado rostro y estuvo a punto de flaquear cuando vio deseo en sus ojos. Nunca había ansiado tanto estar con una mujer como en esos momentos.

Cerró los ojos y vio otro rostro, el de Marissa. La mujer había sufrido quemaduras de tercer grado en la cara y había quedado desfigurada. Avergonzado por su aspecto, había vivido alejada del mundo y había terminado por desarrollar agorafobia. Recordaba como si acabara de pasar la sensación que le había producido verla de nuevo cuando fue a visitarlo a su casa para pedirle ayuda a pesar del terror que le producía salir de su casa.

Sophie no conocía sus secretos ni la culpa que acarreaba sobre sus hombros. Creía que no podía acostarse con ella sin decirle la verdad sobre sí mismo, no era justo hacerlo. Pero sabía que, si lo hacía, Sophie se apartaría de él horrorizada. Estaba seguro de que no podría

entender su sufrimiento, que alguien alegre y vivaz como Sophie nunca habría tenido que pasar por nada parecido en su vida. No podía soportar la idea de echar a perder su naturaleza optimista y alegre con la negrura que había en su alma.

Demasiado tarde, se dio cuenta de que debería haber escuchado la voz de su sentido común y haberse ido del jardín en cuanto la vio allí medio dormida.

Tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para apartarse de ella y se sintió muy mal cuando vio confusión en sus bellos ojos.

–Lo siento –le dijo bruscamente alejándose de ella–. No es culpa tuya.

Se levantó y salió rápidamente del jardín.

Capítulo 7

Sophie no fue consciente de que Nicolo se había ido hasta que oyó la puerta del jardín cerrándose tras él. Se dio cuenta entonces de que había estado conteniendo el aliento y soltó de golpe el aire que había retenido en sus pulmones. Aunque se sentía muy humillada, una parte de ella quería salir corriendo tras él y rogarle que terminara lo que había empezado. Su cuerpo protestaba y eran demasiadas las sensaciones que tenía a flor de piel.

Nicolo le había dicho que no era culpa suya, pero sabía que no era verdad. Estaba convencida de que si se había apartado de ella era porque no le atraía como él a ella. La había rechazado y sabía que esa era la única explicación posible. Nicolo había conseguido despertar su deseo con sus apasionados besos, pero estaba claro que a él no le pasaba lo mismo. Verlo salir de esa manera tan abrupta del jardín hacía que se sintiera fracasada como mujer.

Pensó con amargura que quizás le faltara algo para conseguir que los hombres permanecieran a su lado. Richard había roto su relación porque ella no podía darle hijos, pero empezaba a temer que tal vez su infertilidad hubiera sido solo parte del problema, no el único motivo.

Bajó la mirada hacia sus pechos desnudos y sintió vergüenza al recordar cómo acababa de perder la cabeza con él. Se ató el bikini con dedos temblorosos mientras trataba de entender por qué había estado a punto de acostarse con un hombre al que apenas conocía.

Aunque no lograba encontrar una explicación lógica, había sentido el corazón de Nicolo latiendo contra el suyo mientras la besaba y, por alguna razón, había tenido la extraña sensación de que lo había conocido en otra vida, como si él fuera su destino.

Pero era obvio que Nicolo no sentía lo mismo y no soportaba la idea de tener que verlo de nuevo por la casa. Iba a tener que regresar a Londres y decirle a Christos que no había logrado convencerlo. Sería un golpe para su orgullo, pero le resultaba más difícil aún aguantar otro día u otra hora más allí.

Le costaba incluso reunir el valor necesario para entrar en la casa y recoger sus pertenencias.

Fue un alivio ver solo a Beth y no a Nicolo cuando entró por la puerta de la cocina.

–Ha resultado ser una visita aún más corta de lo que tenía planeado –le dijo la otra mujer con tristeza mientras señalaba su maleta junto a

la puerta–. Uno de mis hijos está con varicela y mi marido me acaba de llamar para decirme que Connor, el mayor, también tiene algunas manchas sospechosas.

–Vaya, lo siento mucho –repuso Sophie con sinceridad.

–¡Una de las alegrías de ser madre! –exclamó con ironía–. Bueno, tengo que irme ya o perderé el vuelo. Por cierto, si estás buscando a Nicolo, ha salido a dar un paseo con Dorcha –añadió Beth–. Ya me ha contado que vas a quedarte unos días más. Me alegra que estés aquí. Queda poco para el aniversario del incendio y él dice que está bien, pero sé que sigue sufriendo. Es un alivio saber que no va a estar aquí solo.

–Bueno…

Sophie no supo qué decirle.

Se quedó mirando a Beth mientras entraba en su coche. Sabía que no tenía por qué quedarse. Creía que Nicolo no iba a querer tenerla allí, sobre todo si el aniversario era siempre un momento especialmente doloroso para él. Creía que debía irse antes de que regresara de su paseo, pero su corazón no estaba de acuerdo.

Recordó la expresión en sus ojos cuando le describió cómo había sido estar atrapado entre las llamas. Suponía que sería imposible olvidar una experiencia tan horrible, sobre todo cuando las cicatrices en su cuerpo eran un recordatorio constante de lo que había pasado.

Pero no podía enfrentarse de nuevo a él después de que la rechazara como lo había hecho. Le avergonzaba recordar cómo se había aferrado a él y le había ofrecido su cuerpo.

De vuelta a casa tras el paseo, a Nicolo le llegó un aroma tentador procedente de la cocina. Olía a cordero asado. Frunció el ceño. Beth había estado a punto de irse cuando él salió a dar una vuelta y de eso hacía más de una hora. No entendía por qué estaba todavía allí, iba a perder el vuelo.

Dorcha se le adelantó, atraído por el delicioso olor a comida. Se detuvo gimiendo frente a la puerta de la cocina. Unos segundos después, la abrió Sophie.

No pudo ocultar su sorpresa. Había dado por hecho que estaría ya de camino a Londres. Aún llevaba los mismos pantalones cortos de esa tarde, dejando a la vista sus largas y bronceadas piernas, pero se había cambiado la parte superior del bikini por una camiseta. Era una prenda holgada, pero se dio cuenta de que no llevaba sujetador y le bastó con recordar sus pechos desnudos para que el deseo despertara dentro de él.

Pocas veces se quedaba sin palabras, pero no sabía qué decirle. Se dio cuenta de que no quería decir nada. Le habría encantado que las

cosas fueran diferentes, que él fuera diferente. Deseó poder abrazarla en ese instante y besar sus labios. Se imaginó tomándola en sus brazos y llevándola así hasta su dormitorio. Quería hacerle el amor toda la noche.

Pero no podía dejarse llevar por el deseo. Se limitó a fantasear con ello mientras entraba en la cocina.

Cuando Sophie vio a Nicolo de nuevo le costó mantener la compostura. Era muy consciente de su presencia. Lo miró de reojo, pero él parecía estar evitando mirarla a los ojos. Parecía tan incómodo como ella.

Había decidido quedarse hasta después del aniversario del incendio, aunque eso no tenía intención de decírselo.

–He preparado cordero asado, patatas y judías verdes para la cena –le dijo con frialdad–. Y he pensado que podríamos comer en la cocina.

Mientras servía la comida trató de pensar en algo de lo que hablar para romper el tenso silencio.

–Beth me ha parecido muy agradable. Me dijo que hace mucho que sois amigos.

Nicolo tardó en responder. No le gustaba hablar de su pasado, pero, por algún motivo, sintió que quería hablarle de Michael.

–Nos conocimos cuando ella visitaba a su hermano. Estábamos los dos en la unidad de quemados del hospital –le explicó–. Michael sufrió graves quemaduras durante un incendio que se inició por culpa de una vela que olvidó encendida una noche. Beth y su madre habían estado pasando unos días con un familiar. Cuando regresaron, se encontraron con un escenario dantesco. La casa había quedado destruida y Michael estaba ingresado en la unidad de cuidados intensivos. Nos hicimos amigos en el hospital. Desgraciadamente, él terminó muriendo semanas después.

–¡Qué horror! –murmuró Sophie.

Entendió entonces por qué Nicolo había reaccionado como lo había hecho al verla la noche anterior con las velas. Pensó también en Beth y en cuánto habría sufrido esa mujer. Entendió mucho mejor el estrecho vínculo que había percibido entre los dos. Conocían muy bien la devastación que un incendio podía llegar a causar. Miró a Nicolo. Su cara no expresaba nada, pero intuía que había conseguido entristecerlo con su pregunta.

–Acabo de recordar que compré una botella de vino cuando fui al pueblo. ¿Quieres un poco con la cena? –le preguntó ella para cambiar de tema.

–Nunca bebo alcohol.

Lo miró sorprendida.

–¿Ni siquiera vino? Pensé que te gustaría un buen vino. Después de todo, eres medio italiano.

–No es que no me guste. Me gusta demasiado –respondió.

La pregunta de Sophie le hizo recordar su juventud, cuando había bebido sin control para tratar de olvidar. No se había perdido ninguna fiesta y había tenido a su disposición a todas las mujeres hermosas que quisiera. Había vivido descontrolado hasta que la empleada del hotel había reaparecido en su vida.

No entendía por qué, pero le tentaba la idea de contarle la verdad sobre su pasado. Creía que ella no iba a entender por qué todavía seguía atormentado por el incendio. Después de todo, ella nunca había tenido que hacer frente a un acontecimiento tan traumático.

–Haces demasiadas preguntas –le dijo Nicolo–. ¿Por qué no las hago yo para variar?

–¿Qué quieres saber?

Sophie se encogió de hombros. No tenía ningún secreto. Bueno, solo uno, pero creía que su infertilidad no era un tema en el que Nicolo pudiera estar interesado.

–¿Por qué aprendiste taekwondo?

–Había un club de artes marciales en la universidad –contestó ella–. En realidad, fui con mis amigas porque el profesor era muy guapo. Richard me dijo que tenía un don natural para el taekwondo y se ofreció a darme clases particulares.

–¿Y siguió siendo solo tu profesor después de eso?

–No –admitió ella–. Pasamos mucho tiempo juntos, entrenando y yendo a competiciones. Poco después, nuestra relación se convirtió en algo más personal.

Nicolo no entendía cómo podía sentir tanta aversión hacia un hombre al que no conocía de nada. No era asunto suyo si a Sophie le atraía su entrenador.

–¿Todavía estás con él? –le preguntó.

–No –respondió ella rápidamente.

Nicolo la miró a los ojos.

–¿Quién decidió terminar con la relación?

–Si tanto te importa saberlo, fue él –repuso ella levantándose y recogiendo los platos–. Si quieres postre, hay helado en el congelador.

–¿Estabas enamorada de él?

Dejó caer los platos en el fregadero. No entendía por qué le estaba haciendo tantas preguntas.

–No es asunto tuyo.

–Entonces es que lo estabas –comentó él sabiendo que la estaba molestando–. ¿Por qué rompió contigo?

Sophie se dio la vuelta y lo miró a los ojos.

–Porque… –comenzó ella con voz temblorosa–. Porque teníamos problemas que no pudimos resolver, queríamos cosas diferentes y eso hacía imposible que pudiéramos tener un futuro juntos.

Recordó la noche en la que Richard había roto con ella. Él le había comentado ya en más de una ocasión que quería tener un futuro con ella. Por eso decidió que tenía que decirle que su tratamiento contra el cáncer la había dejado estéril.

La reacción de Richard la había destrozado. Le había dicho que quería tener hijos y no se imaginaba un futuro sin una familia. Le había echado en cara también que no se lo hubiera dicho antes.

Habían estado cenando en un restaurante y ni siquiera habían terminado la comida. Richard la había llevado a su casa directamente y ella se había sentido demasiado aturdida para llorar. Había creído que Richard la amaba, pero entonces se dio cuenta de que no la amaba lo suficiente como para aceptarla tal y como era. Después de todo, no tenía la culpa de ser estéril. Había sido muy duro verse rechazada por el hombre al que amaba. Y era algo que le pasaba por segunda vez. El primero había sido su padre.

Tragando saliva, se concentró en enjuagar los platos bajo el grifo antes de meterlos en el lavavajillas.

–Ya me encargo yo –le dijo Nicolo detrás de ella.

Levantó la mirada y vio que estaba a su lado. Su presencia física era abrumadora.

–Todo estaba buenísimo. No puedo creer que te dejara ese novio tuyo, le faltaban dos dedos de frente.

–Por desgracia, mi habilidad en la cocina no fue suficiente para sostener nuestra relación.

Tenía la sensación de que ese hombre le había roto el corazón y sintió una oleada de ira irracional hacia ese tal Richard. Apenas conocía a Sophie, pero tenía muy claro que se trataba de una mujer compasiva y amable. No se merecía que le hicieran tanto daño.

Levantó la mano y le apartó el pelo de la cara. Su piel era suave como el terciopelo. Sophie se estremeció y se alejó de él. Después de la manera en la que él se había alejado de ella en el jardín, sabía que se merecía su frialdad.

Sophie no lo aguantaba más. Era una tortura estar allí con Nicolo, recogiendo la mesa y limpiando la cocina como si fueran una pareja. No hacía más que recordarle que nunca iba a compartir su vida con nadie. Podía tener la suerte de llegar a conocer a un hombre que no quisiera tener hijos, pero había llegado a aceptar que nunca iba a casarse ni a formar una familia. Era algo que había asumido ya, pero esa noche le dolía especialmente pensar en ello.

–Bueno, termina tú –le dijo bruscamente–. Es tarde, me voy a la cama.

–Solo son las ocho y media –le recordó Nicolo.

–No dormí bien anoche.

–No me extraña. Después de todo, casi me ahogas en la piscina.

Sophie se sonrojó.

–Ya te dije que me arrepiento de haberlo hecho –insistió ella–. Y, si quieres saberlo, también me arrepiento de haber venido a esta casa –agregó con la voz cargada de emoción.

Se sintió de repente agotada. Tenía que alejarse de él antes de hacer algo estúpido como echarse a llorar. Fue corriendo hacia la puerta.

–Sophie… –la llamó Nicolo.

Quería darse la vuelta, pero por una vez hizo caso a su sentido común y salió de la cocina.

Sophie no iba a echar de menos ese despacho cuando por fin regresara a Londres. Durante los últimos diez días, había sido una especie de prisionera en esa habitación para tratar así de no ver a Nicolo. Al menos había conseguido dar por fin con los documentos relativos a la propiedad que Gene Chatsfield tenía en Italia. Le había sorprendido ver que no se trataba de uno de los hoteles, sino de una propiedad privada. Pero, de un modo u otro, no era asunto suyo. Después de esa noche, que era además el aniversario del incendio, no había ninguna razón para que prolongara su visita.

Después de lo que había pasado en el jardín, no había vuelto a intentar convencerlo para que fuera a la junta de accionistas. Se sentía como si estuviera viviendo en el limbo y tenía ganas de volver a su piso en el barrio londinense de Covent Garden y a la rutina diaria de su trabajo con Christos. Sabía que su vida iba a volver a la normalidad, pero no iba a poder olvidar fácilmente a Nicolo Chatsfield.

Dominaba sus pensamientos de día y de noche. Afortunadamente, él también había intentado no cruzarse con ella y pasaba horas y horas trabajando en su estudio. Solo se veían para cenar juntos.

Disfrutó cocinando recetas complicadas, eso la distraía para no estar pensando todo el tiempo en él, pero la tensión regresaba en cuanto Nicolo llegaba a la cocina para cenar.

Tenía la sensación de que a él también le costaba encontrar temas de los que hablar durante la cena. A veces lo miraba y se lo encontraba observándola con una expresión en sus ojos que no se atrevía a definir. Pero era consciente de la química sexual que seguía habiendo entre ellos. En cuanto terminaban de cenar, dejaba que él recogiera la cocina y usaba alguna excusa para volver a su habitación.

Pero esa noche iba a tener que quedarse abajo con Nicolo. No esperaba que confiara en ella, pero no pensaba dejarlo solo con los recuerdos del terrible incendio.

Una hora más tarde, metió en el horno la olla de chili con carne que había hecho y lo puso a una temperatura muy baja. Incapaz de pasar

más tiempo en el despacho de Gene, salió al jardín. Era una maravillosa tarde de verano. Fue a dar un paseo por la finca y se sorprendió al ver que alguien había vaciado y limpiado la piscina. La estaban llenando de nuevo con agua limpia. Le pareció una pena que no fuera a estar lista hasta después de que se fuera.

Se preguntó si Nicolo tendría intención de usarla. No le costó trabajo imaginarlo con un apretado y corto bañador. Era un alivio que se fuera al día siguiente. No entendía cómo podía estar tan obsesionada con él.

Al cruzar el jardín, oyó la música. Las puertas del salón que daban a la terraza estaban abiertas y alguien estaba tocando el piano de cola. Era una música tan bella que la dejó sin aliento. Sintió que se estremecía de emoción al escuchar esas notas tan dulces y puras. Chopin era el compositor favorito de su padre y no le costó reconocer la pieza.

Cruzó la terraza y se asomó al salón. Sabía que tenía que ser Nicolo el que estaba tocando, no había nadie más en la casa. Pero, aun así, se quedó atónita al ver cómo movía los dedos sobre las teclas. Tenía los ojos medio cerrados, como si estuviera perdido en la música, como si las notas fluyeran a través de su cuerpo.

Se le llenaron de lágrimas los ojos. Le parecía increíble que Nicolo, que había experimentado un dolor tan terrible, pudiera tocar con tanta sensibilidad y belleza.

–Entra si quieres. No tienes por qué quedarte ahí escondida.

Su voz la sobresaltó y no pudo evitar sonrojarse. Entró en el salón y Nicolo la miró sin dejar de tocar. Siguió con otras obras clásicas y otras más modernas hasta terminar con la pieza *Nocturno* de Chopin.

–¿La música siempre te hace llorar o es que toco muy mal? –le preguntó Nicolo terminando la obra.

–Por supuesto que no. No tenía ni idea de que pudieras tocar tan bien –repuso Sophie secándose las lágrimas–. Oírte me ha recordado a mi padre. Es un pianista maravilloso. Cuando era pequeña, solía tocar para mí por las tardes. Me sentaba a su lado para escucharlo. Trató de enseñarme, pero no heredé su talento ni su paciencia.

–¿Te enseñó a tocar esto? –le preguntó Nicolo tocando una melodía que Sophie reconoció al instante–. Es una de las primeras piezas que me enseñó mi profesor de piano. Ven a tocar conmigo.

Le hizo sitio en el taburete del piano y, después de vacilar un momento, se sentó junto a él.

–Pero no recuerdo las notas.

–Es fácil. Toca tú estas notas en la octava superior –le dijo mostrándole las teclas correctas–. Y yo tocaré la melodía de acompañamiento en una octava inferior. ¿Lista?

Después de un par de salidas en falso, Sophie consiguió tocar su

parte del dúo. Los recuerdos la inundaron de inmediato. Había estado sentada muchas veces con su padre como lo estaba en ese momento con Nicolo.

–Solíamos fingir que estábamos tocando en un famoso teatro de fama mundial y, cuando terminábamos la pieza, me daba la mano y nos inclinábamos para saludar al público –le dijo sonrojándose–. Ya sé que parece una tontería, pero era muy divertido.

–No es una tontería. Me alegra que tengas buenos recuerdos de tu infancia. ¿Estáis muy unidos?

–Solíamos estarlo –contestó Sophie tratando de controlar sus emociones–. Adoraba a mi padre cuando era pequeña. Mi madre era abogada y estaba muy centrada en su carrera. Él me enseñó a jugar al tenis y al ajedrez. Pero todo cambió cuando mis padres se divorciaron.

No quería pensar en ese terrible día, cuando su padre se fue de casa. Se había sentido traicionada y había deseado correr tras él y suplicarle que se quedara. Había estado muy débil después de meses de quimioterapia y no había comprendido cómo podía dejarla cuando más necesitaba su amor y su apoyo.

–Yo estaba pasando por un momento muy difícil y no entendí que se alejara cuando más lo necesitaba. Durante mucho tiempo, ni siquiera nos hablamos. Llamaba por teléfono, pero me negaba a hablar con él. Estaba muy dolida.

Se quedó en silencio, preguntándose por qué le habría contado todo eso. Estaba a punto de levantarse del taburete del piano cuando le contestó por fin Nicolo.

–Creo que tu reacción fue comprensible. Te sentirías abandonada –le dijo–. Y, créeme, sé lo que se siente. A mí me pasó lo mismo cuando mi madre se fue. ¿Dónde vive tu padre?

–En Escocia, con su nueva esposa. Tuvo dos hijas más con Janice. Kirsty y Laura solo tienen ocho y cuatro años ahora.

Le costaba aceptar que esas niñas fueran sus hermanas y más aún que las pequeñas tuvieran el cariño que su padre no le había dado durante los últimos años. Se preguntó si a ellas también les estaría enseñando a tocar el piano.

–Seguro que les encanta tener una hermanastra mayor –le dijo Nicolo–. Y supongo que serás tan importante para ellas como Lucilla y mis otros hermanos lo son para mí.

–Apenas nos vemos. Mi trabajo me quita mucho tiempo y casi nunca puedo ir a Edimburgo.

Se sintió culpable al pensar en la última vez que había visitado a su padre. Había sido en Navidad. Aparentemente, todo había ido bien. Pero ella se había sentido dolida, no podía olvidar el pasado, y Janice también habían estado muy tensa. Tenía la sensación de que se habían visto aliviados cuando Christos la llamó para pedirle que regresara a

Londres antes de lo previsto.

–Fue Lucilla quien me sugirió que aprendiera a tocar el piano –le dijo Nicolo.

Se había subido las mangas de la camisa. Se fijó en las cicatrices de su mano. La piel enrojecida contrastaba con las teclas blancas. No podía dejar de pensar en lo dolorosas que habrían sido sus heridas.

–Estuvo investigando mucho después del incendio y pensó que tocar el piano me vendría bien para ejercitar los dedos. Al principio, no podía moverlos –le contó–. Aprender a tocarlo me vino bien para mejorar la movilidad de la mano y para tener un propósito. Me ayudó a sobrellevar mejor los dolores.

Lo miró entonces a los ojos. Supuso que estaba reviviendo su sufrimiento.

–Sé que esta noche es el aniversario del incendio –le dijo suavemente.

Nicolo la miró sorprendido.

–Me lo dijo Beth, estaba preocupada. No quería que estuvieras solo esta noche…

Se dio cuenta enseguida de que había cometido un error. Nicolo frunció el ceño.

–¿Te pidió Beth que te quedaras? –le preguntó fuera de sí–. ¿Has estado todos estos días en casa porque crees que necesito un hombro donde llorar? *Dio!* ¿Quién te crees que eres, la Madre Teresa de Calcuta?

Se levantó de la banqueta del piano y la miró.

–¡No quiero tu maldita compasión! –le gritó con voz desgarradora.

Capítulo 8

No te compadezco –insistió Sophie poniéndose también en pie–. Pero tampoco te entiendo. ¿Por qué te escondes del mundo aquí? ¿Por qué vives aislado de tus hermanos, tu padre y la empresa familiar? Supongo que sería horrible verse atrapado en el incendio y que las quemaduras te producirían mucho dolor, pero sobreviviste –le dijo con la voz llena de emoción–. Sabes mejor que nadie el valor que tiene la vida.

Después de haberse enfrentado ella también a la muerte, apreciaba la segunda oportunidad que le había dado la vida.

–Hiciste algo maravilloso –continuó ella–. Rescataste a una empleada del hotel. Fuiste un héroe y deberías estar orgulloso de lo que hiciste.

–¿Orgulloso? –repitió Nicolo riendo con amargura.

Sophie se estaba burlando de él sin saberlo. Habían pasado muchos años, pero sus recuerdos no desaparecían. Y esa noche era la más dura. No podía dejar de odiarse por lo que había hecho.

–Ya te lo he dicho antes, Sophie. Haces demasiadas preguntas.

Nicolo se quedó mirando su hermoso rostro y algo se rompió en su interior. No quería tenerla allí ni que lo mirara con compasión.

–¿Quieres saber la verdad? No fui ningún héroe. Fui yo quien inició el fuego. Fue culpa mía que la doncella del hotel se quedara allí atrapada y culpa mía el hecho de que casi muriéramos los dos.

Sophie recordó de repente la conversación que había tenido con la señora de la limpieza. Miró a Nicolo y el corazón le dio un vuelco al ver su expresión torturada.

–No entiendo –le dijo con voz temblorosa–. ¿Cómo podrías haber iniciado tú el fuego?

Nicolo parecía estar sufriendo tanto que le entraron ganas de abrazarlo y apoyar la mejilla contra su pecho.

–Estaba borracho –le confesó él.

–¿Cómo? Pero si solo tenías trece años…

–Sí, pero había estado bebiendo el whisky de mi padre. Me colé en su ático con la intención de vaciar sus botellas de whisky en el lavabo. Te parecerá algo infantil, pero era aún un niño. Estaba furioso con él porque…

Recordó que unos días antes había descubierto a su padre en la cama con una mujer desnuda, una joven que trabajaba como doncella

del hotel.

–Por algo que había hecho –murmuró sin querer darle más explicaciones–. Quería hacer algo que le molestara. Tenía una colección de whiskies muy caros. Creo que bebí media botella y tiré el resto. También traté de fumar uno de sus puros. Sabía tan mal que lo tiré a la papelera. Después, supongo que me quedé dormido por culpa del alcohol. Cuando me desperté, el ático estaba envuelto en llamas y no podía llegar a la puerta. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba atrapado.

–Sería aterrador –murmuró Sophie.

–La única salida que tenía era bajar por la tubería que recorría la pared exterior. Estaba en la planta sexta, pero pensé que tenía que intentarlo. No sé si habría podido hacerlo pero, cuando estaba a punto de descolgarme, oí a alguien gritando dentro del ático. Volví a la habitación y vi que una de las doncellas estaba en el baño. Había vuelto a entrar en el ático esa tarde para recoger su alianza, se la había quitado esa mañana mientras limpiaba. Cuando yo entré en el ático, la mujer se escondió porque temía que la despidieran si la veía allí.

–Entonces, ¿la ayudaste a bajar por la tubería?

–No, estaba demasiado asustada para intentarlo. Ni siquiera pude convencerla para que saliera del baño. Seguí diciéndole que teníamos que irnos, pero no podía moverse. Empezábamos ya a ahogarnos por el humo y supe que íbamos a morir –le dijo Nicolo–. Tuve entonces la idea de llenar la bañera con agua y empapar en ella un montón de toallas. Nos cubrimos los dos con ellas y la llevé casi a rastras hasta la puerta. Las toallas no cubrían el lado izquierdo de mi cuerpo, en esa zona tengo las peores quemaduras. No sé cómo llegamos a la puerta. Solo recuerdo el humo y las llamas.

–Pero lo conseguiste –le recordó Sophie–. Y, si no hubieras sido tan valiente, la mujer habría muerto. Puede que causaras el fuego, pero fue un accidente y tú, un héroe. ¿No te das cuenta?

–La prensa dijo que era un héroe, pero solo porque nadie sabía la verdad. Solo mi familia. Mi padre estaba furioso conmigo y mis hermanos pensaban que había hecho una estupidez.

A veces se preguntaba si sus hermanos habrían sido más comprensivos con él si les hubiera contado que había visto a su padre con una de sus amantes, pero no había querido humillar a su madre. Había pensado entonces que se había ido de casa porque había descubierto la infidelidad de su marido.

–Lucilla se portó bien conmigo, fue la que más me cuidó, y eso se lo debo. Pero fui creciendo y ni siquiera ella conseguía controlarme. Comencé a beber demasiado para olvidar el pasado. La prensa estaba fascinada conmigo. Me llamaban «el héroe Chatsfield». Pasé años de

fiesta en fiesta y de mujer en mujer –le dijo con media sonrisa–. Te sorprendería saber la cantidad de mujeres que querían ver mis cicatrices. Supongo que para ellas era una especie de reto acostarse con un monstruo como yo.

–¿Por qué dices eso? –exclamó Sophie–. ¿Cómo puedes hablar así de ti mismo, Nicolo? No eres un monstruo y estoy segura de que no te veían así. Cometiste un error a los trece. ¿Vas a pasarte toda la vida castigándote?

–Te honra ser tan compasiva, pero no sentirás lo mismo después de que te cuente lo que le pasó a esa doncella. Desarrolló una enfermedad respiratoria grave después de inhalar tanto humo y comenzó a tener ataques de pánico que la dejaron incapacitada para trabajar. También sufrió quemaduras graves, sobre todo en su cara, que la desfiguraron. No supe lo que le había pasado hasta mucho después. Estaba tan centrado en mí mismo que ni siquiera pensaba en ella. Pero volvió a aparecer en mi vida y tuve que enfrentarme a la gravedad de lo que había hecho, a la miseria que le había causado.

Nicolo se acercó a la ventana. Ya era de noche. No sabía por qué le estaba contando cosas que nunca había compartido con nadie, pero le estaba sentando bien hacerlo, sentía cierto alivio.

–Hace unos ocho años, se presentó en esta casa cuando estaba celebrando una fiesta. Había bebido bastante y, cuando el mayordomo me dijo que una mujer llamada Marissa Bisek quería verme, no supe quién era. Ni siquiera me había molestado en aprender su nombre.

Sintió que Sophie se le había acercado, pero no se giró para mirarla.

–Me costó reconocerla. Era como si hubiera envejecido treinta años y tenía un lado de su cara lleno de cicatrices. Me dijo que su marido la había abandonado porque no podía aceptar su nuevo rostro. Como no podía trabajar, le estaba costando criar sola a sus hijos. Llevaba años leyendo en la prensa que yo había sido un héroe. Incluso Marissa me veía así. No sabía que yo había empezado el fuego y arruinado su vida. Y yo no me había acordado de ella hasta que vino a verme esa noche para pedirme algo de dinero –le dijo mirando a Sophie–. ¿Qué te parece? Fui un héroe, ¿verdad? –agregó con sarcasmo.

–Sí, lo fuiste –repuso ella con firmeza–. Sin tu valentía, esos niños habrían crecido sin su madre. Entiendo que su vida se viera afectada por el incendio, pero estoy segura de que agradece que la salvaras y valora mucho lo que tiene. Sobre todo ella, que sabe que estuvo a punto de perderlo todo.

Vio que Nicolo la miraba desconcertado, supuso que no entendería el porqué de su apasionado alegato. El cáncer que había sufrido le había dejado alguna consecuencia, pero al menos había sobrevivido y estaba muy agradecida.

–¿Qué pasó con Marissa después de que viniera a verte?

–Me hice cargo de ella y de sus hijos. Lo arreglé para que fuera ella la que recibiera a partir de entonces el dinero que recibía cada mes del fondo fiduciario de mi familia –le contestó Nicolo–. Su visita me hizo ver que mi vida tenía que cambiar. Sentí asco por el hombre mujeriego y bebedor en el que me había convertido. Y odiaba también que la gente siguiera viéndome como un héroe cuando no me merecía esa etiqueta.

No sabía si hablarle a Sophie de la fundación que había creado. Nadie conocía la identidad del misterioso benefactor que donaba millones de libras cada año a la fundación de apoyo a quemados y él lo prefería así.

–Me miré entonces en el espejo y no me gustó lo que vi –le confesó–. Y no me refiero a mis cicatrices. No me gustaba lo que tenía aquí dentro –agregó tocándose el pecho–. También me di cuenta de que, después de cederle el dinero de la familia a Marissa, iba a tener que ponerme a trabajar. La creación de mi propia compañía financiera me pareció la decisión más lógica.

–Y conseguiste ganar mucho dinero muy pronto –comentó ella.

Entendía que, después de todo lo que le había pasado, Nicolo prefiriera vivir como un recluso y trabajar en el mundo sin emociones del negocio financiero. Pero seguía preguntándose si ganar todo ese dinero le haría de verdad feliz. Sabía que su pasado aún lo atormentaba y su corazón sufría por él.

Impulsivamente, tomó su mano izquierda y pasó los dedos suavemente sobre sus cicatrices.

–Me encantaría que pudieras perdonarte a ti mismo –susurró ella.

Nicolo se quedó sin aliento al sentir una gota en su piel. Le levantó la cara a Sophie con la otra mano para mirarla a los ojos.

–¿Lágrimas, Sophie? ¿Crees que así vas a poder curar mis cicatrices?

–No tus cicatrices visibles –repuso ella–. Y solo tú puedes curar las cicatrices en tu interior. Nicolo, tienes que valorar más la vida. Es algo que sé mejor que la mayoría de la gente…

–¿Tú? Te agradezco tu compasión, Sophie, pero ¿cómo podrías entender lo que se siente al estar mirando cara a cara a la muerte?

–Lo entiendo porque también me sucedió a mí –le dijo ella con fiereza.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Nicolo frunciendo el ceño.

Sophie respiró hondo antes de contestar.

–Tuve cáncer a los dieciséis años. Nicolo. Estuve a punto de morir.

Sus palabras lo golpearon con fuerza, como un puñetazo en el estómago. Le había sorprendido muchísimo la confesión de Sophie. Estaba tan llena de vida que le costaba imaginarla enferma.

–¿Qué tipo de cáncer?

–Tenía cáncer en los huesos, un osteosarcoma –contestó Sophie–.

Todo empezó cuando vi que me había salido un bulto en mi rodilla. Entonces jugaba mucho al tenis y pensé que era una lesión sin importancia, pero el bulto se hizo más grande. También comencé a sentirme cansada todo el tiempo y con síntomas de gripe. Mi madre me llevó al médico pensando que pudiera tener alguna carencia de vitaminas, pero los análisis de sangre revelaron que tenía un recuento anormal de células sanguíneas y me enviaron al hospital para hacerme más pruebas. Unos días después, descubrieron que el bulto en mi rodilla era un tumor muy agresivo que ya se había extendido hasta la pelvis. Empecé entonces con la quimioterapia. Las cosas se pusieron tan mal que estuvieron a punto de amputarme la pierna –añadió sin poder hacer nada para controlar el temblor en su voz.

Le entraron ganas de abrazar a Sophie al ver tantas emociones en su cara mientras le hablaba.

–Fue un momento muy difícil para mí y también para mis padres –prosiguió Sophie–. Mi madre dejó de trabajar para estar conmigo en el hospital. Lo más duro fue cuando se me cayó el pelo por culpa de la quimioterapia. Pero tuve suerte, el tratamiento funcionó y conseguí el alta dos años después. Pude entonces ir a la universidad y seguir adelante con mi vida, pero siempre agradeceré esa segunda oportunidad y estoy decidida a aprovechar al máximo cada día.

Se quedó mirando a Nicolo.

–Sé que sufriste mucho, pero sobreviviste y me gustaría que pudieras aprovechar cada día, cada momento –le dijo con gran emoción.

Se quedó en silencio, pensando en lo que Sophie acababa de decirle.

–¿Lo aprovechas tú? –le preguntó finalmente con una voz que salía de su alma.

Miró a Nicolo a los ojos y se quedó sin aliento al ver deseo en su mirada. Sintió al instante el mismo hambre feroz en su interior, una necesidad tan grande que le hacía temblar de emoción.

Él aún estaba conmocionado por lo que Sophie le acababa de decir. También ella había tenido que enfrentarse a su propia mortalidad a una edad muy temprana. Creía que eso explicaba su naturaleza compasiva. Sintió una gran admiración por ella y también una conexión especial.

–¿Qué contestarías si te dijera que estoy deseando aprovechar este momento y hacer el amor contigo? Algo que he querido hacer desde que llegaste a esta casa –le confesó susurrando.

A Sophie el corazón le dio un vuelco. Era como si estuvieran los dos desnudando sus emociones. Nunca se había sentido tan vulnerable ni tan emocionada.

–¿Seguro? ¿No recuerdas que me echaste de tu casa? –le preguntó con media sonrisa.

–Solo porque sabía que eras una amenaza para mi salud mental –contestó mientras tiraba de ella para aplastarla contra su torso–. Sé que no soy bueno para ti, que no te merezco, pero no puedo seguir luchando contra esto… Tengo que tenerte, Sophie.

Ya se había dado por vencido esa tarde cuando la vio caminar por el jardín, como una figura etérea con su vestido de seda gris y su cabello dorado al viento. No podía seguir negando el deseo que sentía por ella, sobre todo después de saber que había estado a punto de morir por culpa de un cáncer. La vida era demasiado frágil, demasiado breve.

Sophie no era como las innumerables mujeres con las que se había acostado durante sus años más salvajes. Después de aquello, se había prometido no volver a tener aventuras de una noche, pero ella era diferente, había conseguido provocar en él una respuesta emocional que no había sentido nunca. No estaba listo para definir lo que estaba sintiendo, pero sabía que Sophie había conseguido deslizarse al otro lado del muro que había erigido a su alrededor. Acarició su largo y sedoso cabello con las manos mientras inclinaba la cabeza y la besaba como si estuviera muerto de hambre y ella fuera su salvación.

Sophie sabía que no se podría haber resistido a Nicolo aunque hubiera querido hacerlo. En cuanto sus labios se unieron, sintió que la pasión estallaba entre los dos. La besaba como si le fuera la vida en ello, saboreándola, dejándose llevar por el deseo que también la dominaba a ella. Separó los labios y el beso se hizo cada vez más intenso. Sabía que era una locura, pero su cuerpo ignoraba lo que la cabeza le recordaba una y otra vez. Sintió una oleada de calor por todo el cuerpo, que se concentraba más intensamente entre sus muslos mientras Nicolo movía nerviosamente las manos sobre ella, trazando la forma de sus caderas y de sus pechos.

Nicolo la tomó entonces en sus brazos y ella rodeó su cuello con las manos sin dejar de besarlo. Salió de la habitación con paso firme y subió las escaleras en dirección a su dormitorio. Había tanta decisión en sus actos que Sophie no pudo sino temblar pensando en lo que estaba a punto de ocurrir.

La habitación estaba en penumbra, ya era completamente de noche. La ventana estaba abierta y Sophie pudo oír el canto de un mirlo, pero no podía pensar en nada más, solo en Nicolo. El sonido rápido e irregular de su respiración se mezclaba con la de ella mientras le bajaba la cremallera de su vestido y dejaba que cayera al suelo. El corazón le dio un vuelco cuando la dejó con ternura en la cama y se arrodilló frente a ella, quitándole hábilmente el sujetador sin dejar de besarla.

Fue bajando después con los labios por su garganta y su cuello hasta llegar a su escote. Se estremeció cuando notó la lengua de Nicolo sobre uno de sus pezones. No pudo contener un gemido de placer.

Cada vez era más intenso el delicioso dolor que sentía entre las piernas. Eran tantas las sensaciones que Nicolo le estaba haciendo vivir… Estaba deseando sentirlo dentro de ella.

Deslizó las manos entre los dos y comenzó a desabrocharle los botones de la camisa. Se la quitó poco después, pero no había suficiente luz en la habitación como para que pudiera distinguir la expresión de su rostro ni los fuertes músculos de su torso.

Alargó la mano y no tardó en encontrar el interruptor de la lámpara de la mesita de noche. Sintió que el cuerpo de Nicolo se tensaba cuando ella encendió la luz.

–Apágala –le pidió él–. No creo que quieras ver mi cuerpo desfigurado. Puedo ponerme la camisa de nuevo si quieres.

Se le encogió el corazón al notar tanta vulnerabilidad en la voz de Nicolo. Acarició lentamente la piel descolorida que cubría su brazo y la mitad de su torso.

–Ya he visto antes estas cicatrices y no me desmayé –le recordó ella–. No cambian en absoluto lo que siento –agregó tomando la cara de Nicolo entre las manos y mirándolo fijamente a los ojos–. Eres el hombre más sexy que he conocido en toda mi vida y nunca he estado tan excitada como lo estoy ahora. Quiero poder verte mientras hacemos el amor.

–Dios mío, Sophie… –susurró Nicolo.

Había conseguido conmoverlo profundamente con sus palabras y con la honestidad que veía en sus ojos. Estaba consiguiendo curar las heridas que tenía dentro de él, unas que le habían hecho más daño aún que las físicas.

La miró y sintió una necesidad casi animal de hacerla suya. Era tan bella…

Bajó las manos por sus hombros hasta llegar a sus firmes y perfectos pechos. Se le fueron los ojos a sus pezones rosados, parecían invitarlo a que los acariciara. Había sido muy excitante escuchar sus gemidos mientras besaba sus pechos, era increíble ver la intensidad con la que Sophie reaccionaba a cada una de sus caricias.

Posó los dedos sobre su vientre y no se detuvo hasta llegar a la sedosa piel de la cara interna de sus muslos. Era tal la fuerza de su deseo que no podía dejar de temblar, pero recordó en ese momento algo que no podía ignorar. Maldiciendo entre dientes, se apartó de ella.

Sophie lo miró confundida. No entendía por qué se había detenido y recordó entonces cómo la había rechazado en el jardín unos días antes. No pudo evitar que sus inseguridades la atraparan de nuevo.

–¿Qué pasa? –susurró temblando.

No quería ni pensar en la posibilidad de que Nicolo la rechazara de nuevo.

–Lo siento, pero no tengo… No tengo preservativos –respondió él.

Se quedó con la boca abierta al entender lo que le pasaba. Era un alivio saber que se había detenido por su sentido de la responsabilidad, no porque no la deseara.

–No me lo puedo creer –murmuró Nicolo tumbándose boca arriba.

Agarró la mano de Sophie y se la llevó a la boca para besar sus dedos con una ternura que consiguió conmoverla.

–La farmacia del pueblo está cerrada, pero hay una gasolinera en la carretera principal donde puede que vendan preservativos. Podría ir y volver en quince minutos, si no te importa esperar. Yo no sé si podré… –le confesó Nicolo.

–No tienes por qué esperar ni ir a buscarlos a una gasolinera –repuso ella–. La verdad es que no hay ningún riesgo de que me quede embarazada. La quimioterapia me dejó estéril.

Sin saber por qué, Nicolo sintió que algo se rompía dentro de él al oírlo. La miró a los ojos.

–Supongo que sería una noticia devastadora cuando te lo dijeron…

–Bueno, después de tener un cáncer tan agresivo y conseguir curarme, no me pareció el fin del mundo saber que no iba a poder tener hijos. Estaba tan feliz de seguir viva…

No dejaba de impresionarle lo optimista que era esa mujer. No sentía lástima de sí misma.

–Eres increíble –murmuró en voz baja mientras tomaba su cara entre las manos.

La besó con ternura, pero el deseo los dominó y no tardó en convertirse en un beso intensamente erótico. Sophie le había dicho que nunca había estado tan excitada y no podía olvidar esas palabras. Estaba decidido a ofrecerle la experiencia más placentera de su vida.

Ya sin dudas de ningún tipo, Sophie se relajó y rodeó el cuello de Nicolo con los brazos mientras él besaba su cuello y sus pechos. No podía dejar de temblar. Todo su cuerpo se sacudió cuando Nicolo comenzó a acariciarle el estómago para seguir bajando poco a poco por su anatomía. El deseo se concentró con fuerza en su sexo cuando comenzó a bajarle lentamente las braguitas. Levantó las caderas para ayudarlo y se quedó sin aliento cuando Nicolo separó sus muslos.

Le alegró haber encendido la lámpara cuando vio la intensidad y el deseo en la mirada de ese hombre. Separó un poco más las piernas para hacerle hueco y le encantó oír que un gemido salvaje escapaba de la garganta de Nicolo.

Contuvo la respiración cuando él comenzó a acariciarla íntimamente. Primero con un dedo y luego dos, deslizándose muy

dentro de ella y explorando con habilidad su cuerpo hasta conseguir que se deshiciera entre sus manos.

Estaba lista para él. Se sintió algo decepcionada cuando dejó de acariciarla, pero supo que estaba a punto de deslizarse dentro de ella y no pudo evitar estremecerse de placer. Pero, en vez de colocarse sobre ella, inclinó la cabeza y sintió su cálido aliento entre las piernas. Sintió que se le detenía un segundo el corazón cuando Nicolo comenzó a besarla de la manera más íntima posible.

Arqueó hacia él sus caderas sin poder hacer nada para evitarlo, buscando un placer aún mayor. Sintió que sus músculos se tensaban y se quedó sin aliento, agarrando sus fuertes hombros mientras notaba que empezaba a acercarse al clímax. Lo que le estaba haciendo con la lengua era increíble, pero su cuerpo exigía más y estaba desesperada por sentirlo dentro de ella.

Nicolo sintió la frustración de Sophie y también su cuerpo estaba deseando unirse a ella. No pudo ahogar un gemido cuando sintió los dedos de Sophie rodeando su erección. Cuando notó que comenzaba a acariciarlo rítmicamente, apretó la mandíbula y contuvo el aliento para tratar de controlar su deseo.

Apartó la mano de Sophie y la miró con una sonrisa.

–No sigas así o terminará todo demasiado pronto –admitió.

Sophie volvió a sentirse conmovida por la vulnerabilidad que había en su voz.

Lo miró a los ojos y se quedó sin aliento mientras Nicolo se colocaba entre sus piernas. Fue increíble tenerlo contra su húmedo sexo. Tragó saliva cuando sintió lo bien dotado que estaba, pero su cuerpo estaba tan listo para él que no tuvo ningún problema.

En el instante en el que sus cuerpos se unieron, tuvo la sensación de estar donde tenía que estar y con quien tenía que estar, como si llevara toda la vida esperándolo. Pero prefería no pensar en esas cosas. Además, Nicolo exigía toda su atención y no le dio tregua.

Se entregó a él de buena gana y permitió que saqueara por completo su cuerpo con poderosos movimientos, cada uno más intenso que el anterior. Levantó las caderas hacia él para sentirlo aún más dentro de ella, para aumentar las sensaciones.

Iban a toda velocidad hacia un éxtasis que solo podían alcanzar dos cuerpos que se movían como los suyos, a la par y completamente entregados. Eran dos almas ligadas de manera inevitable.

Eran tantas las sensaciones y tan increíbles… Nicolo dominaba su mente y su cuerpo. Gritó sin poder controlarse cuando sintió las primeras oleadas de un orgasmo que recorría todo su cuerpo. Estaba cerca, muy cerca de la cima. Mantuvo los ojos bien abiertos, quería mirarlo mientras hacían el amor. Sintió en ese instante una ternura feroz por ese hombre lleno de cicatrices y enigmas.

–Déjate llevar –le susurró a Nicolo.

Sintió que su musculoso cuerpo se tensaba y que comenzaba a temblar mientras la miraba a los ojos. Sophie se deshizo entonces entre sus brazos, gritando cuando la arrastró por completo un increíble orgasmo.

Segundos después, su cuerpo seguía temblando y estremeciéndose. Aun así, fue muy consciente de los salvajes gemidos de Nicolo mientras alcanzaba su propio éxtasis y se dejaba después caer sobre ella.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, Nicolo sintió que ese día había tardado más en amanecer. Era como si hubiera pasado toda una vida desde que se fuera a la cama con Sophie hasta que desaparecieron las estrellas y fue llenándose de luz el cielo.

Sabía que tenía que levantarse, pero le costaba apartarse del cálido cuerpo de esa mujer, aunque, por otra parte, su presencia le recordaba la estupidez que había cometido. Suspiró y tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para levantarse.

No recordaba cuándo se había quedado dormido. De haber sido capaz de usar su sentido común, se habría levantado en cuanto terminaron de hacer el amor, pero ya había sido antes consciente de que su cerebro no estaba funcionando demasiado bien esos días. De otro modo, no se habría acostado con ella.

Se puso su bata, pero en vez de ir directamente al baño para ducharse, se quedó mirando su sonrosada cara y su pelo del color de la miel. Se le encogió el estómago. Era tan bella por dentro como por fuera. No tenía una belleza superficial, era su personalidad la que hacía que brillara tanto. Le costaba creer que le hubiera parecido tan irritante e insoportable cuando la conoció. Aunque creía que habría sido mejor para los dos que ella se hubiera marchado a Londres cuando la echó ese día.

Recordó haberse despertado en mitad de la noche. Se había quedado mirándola entonces, acurrucada contra él, y se había dado cuenta de que se había metido en un buen lío. Aunque Sophie le había dejado muy claro que le gustaba vivir el presente y aprovechar cada momento, tenía la sensación de que iba a esperar mucho más de él, cosas que no podía darle. No podían tener una relación, era imposible. Él arrastraba demasiadas cosas de su pasado y creía que no tenía nada que ofrecerle. Llevaba años tratando de aceptar que había hecho daño a mucha gente con su comportamiento egoísta. No tenía intención de arriesgarse a herirla también a ella. Su fundación era lo único que le importaba en ese momento de su vida y sabía que una relación con Sophie sería una distracción que ni quería ni necesitaba.

Sophie recordó dónde estaba antes de abrir los ojos. Había sido una noche increíble. Le había sorprendido la ternura con la que Nicolo le

había hecho el amor. Después de mucho tiempo, había terminado por ocurrir algo que había estado cociéndose a fuego lento desde el primer día.

Se estremeció al recordar todo lo que habían hecho. No sabía por qué. Después de todo, tenía veintiséis años, era demasiado mayor para ruborizarse como una colegiala cuando pensaba en Nicolo besando cada centímetro de su cuerpo. Pensaba devolverle el favor cuando volvieran a hacer el amor. Quería hacerle sentir el mismo placer del que había disfrutado ella.

Abrió los ojos y descubrió que estaba sola en la cama. Pero no tardó en ver que Nicolo estaba de pie frente a la ventana. Llevaba unos vaqueros negros, botas de cuero y una camisa blanca. Le habría encantado despertarse entre sus brazos, pero iba a tener que conformarse recordando todo lo que habían compartido la noche anterior. Le bastó con pensar en ello para sentir que volvía a excitarse y deseó que volviera a la cama con ella. Pero notó algo en su rígida postura que consiguió inquietarla.

–Buenos días.

Nicolo se dio la vuelta al oír su voz, pero no dijo nada ni le sonrió. Parecía muy serio.

–He preparado el té –le dijo Nicolo.

Vio entonces que había una bandeja con una tetera y una taza en la mesita de noche.

–¿Quieres que te sirva una taza? –le preguntó él.

–Sí, pero espera un minuto.

Sophie tenía un nudo en la garganta. No entendía dónde estaba el hombre que se había comportado como un tierno amante esa noche. Nicolo estaba mostrándose muy distante.

Miró su reloj, eran casi las diez. Nunca se levantaba tan tarde, pero, después de una noche tan apasionada, no le extrañó que el cansancio hubiera podido con ella.

–Tengo que levantarme –murmuró nerviosa.

Apartó sin pensar la sábana, recordando demasiado tarde que estaba desnuda. No pudo evitar ruborizarse y lo miró de reojo. Había visto deseo en los ojos de Nicolo, pero enseguida apartó la mirada de ella. Le aliviaba ver que aún la deseaba, pero empezaba a pensar que esa experiencia intensa y mágica había sido para él solo sexo.

–He decidido asistir a la asamblea de accionistas –le anunció de repente Nicolo.

–¡Vaya! –exclamó perpleja–. Me alegra oírlo. Estoy segura de que no te arrepentirás.

–Eso ya lo veremos –repuso él–. El caso es que ya no tienes por qué quedarte. Me dijiste que regresarías a Londres en cuanto accediera a ir a la junta.

Se quedó sin aliento al ver que estaba deseando deshacerse de ella.

–Nicolo, ¿qué pasa? –le susurró–. ¿Por qué estás haciendo esto?

–Lo de anoche estuvo muy bien –contestó Nicolo–. Pero sería un error dejar que ocurriera de nuevo.

No supo qué decirle.

–Cuando tengas tiempo para pensar en ello, estoy seguro de que estarás de acuerdo conmigo –agregó Nicolo.

Tuvo la tentación de llevarle la contraria, de recordarle que lo que había pasado entre ellos había sido especial, pero pensó que quizás no lo hubiera sido para él. Le había parecido sentir una conexión entre los dos, pero ya no lo tenía tan claro.

Pensó que quizás se hubiera vuelto a equivocar, como le había pasado con Richard. Había creído que él la amaba y que no iba a dejarla aunque no pudiera tener hijos. Se sintió muy mal. Lamentó haberse dejado engañar de nuevo. Iba a tener que aprender de una vez por todas que los hombres no eran de fiar. Había amado a tres hombres en su vida, pero los tres la habían decepcionado. Primero su padre, después Richard y…

Se quedó sin aliento al darse cuenta de que lo que sentía. No podía ser, le costaba creer que se hubiera enamorado de Nicolo, pero pensó que era la única manera de explicar por qué se sentía tan traicionada y dolida.

Aun así, era demasiado orgullosa como para dejar que la viera sufrir por él.

–Supongo que tienes razón –le dijo–. Christos me necesita en Londres y, como me has recordado, no hay motivos para prolongar mi visita. Me iré en cuanto haga la maleta.

No estaba dispuesta a pedirle que la dejara quedarse un poco más. Tampoco entendía por qué su corazón quería luchar por la posibilidad de tener una relación con Nicolo. Sabía que iba a ser casi imposible romper del todo la barrera que lo rodeaba. Era un hombre que no conseguía librarse de su pasado y que ni siquiera quería tener nada que ver con su familia.

Lo miró de nuevo y sintió una punzada de dolor en su corazón.

–Lo siento por ti –le susurró con lágrimas en los ojos–. No por tus cicatrices, sino porque veo que no puedes o no quieres perdonarte por haber causado el incendio. Nadie puede cambiar el pasado, Nicolo. Pero la vida sigue. Disfruta de tu segunda oportunidad en vez de sentir lástima por ti mismo. Cometiste un error, pero no sigas castigándote por ello. Tu vida vale demasiado para que te limites de esta manera. Estoy segura de que tu familia ya no te juzga por lo que pasó cuando eras un niño. Si quieres que estén orgullosos de ti, antes tienes que dejar de culparte como lo haces.

Nicolo suspiró al oír sus palabras. Hacía que pareciera muy fácil,

pero ella no tenía que vivir sabiendo que su error había arruinado la vida de otra persona.

Miró a Sophie. Había vuelto a cubrirse con la sábana, pero la tela no ocultaba las curvas de su cuerpo. Recordó entonces la noche anterior y cómo había besado esos pechos hasta conseguir que gimiera de placer.

Seguía deseándola con la misma intensidad, no podía controlarlo. Era aún más inquietante e inexplicable darse cuenta de que lo que sentía por ella no era solo sexual, sino algo mucho más complicado.

–¿Has terminado ya con tu psicoanálisis de pacotilla? –le preguntó Nicolo mirando su reloj–. Porque tengo mucho trabajo pendiente.

Sin decir nada más, salió con el ceño fruncido del dormitorio. Temía no poder seguir controlándose, y ceder a la tentación de volver a la cama, si seguía tan cerca de ella.

El correo electrónico entró en su ordenador poco antes de las cinco y media de la tarde. Nicolo no solía leer sus mensajes hasta que terminaba de trabajar, pero el nombre del remitente atrajo su atención. Habían pasado cinco semanas desde que Sophie se fuera de esa casa y no había sabido nada de ella durante ese tiempo. Tenía que reconocer que sentía curiosidad por saber qué quería.

Pero el mensaje era breve y al grano.

A Christos Giatrakos le ha surgido un viaje inesperado al extranjero y se ha visto obligado a aplazar la junta de accionistas de mañana hasta su regreso.

S. Ashdown.

Leyó el mensaje dos veces, preguntándose por qué se sentía tan decepcionado. Ni siquiera lo había firmado con su nombre, le parecía muy impersonal. Le costaba entender cómo, después de pasar juntos una increíble noche de pasión, Sophie ni siquiera se hubiera molestado en utilizar su nombre. El tono frío del mensaje le dejaba muy claro que esa noche no había significado nada para ella. Le dolía pensar que lo más seguro era que no hubiera vuelto a pensar en él desde que regresara a Londres. A él, en cambio, le había pasado lo contrario.

Y el aplazamiento de la reunión lo dejaba sin excusa para ir a Londres y volver a verla. Hizo girar su sillón para mirar por la ventana. La lluvia golpeaba con fuerza los cristales. Dorcha se levantó de la alfombra y se acercó para apoyar la cabeza en la rodilla de Nicolo.

–Está bien, lo admito. La echo de menos –susurró acariciando la cabeza del perro–. ¿Qué debería hacer? ¿Tienes alguna sugerencia?

No encontró respuestas en los ojos de Dorcha. Maldijo entre dientes y se giró de nuevo hacia los monitores del ordenador.

Sophie se inclinó sobre el lavabo y se echó agua fría en la cara. Acababa de vomitar y se sentía débil y agotada. Se miró en el espejo e hizo una mueca al ver lo pálida que estaba. Afortunadamente, estaba en un lavabo que solo usaba el personal que trabajaba en las oficinas del hotel Chatsfield de Londres. Al menos no la habían visto los glamurosos clientes del hotel.

Christos ya le había dicho antes de irse a Grecia que tenía mal aspecto.

–Ve al médico –le había ordenado–. Ya sé que crees que es una gastroenteritis, pero parece que estás tardando demasiado tiempo en superarla. A lo mejor es algo más grave de lo que piensas.

Le había quitado importancia a su estado, pero ella también estaba preocupada por su salud. Estaba siempre agotada y al principio había pensado que estaba así porque le había afectado mucho alejarse de Nicolo y volver a Londres. Había dado por hecho que sus cambios de humor y la falta de apetito se debían también a su estado de ánimo, pero llevaba ya un par de semanas con náuseas y vómitos. Eran síntomas que le recordaban demasiado a su enfermedad.

No quería ni pensar en la posibilidad de que pudiera tener de nuevo cáncer. Había analizado con todo detalle su cuerpo, pero no había encontrado ningún bulto extraño. Aun así, sabía que sería buena idea ir al médico.

Regresó a su despacho y miró el reloj. Solo eran las cuatro de la tarde, ese día se le estaba haciendo eterno y sabía que se sentía así porque había tenido la esperanza de ver de nuevo a Nicolo, pero Christos había tenido que aplazar la reunión.

No sabía por qué se sentía así. Nicolo le había dejado muy claro que para él no habían compartido más que una noche de pasión.

Le dolía la cabeza y no podía concentrarse en el informe que tenía que modificar. Tomó de repente una decisión y fue al despacho de al lado, donde trabajaba Jessie, la secretaria de Lucilla.

–¿Puedo desviarte mis llamadas? Me voy a casa.

–Sí, por supuesto –repuso Jessie–. Llevas varios días muy pálida, deberías ir al médico.

–Sí, creo que llamaré a la clínica en cuanto llegue a casa.

De vuelta a su apartamento, se metió directamente en la cama. Solo iba a ser una breve siesta, pero se despertó horas más tarde y se dio cuenta de que estaba muerta de hambre. Calentó un plato del guiso que había preparado el día anterior y se sintió mucho mejor después de haber comido.

Había dormido demasiado y le preocupaba no poder conciliar el sueño esa noche. Se preparó un baño con la esperanza de que las burbujas y el agua caliente la ayudaran a relajarse.

Ya se había hecho de noche cuando salió de la bañera y se puso el albornoz. Sonó justo en ese instante su timbre y puso la cadena de seguridad antes de abrir unos centímetros la puerta.

–¡Nicolo! –exclamó con sorpresa al ver quién era.

Estaba apoyado contra el marco de la puerta y tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba un traje gris claro y una camisa de seda negra con los botones superiores desabrochados. Llevaba corbata, pero se la había aflojado. Tenía un aspecto tan sexy que se quedó sin aliento al verlo.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó fingiendo que su presencia no le afectaba–. Recibiste mi correo electrónico, ¿verdad? Han tenido que posponer la asamblea de accionistas.

Nicolo tuvo la tentación de decirle que no lo había visto, pero no lo hizo.

–El caso es que estoy aquí, ¿no vas a invitarme a entrar?

Le parecía increíble que le hablara como si nada hubiera pasado después de cinco semanas sin saber de él.

–¿Por qué iba a hacerlo? –le preguntó ella.

–Tenemos que hablar.

No se esperaba esa respuesta y el corazón comenzó a latirle con fuerza. Creía que tenía derecho a decirle que la dejara en paz, que no quería saber nada de él, pero sus dedos quitaron la cadena de seguridad antes de que pudiera decidir qué hacer.

Nicolo entró en el estrecho recibidor y se sintió abrumada por su imponente presencia. Era demasiado alto y demasiado grande para su apartamento.

Se dio la vuelta y le hizo un gesto para que la siguiera hasta el pequeño salón. Empezaba a lamentar haberlo invitado a pasar. Decidió que le iba a dar cinco minutos para decirle lo que quisiera decirle y nada más.

Nicolo siguió a Sophie hasta el salón y miró a su alrededor. No había mucho mobiliario, pero era un piso agradable.

–Bonito apartamento –murmuró para tratar de romper el hielo–. Está muy… Está muy bien aprovechado el espacio.

Ver a Nicolo en su pequeño salón hizo que se pusiera aún más nerviosa. No podía soportar tener que estar tan cerca de él y buscó una excusa para salir de la habitación.

–¿Quieres un café? –le preguntó ella.

La estaba mirando y no pudo evitar sonrojarse. Pensó que quizás Nicolo hubiera esperado un recibimiento más entusiasta por su parte, pero ese hombre le había dejado muy claro que no estaba interesado

en tener una relación con ella y no pensaba seguirle el juego.

–Sí. ¿Por qué no? –dijo Nicolo–. Me encantaría tomar un café.

Frunció el ceño y la siguió a la diminuta cocina. Había hecho todo lo imposible por olvidarla desde que saliera de su casa sin mirar atrás, pero no lo había conseguido. La imagen de Sophie parecía estar grabada en su retina y tampoco había podido olvidar las últimas palabras que le había dirigido.

Sophie le había dicho que tenía que perdonarse a sí mismo por los errores del pasado. Pero no podía olvidar lo que le había hecho a Marissa Bisek. Por eso había intentado que Sophie se fuera y lo dejara solo. Sabía que no podía ser el tipo de hombre que se merecía y tampoco quería tener una aventura con ella, no le parecía justo. Pero al verse de nuevo tan cerca de ella, le costaba recordar por qué no debía dejarse llevar por su deseo.

Desgraciadamente, era aún más bella de lo que recordaba. Había un brillo especial en sus ojos castaños y se le fue la mirada a su escote. El albornoz que llevaba se había abierto lo suficiente como para revelar la parte superior de su pecho. Se dio cuenta entonces de que no debía de llevar nada bajo el albornoz y todo su cuerpo reaccionó al instante.

Sophie, mientras tanto, llenó de agua la tetera y sacó las tazas y el azúcar de un armario. Notaba que Nicolo la estaba mirando y estaba cada vez más nerviosa.

Estaba terminando de preparar un par de tazas de café cuando sintió fuertes náuseas. Seguía muy preocupada por su salud, pero no pensaba decírselo a Nicolo. Se volvió hacia él y se cruzó de brazos.

–Bueno, ¿de qué quieres hablar? ¿Qué es tan importante como para que vengas a verme a estas horas? –le preguntó con frialdad–. Son las diez y quiero irme a la cama.

Se sonrojó en cuanto las palabras salieron de su boca. Esperaba que Nicolo no lo entendiera como una invitación.

–La verdad es que he cambiado de opinión –murmuró Nicolo con una voz tan seductora que no pudo evitar estremecerse.

–¿Qué quieres decir? ¿Ya no te apetece el café? –repuso ella cuando pudo hablar de nuevo.

–No –le dijo Nicolo agarrando las solapas de su albornoz y atrayéndola hacia él–. No quiero café, no es eso lo que me apetece ahora mismo…

Sophie no podía creerlo, abrió la boca para protestar y decirle que se fuera de su casa. Le parecía increíble que Nicolo pensara que podía ir a verla y que ella lo iba a recibir con los brazos abiertos.

Pero no podía ignorar la reacción de su cuerpo. Estaba furiosa, pero también muy excitada. Vio que Nicolo inclinaba hacia ella la cabeza. Seguía sin creerse que estuviera allí, que estuviera a punto de…

Se estremeció en cuanto sintió los labios de Nicolo contra los suyos.

Un mínimo contacto fue suficiente para que su cuerpo despertara.

–Sophie… –susurró Nicolo con emoción en la voz.

La besó de nuevo, con toda la pasión que sentía.

Sophie sintió que volvía a respirar después de cinco semanas muy duras. Se sentía viva de nuevo y cada terminación nerviosa de su cuerpo temblaba de deseo. Se apretó contra su musculoso cuerpo y Nicolo la tomó en sus brazos.

Una voz en su cabeza le advirtió que debía resistirse, que era una locura, pero no pudo hacerlo. No mientras sintiera lo que sentía cuando lo miraba a los ojos, no cuando su masculino aroma la embriagaba como lo hacía en esos momentos.

A Nicolo no le costó encontrar el dormitorio en el pequeño apartamento. Abrió la puerta con el hombro, pero apenas tuvo tiempo de fijarse en la decoración de la habitación. Lo único que le había quedado claro era que Sophie parecía no tener a ningún otro hombre en su vida. Ya le había dado la impresión de que ella no era muy dada a aventuras de una sola noche. Pero, en vez de asustarse al saberlo y salir corriendo de allí, le llenó de satisfacción que ella fuera así.

Le desató el cinturón del albornoz mientras besaba la sedosa piel de su cuello. No pudo evitar gemir al ver de nuevo sus pechos desnudos. Le faltó tiempo para acariciarlos. Se estremeció la sentir sus pezones endurecidos y recordó lo mucho que había disfrutado Sophie la otra noche cuando él les dedicó toda su atención. Se sentía abrumado por el deseo que sentía por ella. No le había pasado con ninguna otra mujer. Sophie despertaba en él una necesidad casi primitiva de poseerla totalmente. Con manos temblorosas, se quitó la chaqueta y la camisa. La luz de la lámpara revelaba el horror de sus cicatrices, pero ya no sentía la necesidad de ocultarlas. Sabía que a Sophie no le molestaban. Cuando la miraba a los ojos solo veía deseo.

–Nicolo –susurró ella con voz suplicante mientras él le separaba las piernas y comenzaba a acariciarla con los dedos.

Sophie arqueó hacia él la espalda. Podía sentir cómo temblaba su cuerpo, tan ansiosa y excitada como lo estaba Nicolo. Siguió acariciándola hasta que gimió de placer, hasta que consiguió dejarla sin aliento.

Él también estaba perdiendo la cabeza.

–¿Qué es lo que me estás haciendo? –murmuró casi con desesperación mientras se hundía en su cálido y húmedo interior.

Sophie gritó con fuerza y él se quedó inmóvil.

–¿Te he hecho daño? –le preguntó con un hilo de voz.

–No, no –susurró Sophie sin aliento–. Sigue…

Con Nicolo dentro de ella, llenándola por completo, no podía hablar ni pensar. Era increíble y sintió que no iba a tardar mucho en alcanzar las cotas más altas del placer. Se sentía como en una nube. No podía

dejar de temblar.

Nicolo incrementó el ritmo y la intensidad de los movimientos. Ella movía las caderas al unísono, encajaban a la perfección. Se dio cuenta en ese instante de que su cuerpo le pertenecía a él. No tenía escapatoria.

Y momentos después, cuando llegaron al mismo tiempo a un clímax demoledor, fue por primera vez consciente de las increíbles consecuencias que iba a tener para ella el sentirse así.

Capítulo 10

Cuando Sophie abrió los ojos a la mañana siguiente y vio la cabeza de Nicolo a su lado, lamentó lo que había ocurrido.

Su cama era demasiado pequeña para él y sus cuerpos estaban muy cerca. Le dolían todos los músculos, un recordatorio de lo que había pasado la noche anterior. No podía creer que le hubiera vuelto a ocurrir y que ni siquiera hubiera tratado de resistirse. A Nicolo le había bastado con ir a verla para que ella cayera rendida a sus pies.

Estudió su rostro. Sus rasgos estaban mucho más relajados mientras dormía. Su pelo oscuro y el tono oliva de su piel eran sin duda herencia de su madre italiana. Tenía un aspecto exótico y muy sexy. Se estremeció al recordar lo maravilloso que había sido hacer de nuevo el amor con él. Pero no podía dejar que se saliera con la suya y la siguiera utilizando a su antojo.

Se sentó en la cama y se levantó. Pero sintió de repente náuseas. Se puso el albornoz y corrió al cuarto de baño. No le dio tiempo siquiera a cerrar tras ella la puerta antes de vomitar.

Cuando volvió al dormitorio, Nicolo estaba sentado en la cama. Vio que la miraba con el ceño fruncido y preocupación en los ojos.

–¿Qué te pasa? –le preguntó–. Cuando llamé ayer a tu oficina, una tal Jessie me dijo que has tenido problemas de estómago durante un par de semanas y que piensa que no estás comiendo bien.

–Me parece increíble que hablaras de algo tan personal con mis compañeros de trabajo.

Pero Nicolo ignoró su comentario.

–Después, al verte ayer, me di cuenta de que has perdido algo de peso.

A Nicolo le preocupaba que estuviera así por su culpa. Sabía que había herido sus sentimientos cuando le sugirió que debía volver a Londres. Pero verla así le recordó que había tomado la decisión correcta. Creía que a Sophie no le convenía estar con alguien como él. No era bueno para ella.

–Es cierto que llevo mal un par de semanas. Pero no será nada… –murmuró ella–. Mis síntomas son similares a los que tuve a los dieciséis, antes del diagnóstico –le confesó después–. Me preocupa que haya vuelto el cáncer…

Nicolo se quedó mirándola, estaba demasiado sobrecogido para responder. No podía ser, no quería siquiera pensar en esa posibilidad.

Pero no quería tampoco mostrarle sus miedos.

–¿Has ido al médico?

–Tengo una cita la semana que viene –le explicó Sophie.

–¿Cómo? ¡No puedes esperar tantos días! –exclamó Nicolo levantándose de un salto de la cama y poniéndose los pantalones deprisa–. Vamos a un especialista hoy mismo –agregó sacando su teléfono móvil de la chaqueta.

–No, no es necesario…

Nicolo la miró a los ojos y ella se quedó sin aliento. No podía definir lo que veía en su mirada, pero sintió una sensación de alivio al ver que él se estaba haciendo cargo de la situación.

–Seguro que no es nada, pero no estoy dispuesto a esperar para ver qué te pasa. Tengo un amigo, Hugh, que es un médico fantástico. Te verá esta misma mañana, ya verás.

Una hora más tarde, Sophie entró en el lujoso despacho del doctor Hugh Bryant. Aquel sitio no tenía nada que ver con el deprimente hospital donde había sido tratada de su cáncer.

–Muchas gracias por atenderme tan pronto, pero seguro que no es nada, doctor Bryant –murmuró Sophie algo avergonzada.

–Por favor, llámame Hugh –repuso el hombre con una sonrisa–. Nicolo me contó por teléfono que llevas unas semanas con mucho cansancio y náuseas. También me dijo que tuviste cáncer hace unos diez años.

–Sí –contestó ella mirando de reojo a Nicolo.

Estaba sentado a su lado. Le había sorprendido que hubiera querido acompañarla, pero lo cierto era que le agradecía mucho su apoyo. Le explicó brevemente cómo había sido diagnosticada con un osteosarcoma, le habló del tratamiento y también de que la quimioterapia la había dejado estéril.

–Por tus síntomas, podrías estar embarazada –le dijo Hugh después–. Pero, como me has dicho, parece algo poco probable en tu caso. Diría que incluso imposible si no has tenido relaciones sexuales sin protección.

Al ver que Sophie no podía ocultar su sorpresa, le sugirió que quizás fuera adecuado hacerle una prueba de embarazo para descartarlo por completo.

–De acuerdo, pero estoy segura de que el resultado será negativo. Me hicieron algunas pruebas hace un par de años que demostraron que ni siquiera estaba ovulando.

Sophie fue a otra habitación. Le hicieron análisis de orina y de sangre.

Cuando regresó al despacho del médico, Hugh le hizo algunas

preguntas más sobre su salud. Lo llamaron por teléfono poco después y vio que se ponía serio.

Se quedó sin aliento. Se preparó para lo que podía ser un nuevo diagnóstico de cáncer. A lo mejor lo había llamado la enfermera para decirle que tenía un recuento anormal de glóbulos rojos o algo así. Estaba muerta de miedo, pero Hugh la miró con media sonrisa.

–Creo que deberíais prepararos los dos para lo que os voy a decir – les anunció el médico.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Nicolo tomando la mano de Sophie y apretándola con fuerza.

–La prueba de embarazo ha dado positiva.

Durante unos segundos, lo miró sin entender. Sus palabras no tenían sentido. Se había preparado mentalmente para que le dijera que iban a tener que hacerle más pruebas para ver si tenía cáncer. No se le había ocurrido que pudiera estar embarazada.

–No es posible –replicó ella–. Me dijeron que la quimioterapia me dejó estéril.

–A veces las mujeres dejan de ovular por la quimioterapia, pero vuelven a hacerlo años más tarde de manera espontánea –le explicó Hugh–. No es muy común, pero ocurre. Si he aprendido algo durante mi carrera profesional es que los milagros existen. Como es obvio que el embarazo es una sorpresa, supongo que necesitarás algo de tiempo para aceptarlo –agregó con amabilidad–. Nicolo, ¿por qué no llevas a Sophie a su casa para que pueda descansar? Está claro que los dos estáis conmocionados por la noticia.

Más que conmocionado, Nicolo sentía que no podía siquiera respirar. Miró a Sophie y vio que estaba pálida, como si estuviera a punto de desmayarse. Era obvio que Sophie había creído que era incapaz de concebir. Lamentó haberse arriesgado y no haber salido a comprar preservativos aquella primera noche, pero ya era demasiado tarde para pensar en ello. Sophie estaba embarazada y él era el padre.

Atrapada en una nube de pura incredulidad, Sophie apenas fue consciente de cómo Nicolo la ayudó a salir del despacho del médico y la llevó a su coche. Hicieron en silencio el trayecto de vuelta a su apartamento. En cuanto entró, fue directa a la cocina y llenó de agua la tetera.

–Déjame hacer eso –insistió Nicolo–. ¿Quieres una taza de té?

–No, ya no me gusta el té… –repuso ella.

Por fin entendía por qué sus gustos habían cambiado tanto durante esas semanas y por qué se había encontrado tan mal.

–Preferiría un zumo –le dijo con un hilo de voz.

Unos minutos más tarde, Nicolo llevó al salón una bandeja con

bebidas para los dos. Sophie estaba de pie junto a la ventana. Tenía un aspecto muy frágil y vulnerable. Se le encogió algo en el pecho al verla así.

–Cuando te dije anoche que teníamos que hablar, no tenía ni idea de lo urgente que era que lo hiciéramos ni cuál iba a ser el tema de conversación, por supuesto –comentó Nicolo con ironía.

Sophie se preguntó si Nicolo estaría enfadado con ella. Le agradecía al menos que no le hubiera preguntado si el niño era suyo. Aun así, estaba segura de que no querría tener nada que ver con ese embarazo. Se había distanciado de su familia y del resto del mundo. Sabía que no quería tener hijos.

–Es irónico. Richard rompió conmigo porque quería ser padre. Tú, en cambio, debes de estar pensando en cómo salir corriendo de aquí después de lo que acabamos de descubrir –susurró ella.

Se le encogió el corazón al oír sus palabras.

–No pienso irme a ninguna parte –le aseguró con firmeza.

–Pero estarás enfadado conmigo.

–No tengo derecho a estarlo. Fui yo quien decidió arriesgarse y hacerlo sin protección –le dijo Nicolo.

Ella lo miró con incertidumbre, sorprendida al ver que parecía aceptar la situación.

–¿Cómo te sientes? –le preguntó ella.

Nicolo supuso que se sentía como la mayoría de los hombres en su situación. La incredulidad inicial había dado paso a una especie de vértigo. También sentía algo que no podía definir. Durante años, había rechazado todo tipo de responsabilidades, pero no podía ni quería desentenderse de un hijo.

–Lo hecho, hecho está –le dijo en voz baja–. Ahora tenemos que decidir lo que vamos a hacer. ¿Cómo te sientes tú sabiendo que estás embarazada?

Su pregunta hizo que tuviera que analizar sus sentimientos.

–No lo sé. Creo que sigo conmocionada. Me sentí tan aliviada al saber que no tenía cáncer que aún no he tenido tiempo para pensar en lo que supone estar embarazada –admitió Sophie–. No me parece real. Las pruebas que me hicieron hace unos años me dejaron muy claro que no iba a poder tener hijos. Al saberlo, se lo conté a Richard. Hasta entonces no había sido consciente de lo importante que era para él tener una familia. No podía echarle en cara que quisiera romper conmigo, pero me dolió ver que no era lo suficientemente buena para él, que de alguna manera, era una mujer… Incompleta, defectuosa.

–Ese hombre era un cretino –replicó Nicolo con un nudo en la garganta.

–Lo que ha pasado es un milagro. Supongo que debería estar extasiada de felicidad, pero no me lo esperaba… Nunca pensé que

pudiera llegar a tener una familia –le dijo–. Ya había hecho planes para viajar a África y volar en globo aerostático sobre el Serengeti en primavera, pero creo que no podré hacerlo. ¡Entonces estaré embarazada de ocho meses!

Sintió de repente una oleada de pánico y no pudo contener sus emociones.

–Me siento atrapada –reconoció–. ¿Cómo voy a ser la madre de alguien? No sé cómo hacerlo. Nunca me he preocupado por aprender, ni siquiera visito a mis amigas cuando tienen bebés. Si quieres que te diga la verdad, Nicolo. Estoy muerta de miedo.

Sintió mucho dolor en su corazón al ver así a Sophie. Se dio cuenta de que era el culpable de esa situación. Había hecho que esa mujer hermosa y fuerte estuviera llorando en esos instantes. Se acercó a ella y la abrazó.

–No sé qué hacer –le dijo ella sollozando.

Por un segundo, temió que Sophie estuviera pensando en no seguir adelante con el embarazo. Sin saber por qué, le angustiaba que pudiera tomar esa decisión. Nunca se había planteado tener hijos, pero saber que su bebé se desarrollaba ya dentro de Sophie había despertado en él un fuerte instinto protector.

–Tendré que buscar otro trabajo. Christos viaja mucho y yo tengo que buscar un hogar estable. Voy a necesitar un piso más grande, con una habitación para el bebé…

–Ya, ya… –le susurró Nicolo para tranquilizarla mientras acariciaba su pelo.

Se dio cuenta de que estaba decidida a seguir adelante con el embarazo. Por muy sorprendida que pudiera estar en esos momentos, sabía que iba a ser una madre devota y que ella nunca abandonaría a su hijo como había hecho su propia madre.

Le enterneció verla llorar de esa manera. Sophie parecía creer que él iba a permitir que tuviera que criarlo sola. No le extrañaba que dudara de él, no tenía buena reputación, pero había cambiado mucho.

Tenía que decidir cómo podía ayudarla. Contaría por supuesto con apoyo económico, pero sabía que su hijo iba a necesitar cosas más importantes que el dinero. Por el bien de ese niño, iba a tener que hacer frente a los demonios de su pasado de una vez por todas y tomar el control de su futuro.

–Gracias, estoy bien –le dijo Sophie apartándose de él y limpiándose los ojos con las manos.

Había sido muy agradable estar entre los brazos de Nicolo. Incluso había llegado a fantasear por un momento, imaginándose cómo sería si ellos fueran una pareja normal celebrando una noticia tan increíble. Le habría encantado poder tener el apoyo y el cariño del padre de su bebé, pero sabía que nunca iba a tenerlo.

Nicolo sabía que era verdad, que Sophie iba a estar bien. Era normal que se sintiera sobrecogida por la noticia, pero estaba seguro de que, si tuviera que hacerlo, se las arreglaría perfectamente sin él.

–Es natural que te sientas así –murmuró Nicolo tomándola en sus brazos y llevándola así hasta el dormitorio–. Pero tienes que saber que puedes confiar en mí, Sophie –le dijo con seriedad mientras la dejaba en la cama y la tapaba–. Voy a cuidar de ti.

Sus palabras le llegaron al corazón, pero sabía que solo le hablaba así porque se sentía responsable por lo que había pasado.

–No necesito que me cuides –repuso ella con firmeza–. Las náuseas y los vómitos se me pasarán en unas semanas y podré seguir trabajando como hasta ahora.

Nicolo ignoró sus palabras.

Se quedó perpleja al ver que abría el armario y sacaba su maleta.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó mientras él iba doblando y guardando su ropa.

–Estoy haciéndote la maleta. Te vienes conmigo a casa. No vas a poder ir de Buckinghamshire a Londres todos los días, pero el descanso te vendrá bien.

Se acercó a la cama y tomó su cara entre las manos para que lo mirara a los ojos.

–Tenemos que hablar y decidir cómo vamos a criar a nuestro hijo, Sophie.

–¿Criar a nuestro hijo? –repitió ella.

Ni siquiera se había planteado que Nicolo fuera a querer estar presente en la vida del bebé.

–Nuestro hijo merece ser amado y cuidado tanto por su padre como por su madre, ¿no crees?

Estaba tan cerca de ella que podía sentir su cálido aliento en los labios. No se atrevía a respirar, deseaba que la besara y se sintió decepcionada cuando Nicolo se enderezó y se fue hacia la puerta.

–Voy a prepararte algo de comida y, después, nos vamos a casa –le dijo–. Sé que el embarazo ha sido una sorpresa, pero te prometo que cuidaré de ti y de nuestro hijo, Sophie.

Le hablaba con solemnidad, sabía que podía confiar en él, pero sintió que solo iba a estar a su lado por su sentido del deber, no porque quisiera tener ningún tipo de relación con ella. Aunque creía que debía sentirse agradecida, no pudo evitar que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas en cuanto Nicolo salió de la habitación.

Nicolo condujo por el camino hasta la casa familiar de los Chatsfield con sumo cuidado, maldiciendo entre dientes cada vez que se encontraba con un bache. Decidió que iba a contratar cuanto antes a

una cuadrilla para que repararan esa carretera. Miró a Sophie de reojo. Se había pasado casi todo el viaje a Buckinghamshire durmiendo, pero acababa de abrir los ojos.

Llevaba unos pantalones vaqueros y un jersey de color rosa. No parecía embarazada, pero suponía que no tardarían mucho en aparecer las primeras señales de que su hijo crecía dentro de ella. Su hijo…

Apretó con fuerza el volante, no terminaba de creérselo. Pero le bastaba con mirarla para darse cuenta ya de que sus pechos parecían más llenos y que incluso la expresión de su rostro parecía haber cambiado.

–¿Quién ha estado al cuidado de Dorcha mientras ibas a Londres? –le preguntó ella de repente.

–Betty se ha quedado en la casa con él. Ese perro te ha echado mucho de menos. Ha estado sentándose a menudo frente a la puerta de tu dormitorio. Tenías que haber visto cómo lloraba.

–Yo también lo he echado de menos.

Pero no tanto como había echado de menos a Nicolo. Contuvo el aliento al ver de nuevo la casa de ladrillo rojo. Tenía un aspecto tan austero y triste como recordaba, pero le alegraba estar de vuelta en Buckinghamshire. Nicolo abrió la puerta principal y los recibió Dorcha. Se puso a ladrar como un loco hasta que Sophie le hizo caso.

–Voy a sacarlo al jardín –le dijo a Nicolo–. Me vendrá bien estirar un poco las piernas después de estar tanto tiempo sentada en el coche.

El césped seguía igual, pero vio al acercarse a la piscina que toda la zona estaba limpia. El agua tenía un aspecto cristalino y apetecía meterse en ella.

–Aún hace el suficiente calor como para usarla –le dijo Nicolo acercándose a ella–. ¿Te apetece nadar?

–Tal vez mañana –repuso Sophie–. Ahora estoy demasiado cansada.

Suspiró y se mordió el labio inferior.

–Sigo sin creerme lo que está pasando, es como si estuviera soñando.

Nicolo vio su cara de preocupación y se sintió muy culpable. Creía que estaba en esa situación por culpa de su irresponsabilidad.

–¿Te gustaría que fuera un sueño? –le preguntó en voz baja–. ¿No quieres este bebé?

Sophie se preguntó si sería muy egoísta admitir que desearía poder tener aún su vida de siempre, con una carrera profesional que le gustaba y maravillosos viajes por todo el mundo. Sabía que su embarazo era una oportunidad única, un milagro, pero una pequeña parte de ella seguía muy asustada.

–No lo sé –le dijo con sinceridad.

Regresaron a la casa en silencio. Le habría encantado saber qué

estaba pensando Nicolo.

–¿Qué puedo hacer para la cena?

–Me temo que tendrá que ser carne. No tengo nada más en la nevera.

–Bueno, supongo que me vendrá bien. La carne tiene mucho hierro –repuso ella con ironía.

Nicolo suspiró y sacudió la cabeza.

–Voy a tener que hacer algunos cambios en la casa, empezando por contratar a más personal. Alguien para la limpieza y una cocinera. No creo que tengas ganas de cocinar cuando nazca el bebé –le dijo a Sophie.

–Nicolo, no sé dónde voy a vivir cuando nazca, pero es poco probable que viva aquí. Tendré que estar más cerca de Londres para poder trabajar.

–Pero no vas a poder trabajar durante los primeros meses –repuso Nicolo frunciendo el ceño.

–No, está claro que tendré que tomar algunas decisiones. Por ejemplo, debo encontrar una buena guardería. Aún no he tenido tiempo para pensar en cómo me las arreglaré.

Le daba la impresión de que Nicolo trataba de organizarle la vida y no le gustaba.

–¿Por qué me lo preguntas? ¿Acaso tienes alguna sugerencia? –le preguntó algo molesta.

–Sí, podéis vivir aquí conmigo.

Le habría encantado oír esa invitación después de que se acostaran por primera vez, pero sus palabras llegaban cinco semanas tarde.

–Pero eso no es lo que quieres. Sé que te gusta vivir solo –le recordó ella.

Entendía por qué le hablaba así Sophie, pero lo cierto era que la había echado mucho de menos durante las semanas que habían estado separados.

–Las cosas van a ser diferentes a partir de ahora. Los dos tendremos que hacer ajustes y ceder un poco –respondió él.

Esa noche, mientras cenaban en el comedor, Sophie recordó cómo había reaccionado Nicolo cuando la vio a punto de encender una vela. Temía que no llegara nunca a superar la culpabilidad que seguía sintiendo al haber provocado él el incendio.

–¿Por qué estabas tan enfadado con tu padre cuando fuiste a su suite del ático aquella noche? –le preguntó de repente.

Nicolo la había acusado de hacer demasiadas preguntas, pero intuía que la respuesta le ayudaría a entenderlo mejor. Después de todo, Nicolo iba a ser padre y, si iban a educar juntos a su hijo, necesitaba comprender mejor su carácter.

Pero Nicolo tardó en contestarle.

–Nunca le he dicho a nadie lo que voy a contarte. Ni siquiera a mi padre –le confesó Nicolo–. Una semana antes del incendio, fui a Londres para visitarlo en el hotel. Él vivía allí de forma casi permanente. Mi madre se había ido un año antes y Lucilla hacía lo que podía cuidando a los más pequeños en esta casa. Mi padre estaba demasiado ocupado con los hoteles como para prestarle atención a sus hijos –le explicó–. No le dije que iba, pensaba darle una sorpresa, pero fui yo quien se la llevó. Tenía una llave y entré sin llamar. Escuché entonces la voz de mi padre. Y no estaba solo. Me di cuenta de que estaba en el dormitorio con una mujer. Debería haberme ido entonces, pero tenía curiosidad. La puerta del dormitorio estaba entreabierta y vi a mi padre desnudo en la cama con una de las doncellas del hotel.

–¡Dios mío! –exclamó Sophie.

Podía imaginar lo mal que se habría sentido un niño de trece años al ver algo así.

–Salí del ático sin que me vieran. Nadie sabía lo que había visto. Supe entonces que los rumores que había oído siempre sobre mi padre eran verdad. Estaba convencido de que mi madre lo había descubierto y que por eso se había ido –le dijo Nicolo–. Me sentí muy traicionado. Hasta entonces, había sido mi héroe, pero me di cuenta de que era un mentiroso y quería hacerle tanto daño como le había hecho a mi madre.

–Así que volviste una semana después al ático para destrozar su lujosa colección de botellas de whisky, pero provocaste sin querer el fuego –susurró Sophie suspirando–. Solo eras un niño, Nicolo. Entiendo cómo te sentiste, pero forma parte del pasado y tu padre es un hombre mayor. A lo mejor ha llegado el momento de que lo perdones.

Hasta ese día, habría rechazado de plano la sugerencia de Sophie, pero acababa de descubrir que iba a ser padre y eso le hizo sentir cierta comprensión hacia Gene. Sabía mejor que nadie que todas las personas cometían errores y pensó que quizás su padre tuviera remordimientos sobre lo que había hecho en el pasado. Se había negado a escucharlo cuando había tratado de hablar con él. Llevaban casi veinte años sin hablarse más allá de lo imprescindible.

Esperaba que, si cometía errores en el futuro, su hijo fuera más indulgente con él.

–Quiero ser un buen padre –le dijo con emoción en su voz.

Se inclinó hacia delante y tomó la mano de Sophie entre las de él.

–Tenemos la obligación de ser tan buenos padres como podamos. Cada decisión que tomemos a partir de ahora debe tener en cuenta sobre todo el interés del niño. ¿Estás de acuerdo? –le preguntó Nicolo.

Sophie se quedó mirando sus dedos entrelazados. Se había quedado sin aliento cuando vio que Nicolo tomaba su mano, pero empezaba a

sentirse atrapada. La agarraba como si no quisiera que se fuera, pero no por ella, sino por el bebé.

–Sí, por supuesto –murmuró ella mientras se levantaba de la mesa–. Pero faltan aún ocho meses para que nazca y tenemos un montón de tiempo para decidir cómo vamos a hacer las cosas. Bueno, ha sido un día muy largo –agregó con ganas de llorar–. Me voy a la cama.

Fue directa a la habitación de invitados que había ocupado cuando estuvo alojada en la casa, pero no encontraba por ninguna parte la maleta. No sabía dónde la habría puesto Nicolo.

Salió al pasillo y fue al dormitorio de él. El corazón le latía con fuerza mientras llamaba a su puerta. Lo primero que vio al entrar fue su maleta vacía en el suelo. Nicolo estaba tumbado en la cama.

–¿Qué has hecho con mi ropa?

–Lo metí todo en la parte de mi armario que no uso –repuso Nicolo.

Notó que la miraba con una expresión depredadora en sus ojos. Le dio la impresión de que no iba a dejar que saliera de allí así como así.

–Me dijiste que pasar una noche conmigo fue divertido, pero que hacerlo una segunda vez sería un error –le recordó ella.

–Pues parece que tenemos un problema –contestó él con media sonrisa–. Porque anoche fue nuestra segunda noche juntos y creo que ya hemos comprobado que no somos capaces de controlar la atracción que sentimos el uno por el otro.

Esa noche tenía un aspecto de auténtico bandolero. Con su camisa de seda blanca desabotonada y su largo cabello oscuro, le pareció más peligroso y sexy que nunca. No iba a poder resistirse a él.

–¿Cómo sería una tercera noche? –le preguntó ella sin poder contenerse.

Nicolo le dedicó una gran sonrisa.

–Inevitable –murmuró mientras se levantaba de la cama y se acercaba a ella.

Pero no la tocó. Se quedó simplemente mirándola como si esperara a que fuera ella quien decidiera lo que iba a ocurrir a continuación.

–Solo me has traído a esta casa porque estoy embarazada –le susurró ella.

–No lo sabía cuando fui a verte ayer ni lo sabía cuando hicimos el amor después. Lo único que tenía claro era que te había echado mucho de menos –le dijo él–. Lo creas o no, tenía la intención de pedirte que volvieras conmigo.

Sophie se mordió el labio. Quería creerlo, pero una voz en su cabeza le recordaba que debía tener cuidado. Pensaba que, cuando le decía que la había echado de menos, solo hablaba de la atracción que sentía por ella y de la pasión que habían compartido. Y sabía que no podían basar una relación en el sexo. De hecho, ni siquiera sabía qué tipo de relación quería tener con él. Y, si no hubiera estado embarazada, no

sabía si habría aceptado volver a esa casa con Nicolo.

Pero algo le decía que habría conseguido convencerla. Ella también lo había echado de menos durante esas últimas semanas. No podía negar cuánto lo deseaba. Incluso en ese instante, su cuerpo ansiaba que la tocara con sus manos, que la besara, que la hiciera gemir entre sus brazos.

Nicolo levantó la mano y acarició su mejilla. Fue un gesto muy tierno y vio algo en sus ojos que la dejó sin aliento. No pudo evitarlo, se acercó a él. Era la señal que Nicolo había estado esperando. Con un gemido ahogado, la tomó en sus brazos y la besó apasionadamente.

La última vez que habían estado en esa habitación, Nicolo la había rechazado, pero no quería pensar en eso. Se dejó llevar por los besos, cada vez más apasionados. Era como si Nicolo tratara de compensarla por la frialdad con la que había reaccionado después de que pasaran la primera noche juntos.

Fue quitándole la ropa sin dejar de besarla. Esa vez, Nicolo se fijó en cómo estaban cambiando sus pechos. Era increíble volver a estar así con ella y saber que esperaba un hijo.

Sophie se estremeció cuando Nicolo comenzó a acariciarle el pecho. El embarazo había hecho que sus pezones fueran aún más sensibles y se quedó sin aliento cuando él comenzó a besarlos y a atraparlos entre sus labios.

La dejó después en la cama y Sophie tiró de él hasta tenerlo sobre su cuerpo. Era más fácil no pensar en el futuro y dejarse llevar por las sensaciones del momento. Nicolo no tardó en hacerle gritar de placer con sus hábiles dedos. Después, cuando la besó íntimamente, Sophie sintió que estaba a punto de perder la cabeza.

Cuando sintió las primeras oleadas de un orgasmo creciendo en su interior, lo agarró por los hombros y envolvió las piernas alrededor de su espalda para atraerlo contra su cuerpo.

Fue increíble sentirlo de nuevo dentro de ella, dos cuerpos que se convertían en uno solo. Sintió en ese instante una conexión con Nicolo que iba más allá de la mera unión física. Era el padre del bebé que crecía en su vientre y se dio cuenta de que siempre iban a estar unidos por ese niño.

Capítulo 11

Durante las siguientes semanas, Sophie trató de no pensar en un futuro que seguía siendo muy incierto. Su nuevo médico, Hugh Bryant, le aconsejó que se hiciera una ecografía cuanto antes.

–No hay nada que nos haga pensar que la quimioterapia que recibiste hace años haya podido afectar de alguna manera al bebé –le aseguró el médico–. Pero, aun así, es buena idea controlar de cerca tu embarazo.

Nicolo la llevó a un hospital de Londres para hacerse la prueba. En ese momento del embarazo, el bebé era diminuto y tenía forma de judía, pero el técnico les aseguró que todo estaba bien. Fue increíble poder ver esa nueva vida en la pantalla. Estaba emocionada, pero no se hacía a la idea de que iba a ser madre soltera. Todo iba a cambiar en su vida. Mucho más que en la de Nicolo.

No habían vuelto a hablar de cómo iban a ser las cosas cuando naciera el niño. Suponía que Nicolo le ofrecería ayuda económica y que tendrían que decidir entre los dos sus derechos de visita. Creía que iban a ser capaces de llegar a un arreglo amistoso. Eso esperaba.

Trataba de ser positiva al ver que él quería estar presente en la vida del niño, pero habría preferido que las cosas fueran diferentes y que ellos fueran una pareja normal a la espera de su primer hijo.

Al menos había conseguido no pensar demasiado en esas cosas y tratar de relajarse. Christos aún estaba en Grecia y Jessie se estaba haciendo cargo de atender las llamadas de Lucilla y también las del director general.

Nicolo había contratado a una nueva cocinera, Joan. Su marido, George, era jardinero y estaba limpiando y poniendo a punto los terrenos de la finca.

La transformación estaba siendo increíble. El jardín se había convertido en un lugar muy agradable donde sentarse a leer o a admirar las rosas. Se acercaba ya el final del verano. Aún seguía con náuseas por las mañanas, pero se le pasaba pronto. Y gracias a las maravillosas cenas de Joan comenzó a sentir que le apretaba la cintura de los vaqueros.

Ver que su embarazo avanzaba hizo que tuviera que afrontar por fin la realidad. No podía seguir viviendo con Nicolo de manera indefinida. Él pasaba muchas horas trabajando en su despacho, pero también hacía tiempo para estar con ella.

Aún hacía bastante calor como para que usaran la piscina cada tarde. A veces hacían el amor en una de las tumbonas o sobre la fresca hierba. Y todas las noches volvían a reunirse en la cama de Nicolo, que seguía usando todas sus habilidades para hacerle sentir un placer increíble.

El embarazo no había afectado negativamente su libido. Disfrutaba al máximo de esos momentos de placer en los brazos de Nicolo y esas deliciosas noches dejaban su cuerpo saciado y feliz, pero su corazón seguía sintiéndose vacío. Creía que era culpa suya por enamorarse de él. Sabía que Nicolo se había abierto con ella más que con nadie, pero seguía siendo un hombre solitario y enigmático que se había aislado del resto del mundo y dudaba mucho que llegara a cambiar nunca.

Nicolo abrió la puerta del jardín amurallado y sintió que se le hacía un nudo en la garganta al ver a Sophie sentada en un banco bajo el sauce. Ya había imaginado que la encontraría allí. Le encantaba ir casi todas las mañanas para leer un rato en el tranquilo jardín que su madre había creado.

Sophie no lo vio y aprovechó para quedarse mirándola un momento. Tenía una belleza imposible de describir, era mucho más que bella. Se fijó en su sedoso pelo, en el brillo de su piel y en unos pechos que ya se veían más llenos. Aún conservaba su cintura, pero sabía que pronto comenzaría a crecer su vientre. Era algo que lo llenaba de orgullo y emoción, pero intuía que Sophie no compartía sus sentimientos. Le había parecido muy tensa cuando habían ido a hacerse la ecografía y, cada vez que él mencionaba al bebé, ella cambiaba de tema.

Fue hacia ella y Sophie alzó la vista. Vio entonces que tenía el portátil abierto y frunció el ceño.

–Pensé que había otras personas ocupándose de todo lo que pueda necesitar Giatrakos desde Grecia.

–Jessie me está cubriendo estos días, pero no puede seguir haciendo de secretaria de Christos de manera indefinida. Después de todo, trabaja para Lucilla. No hay ninguna razón por la que no pueda volver a trabajar. Sobre todo ahora que ya no tengo náuseas.

Vio que Nicolo miraba la pantalla del ordenador con curiosidad.

–Estoy mirando las páginas de varias inmobiliarias –le explicó ella–. Voy a tener que vivir cerca de Londres, pero los alquileres están mucho más baratos en las afueras. Allí podría encontrar un piso de dos habitaciones por lo mismo que estoy pagando ahora.

–Pero tardarás mucho más en ir al trabajo –le dijo Nicolo con algo de frialdad.

–Eso es verdad –repuso Sophie al ver que iba a tener que gastar más en transporte público–. Pero no puedo hacer otra cosa.

Nicolo se quedó mirando el intrincado diseño que formaban los setos de boj. Su madre los había plantado ella misma. Había puesto todo su amor en ese jardín y le parecía un lugar apropiado para tratar de dejar su pasado atrás y mirar hacia el futuro.

–No tienes por qué trabajar. Hay una solución obvia que nos permitiría a los dos formar parte de la vida de nuestro hijo –le dijo entonces–. Creo que deberíamos casarnos.

Se le encogió el corazón al oír las palabras de Nicolo y se quedó mirándolo. No se lo había pedido, se limitaba a sugerirle un matrimonio por el bien de su hijo.

–No creo que ese tipo de boda sea una solución –repuso molesta–. Me parece una locura.

–¿Por qué te parece una locura la idea de casarte conmigo?

–¿Que por qué? Porque… –comenzó ella–. Nicolo, estoy segura de que tus padres se casaron enamorados y, aun así, su matrimonio no duró. Tampoco lo hizo la relación de mis padres, a pesar de que estaban locamente enamorados cuando se casaron.

–¿Por qué se separaron tus padres? –le preguntó Nicolo.

–Supongo que por la misma razón que lo hicieron los tuyos –respondió ella–. Mi padre le fue infiel a mi madre. Sucedió durante mi enfermedad. Mi madre pasó mucho tiempo en el hospital conmigo. Mi padre me visitaba, por supuesto, pero tenía que seguir trabajando a tiempo completo. Supongo que fueron meses muy estresantes para los dos. A mi padre no le gustaba volver a una casa vacía después del trabajo, así que comenzó a verse con su nueva secretaria cada noche para cenar juntos. Al principio eran solo amigos, pero terminó enamorándose de ella.

Se volvió hacia Nicolo con los ojos llenos de lágrimas.

–Mi padre me dijo que mi enfermedad le había hecho reflexionar sobre su propia mortalidad. Se dio cuenta de que no había sido feliz con mi madre y decidió darse una segunda oportunidad con su amante. No te puedes imaginar cuánto sufrí al ver que el divorcio de mis padres y la infelicidad de mi madre eran culpa mía. Si no hubiera tenido cáncer, nada habría cambiado –le dijo con tristeza–. Como ves, no eres el único que tiene que vivir con complejo de culpa.

–Eso es ridículo, tú no pudiste evitar tener cáncer –repuso él sintiendo que se le rompía el corazón al verla sufrir–. Puede que tu enfermedad fuera un catalizador, pero, si tu padre era infeliz con tu madre, habría pasado tarde o temprano.

–Lo que estoy tratando de decirte es que me parece mala idea que nos casemos solo porque estoy embarazada cuando no… Cuando sé que no sentimos nada el uno por el otro. Si ya es difícil cuando hay amor, nuestro matrimonio no tendría ningún futuro. Creo que será mejor que mantengamos una relación de amistad en vez de

arriesgarnos a que nuestro hijo tenga que vivir nuestra separación como nos pasó a nosotros.

–Es una actitud muy negativa –comentó Nicolo sorprendido.

–Me limito a ser realista.

En realidad, trataba de aceptar la situación aunque habría preferido que las cosas fueran de otro modo. No quería casarse con un hombre que no la amaba.

–Además, no creo que de verdad quieras casarte. Aún te persigue tu pasado y vives recluido y apartado del mundo e incluso de las personas que se preocupan por ti, como tu familia. Ni siquiera te has perdonado a ti mismo. ¿Cómo puedo creer que querrás a este niño cuando no he visto ninguna prueba de que seas capaz de amar?

–*Dio*, Sophie! –protestó Nicolo poniéndose en pie–. Eso es injusto. Claro que lo querré. Ya no soy el mismo de antes. Admito que me sentía tan culpable que no podía mirar hacia el futuro. Pero he cambiado, tú me has cambiado. Me has ayudado a que me vea de manera diferente. Y no vivo tan apartado del mundo como crees.

Quería hablarle a Sophie sobre la fundación que había creado y apoyado económicamente durante los últimos ocho años, pero miró su reloj y vio que no tenía tiempo para hablar con ella en esos momentos. No podía llegar tarde a la conferencia de prensa que iba a tener lugar en Londres. En ella iba explicar el trabajo que había hecho la fundación y hablar de sus objetivos.

La conversación con Sophie iba a tener que esperar hasta que regresara al día siguiente. Creía que entonces podría demostrarle cuánto había cambiado e incluso convencerla para que viera que iba a ser un padre devoto y un buen marido.

–¿Recuerdas que te dije que tenía que ir a Londres para una reunión? –le preguntó–. Es hoy. Me quedaré a dormir allí y volveré por la mañana. Hablaremos más entonces.

Vio que parecía nerviosa y preocupada y le entraron ganas de anular sus planes y quedarse con ella. Pero todo estaba preparado para la rueda de prensa y la fundación necesitaba esa publicidad.

–¿Estarás bien? George y Joan se han ido a visitar a su hija. Vas a estar sola –le recordó.

Sophie se encogió de hombros fingiendo que no le importaba. Era obvio que Nicolo estaba deseando irse. No había tratado de convencerla para que se casara con él y suponía que le aliviaría ver que ella se había negado.

–No estaré del todo sola, tendré a Dorcha a mi lado –le dijo–. Y ese perro es capaz de aterrorizar a cualquier intruso.

–Bueno, a ti no te asustó –replicó Nicolo.

Se inclinó y la besó con tanta pasión y ternura que a Sophie se le encogió el corazón.

–No tardé mucho en descubrir que eres única, Sophie. Nunca he conocido a nadie como tú.

Horas más tarde, Sophie seguía sin saber si el comentario de Nicolo habría sido un elogio o una crítica. Pero lo único importante era que en realidad no la amaba. Y por eso le había dicho que no podía casarse con él.

Hacía calor en el jardín y dentro de la casa tampoco estaba mucho más fresco el ambiente. El pronóstico del tiempo anunciaba tormentas. Supuso que la ola de calor de la que habían estado disfrutando llegaba ya a su fin.

Estaba demasiado disgustada para comer, pero recordó que tenía la obligación de hacerlo. Igual que Nicolo se había visto en la obligación de pedirle que se casara con ella.

Creía que, aunque ella había rechazado la idea, Nicolo seguiría apoyándola con el niño. Después de sufrir el abandono de su madre, estaba segura de que no le haría lo mismo a su hijo. Cuando regresara al día siguiente, tendrían que hablar ya seriamente sobre dónde iba a vivir ella y cómo se repartirían las vacaciones y los fines de semana.

Se acarició el estómago, empezaba por fin a imaginar a ese bebé como una persona real. No le gustaba la idea de que el pequeño tuviera que ir de una casa a otra, pero tampoco quería un matrimonio sin amor.

Necesitaba distraerse y dejar de dar vueltas a las mismas cosas. Encendió el televisor para ver las noticias de la noche.

Nicolo se sintió abrumado por los recuerdos al verse en el vestíbulo del hotel Chatsfield. No había estado allí desde el incendio. Habían pasado diecinueve años, pero el hotel seguía casi como lo recordaba. Habían cambiado algo la decoración, pero aún conservaba el mismo ambiente de lujo y exclusividad.

Cuando entró en el ascensor, lo envolvió el aroma que era la insignia de la cadena Chatsfield. Fue poniéndose cada vez más nervioso a medida que el ascensor subía al ático. No había vuelto a ese lugar donde la vida de una joven doncella y la suya habían cambiado para siempre.

Recordó entonces la visita en casa de Marissa Bisek después de la rueda de prensa. Había decidido que tenía que decirle la verdad.

Ella lo había recibido con gusto. Después de ver de nuevo las cicatrices de su rostro, no le habría extrañado que ella lo odiara después de saber la verdad. Pero le había sorprendido abrazándolo con cariño y diciéndole que no tenía nada que perdonarle. Le había

dicho que él le había salvado la vida y que siempre le iba a estar agradecida.

Le contó que, de no haber sobrevivido el incendio, nunca habría llegado a ver a su hijo pequeño, que entonces había sido un bebé, licenciándose tras terminar la carrera en la universidad. También le dijo que estaba a punto de casarse con un hombre maravilloso que la amaba a pesar de sus cicatrices.

–Estoy muy feliz con mi vida –le aseguró–. Espero que pueda olvidar el pasado y encontrar la felicidad y el amor.

Sus palabras le habían quitado un gran peso de encima. Como hacía Sophie, también Marissa había optado por vivir cada día al máximo. Se sentía avergonzado ante la fuerza de esas dos mujeres. Había llegado a la conclusión de que Sophie tenía razón, tenía que dejar de castigarse a sí mismo por lo que había hecho en el pasado y abrazar el futuro. Algo mucho más importante después de saber que iba a ser padre. Pero sabía que no iba a poder seguir adelante hasta que no se enfrentara a su propio progenitor.

Le costó entrar en el ático, allí había vivido un verdadero infierno.

Su padre se levantó del sofá al verlo y lo saludó con una tímida sonrisa. Le llamó la atención ver cuánto había envejecido. Seguía siendo un hombre carismático con un brillo especial en sus ojos azules, pero tenía el pelo canoso y andaba algo encorvado.

–¡Nicolo! –exclamó tendiéndole los brazos–. Vi tu rueda de prensa. No tenía ni idea de que tuvieras una fundación para ayudar a las víctimas de incendios. ¿Por qué lo has mantenido en secreto hasta ahora? –le preguntó poniendo las manos sobre los hombros de Nicolo–. Estoy muy orgulloso de ti. Igual que lo está el resto de la familia. También tu madre lo habría estado, hijo mío.

Se le hizo un nudo en la garganta. Había ido a verlo para exigirle explicaciones. Pensaba decirle que lo había visto en la cama con una doncella y que se había sentido traicionado por él, pero recordó entonces las palabras de Sophie. Ella le había aconsejado que perdonara a su padre.

Decidió entonces que quizás hubiera llegado el momento de hacerlo. Cada relación era un mundo y no podía saber lo que había pasado de verdad entre sus padres. Había culpado a Gene por el abandono de su madre, pero ya no era ese niño y entendía que las relaciones eran complejas y el amor, demasiado frágil.

Tragó saliva y fue hacia su padre para abrazarlo.

–Papá –le dijo en voz baja–. Tengo algo que contarte. Vas a ser abuelo.

Sophie vio las noticias sin conseguir concentrarse en lo que estaba

oyendo. Estaba a punto de cambiar de canal cuando vio un rostro conocido en la pantalla. No podía creerlo, no entendía qué hacía Nicolo en la televisión.

Vio que estaba dando una rueda de prensa y no se le pasó por alto lo guapo que estaba. Nicolo miraba a la cámara mientras hablaba.

–Establecí la Fundación Michael Morris de ayuda a quemados con la colaboración de la hermana de Michael, Beth Doyle. Durante los últimos ocho años, ha sido la directora ejecutiva de la fundación y ha trabajado muy duro para aumentar la conciencia pública y reunir todo tipo de apoyos para las víctimas de quemaduras –estaba explicando Nicolo–. Pero Beth ha decidido dimitir como directora para centrarse en su familia. A partir de ahora, combinaré mi papel como encargado de la recaudación de fondos con los deberes de director general y supervisaré el funcionamiento de la fundación. Voy a seguir trabajando incansablemente por esta asociación, también como portavoz de la misma.

Siguió mirando absorta la pantalla incluso después de que desapareciera la imagen de Nicolo. No podía creerlo. Recordó que lo había acusado de vivir alejado del mundo, pero había estado muy equivocada. También lo había acusado de no poder enterrar su pasado, pero estaba claro que había decidido aprovechar su experiencia para ayudar a otros.

Se dio cuenta entonces de que no trabajaba para ganar dinero y hacerse más rico, sino para poder sostener su fundación. No entendía por qué no le había hablado de ello.

Sabía que era un hombre reservado, pero le dolía que no le hubiera contado algo que era tan importante para él. Le avergonzaba haberlo juzgado tan duramente. Él le había dicho que había cambiado, pero ella no lo había creído, no le había dado una oportunidad para demostrárselo.

Se sintió muy mal consigo misma y se fue a la cama con el corazón encogido. Esperaba poder conciliar el sueño y dejar de darle vueltas a lo que le había dicho a Nicolo.

Después de una hora sin poder dormirse, seleccionó una lista de canciones en su teléfono, se puso los auriculares y volvió a tumbarse. Trató de recordar que pasarse toda la noche llorando no le convenía a ella ni al bebé.

La tormenta se desató mientras Nicolo conducía por la autopista. Había decidido regresar a Buckinghamshire esa misma noche. Vio varios relámpagos a lo lejos y pisó el acelerador al recordar que Sophie estaba sola en la gran casa. No creía que le dieran miedo las tormentas. Sabía que era tan valiente como una leona. Pero, por

desgracia para él, era también terca como una mula. Ya se debería haber imaginado que no le iba a resultar fácil persuadirla para que se casara con él. Aun así, había esperado que accediera por el bien del bebé.

Pero se dio cuenta de que él había usado el embarazo como excusa y eso tampoco era justo.

–¿Le has dicho a Sophie lo que sientes? –le había preguntado Beth cuando él la había llamado por teléfono después de la rueda de prensa.

–No, no exactamente –había admitido él.

–Pues deberías hacerlo –le había aconsejado su amiga–. No es difícil, solo son dos palabras.

Pero temía que lo rechazara, sabía que se sentía así por el abandono de su madre. Durante años, había fingido que no le importaba que a algunas mujeres les repeliera el aspecto de sus cicatrices, pero en el fondo, le habían hecho mucho daño.

La Bestia se había escondido entonces en su guarida, hasta que apareció un día la Bella instalándose primero en su casa y después en su corazón. Pero sabía que eso era solo un cuento de hadas y que ellos no iban a tener un final feliz. Sophie no quería casarse con él.

Algunas veces, la había sorprendido mirándolo con una expresión en sus ojos que le había hecho preguntarse si ella podría llegar a… Pero no quería hacerse ilusiones. Creía que no podía hacer otra cosa que ser honesto con sus propios sentimientos.

Salió de la autopista y atravesó unos minutos más tarde la aldea. A la una de la mañana, la única señal de vida que vio por allí fue un zorro escabulléndose entre unos matorrales. Desde lo alto de la colina se divisaba el gran valle y todo estaba oscuro excepto por un resplandor que pudo ver en la distancia.

El resplandor naranja se hizo más brillante según se acercaba. Cuando llegó al camino que iba hasta la casa familiar, se quedó sin aliento al ver la brillante luz por encima de las copas de los árboles. Piso el acelerador y frenó después de golpe al llegar frente a la casa.

–*Santa Madre di Dio!* –susurró aterrorizado.

Capítulo 12

La casa estaba en llamas. Aturdido por lo que estaba viendo, solo podía farfullar palabras en italiano. Supuso que el incendio lo había provocado un rayo que debía de haber alcanzado la torre oeste. Gran parte de la mampostería de esa construcción se había derrumbado y pudo ver las llamas que se extendían por el tejado de la casa.

Sacó el teléfono y llamó a los bomberos, dándoles los detalles necesarios de manera rápida y eficiente. Le preguntaron si había alguien dentro de la casa. Les confirmó que había una persona en el interior y le aconsejaron que no intentara entrar, que esperara a los bomberos.

–¡Ni hablar! –exclamó mientras salía del coche y corría hacia la puerta principal.

Podía oír los ladridos frenéticos de Dorcha en el interior. Aunque Sophie hubiera estado durmiendo, le parecía imposible que no la hubiera despertado el perro.

Se le heló la sangre en las venas pensando que quizás estuviera desmayada, intoxicada por el humo. No le tranquilizó abrir la puerta y ver que lo recibía una nube de espeso humo negro.

–¡Sophie!

Pudo ver a pesar de todo que no habían llegado las llamas a la planta baja, pero arriba el fuego rugía, destruyéndolo todo a su paso.

Se sintió de repente abrumado por un sentimiento de desesperación. Sophie y el hijo que esperaban estaban atrapados en ese infierno. Era peor que cualquier pesadilla que hubiera podido tener. Estaba decidido a rescatarla o morir en el intento.

Se cubrió la cabeza con la chaqueta, cruzó el recibidor y se quedó mirando las llamas que ya devoraban la barandilla de la escalera. No tenía mucho tiempo. El calor que desprendían las llamas era sofocante. Recordó el terror que había sentido en el ático del hotel, el dolor de las quemaduras, el olor a carne quemada…

Pero siguió adelante sin vacilar. La adrenalina ya bombeaba con fuerza por sus venas cuando llegó al rellano del piso superior y vio la gravedad del incendio. Se había derrumbado el techo al otro extremo del pasillo y caían trozos del tejado en llamas.

Siguió el sonido de los ladridos de Dorcha, ignorando los escombros en llamas que caían a su alrededor. Supuso que Sophie se habría atrincherado en su dormitorio y que estaría aterrorizada. Impulsado

por el instinto de proteger a Sophie y al bebé, se olvidó de su propio miedo y corrió hacia las llamas.

Sophie no entendía qué estaba pasando. No sabía qué la había despertado. Le pareció que una densa niebla llenaba la habitación, sentía mucho picor en los ojos y también oía música.

Recordó de repente que aún llevaba puestos sus auriculares. Cuando se los quitó, oyó a Dorcha ladrando frente a la puerta del dormitorio. También pudo escuchar otros sonidos, parecían rugidos…

Olía mucho a humo y empezó a toser. Con el corazón a mil por hora, fue a tientas hasta la puerta y la abrió.

El perro se arrojó sobre ella y acarició distraídamente su cabeza mientras miraba aterrada a su alrededor.

–¡Dios mío! –susurró al ver las llamas por las paredes y el techo del pasillo.

Un muro de fuego le impedía ir hasta la escalera y se le revolvió el estómago cuando se dio cuenta de que no había otra salida.

–¡Dorcha! Eso es lo que estabas tratando de decirme, ¿verdad? –susurró abrazándose al perro–. Estamos atrapados…

Tiró del perro para meterlo en la habitación, cerró la puerta y fue corriendo a la ventana. Estaba a bastante altura sobre el camino de grava y no había nada para amortiguar la caída si se decidía a saltar. Y, aunque ella pudiera sobrevivir, dudaba mucho que lo hiciera el bebé.

Estaba desesperada, solo podía pensar en proteger a su hijo, su pequeño milagro. En ese momento, le costaba creer que hubiera visto ese embarazo como un inconveniente. Aunque le habían dicho que era estéril, la vida le había regalado la oportunidad de ser madre. Pero empezaba a temer que ninguno de los dos fuera a salir con vida de ese infierno.

Se le llenaron de lágrimas los ojos al pensar que no iba a volver a ver a Nicolo, que nunca iba a poder decirle lo que debería haberle dicho hacía semanas. No le había dicho que lo amaba y ya era demasiado tarde…

–¡Sophie!

Pensó durante un segundo que se había imaginado su voz, pero se dio la vuelta y pudo distinguirlo con dificultad de pie junto a la puerta.

–¡Dios mío! ¡Menos mal que estás bien!

–Nicolo… –susurró ella sin poder creerse que de verdad estuviera allí–. ¿No estabas en Londres?

–Afortunadamente, decidí no pasar la noche allí y volver a casa –repuso Nicolo mientras iba hacia ella y la miraba con intensidad–.

Pensé que os había perdido a los dos.

No le sorprendió que hubiera estado preocupado por el bebé. Trató de convencerse de que no le importaba. Y menos aún cuando la abrazó con fuerza contra su torso.

–Cuando llegué, el fuego ya se había apoderado de la casa –le dijo él–. ¿Por qué no saliste de aquí?

–Me dormí con los auriculares puestos y no escuché los ladridos de Dorcha. Pero, ¿por qué has entrado tú en la casa? Es una locura –susurró entre lágrimas–. No vamos a poder salir.

–¿Acaso crees que te dejaría aquí dentro sin hacer nada? De ninguna manera, cariño. Voy a sacarte de aquí.

Supuso que las llamas ya habían consumido gran parte del tejado y estaban en ese instante sobre sus cabezas. Sophie gritó cuando una viga en llamas atravesó el techo. Temblando de miedo, se acurrucó contra Nicolo.

–No deberías haberte arriesgado por mí –le dijo ella.

Nicolo agarró su barbilla para que lo mirara a los ojos. Había demasiado humo para que pudiera distinguir con claridad su expresión, pero había mucha emoción en su voz.

–Mi vida no tiene sentido sin ti –le confesó Nicolo.

–Siento haberte dicho cosas tan horribles –susurró ella–. Vi la rueda de prensa. Fue increíble, no tenía ni idea. Siento haber dudado de ti.

–No importa –le aseguró Nicolo.

Ya podía ver por la ventana las luces de los bomberos. Sintió un gran alivio. Se asomó y les gritó para indicarles dónde estaban. Después, miró a Sophie y la abrazó con fuerza.

–¿Confías en mí, cariño?

Se sentía segura entre sus brazos. Sabía que Nicolo daría su vida por protegerla.

–Por supuesto.

Nicolo sintió que el cuerpo de Sophie se tensaba al ver la escalera extensible de los bomberos subiendo hacia la ventana.

El pánico se apoderó de ella. Había un bombero en la parte de arriba y se quedó helada al saber que iba a tener que subirse con él a esa pequeña plataforma.

–Nicolo, tengo miedo.

–Lo sé, cariño, pero todo va a salir bien. Te sacarán a ti primero.

Sophie lo agarró con fuerza.

–¿No nos pueden bajar a la vez?

–No hay suficiente espacio en la plataforma, pero subirán de nuevo la escalera para rescatarme a mí.

–Pero no quiero dejarte aquí.

–Sophie, dijiste que confiabas en mí –le dijo Nicolo dándole un beso en la boca antes de acompañarla hasta la ventana–. Te prometo que

saldré de aquí sin problemas, pero antes quiero saber que tú estás a salvo.

Apenas fue consciente de lo que pasó a continuación. Un bombero la ayudó a subir a la plataforma y descendieron después lentamente. No podía dejar de mirar la casa en llamas, tenía los ojos fijos en Nicolo. Había muchas llamas detrás de él, se dio cuenta de que el fuego ya había entrado en el dormitorio.

–Por favor, más deprisa –murmuró angustiada.

Estaba deseando bajarse de allí para que pudieran elevar de nuevo la escalera y rescatar a Nicolo y a Dorcha.

Oyó de repente un fuerte ruido y vio horrorizada que se había derrumbado el techo de la habitación. Podía ver las llamas elevándose contra el negro cielo.

–¡Nicolo! Nicolo… –gritó muerta de miedo una y otra vez mientras lo buscaba desesperadamente con la mirada.

Pero había desaparecido.

Sophie no recordaba con claridad el trayecto en ambulancia. Solo luces de colores, sonidos extraños y a alguien metiéndola en camilla por las puertas de urgencias de un hospital.

Después de que un médico revisara su estado, la llevaron por fin a una pequeña habitación. No podía dejar de llorar.

–Sus ojos están sufriendo aún los efectos del humo –le dijo la enfermera al verla así.

Pero ella sabía que el humo no tenía nada que ver con las lágrimas que corrían por su rostro. Se sentó en la camilla y agarró el brazo de la enfermera.

–¿Sabe algo del señor Chatsfield, la otra persona que quedó atrapada en el incendio?

–No, no sé nada aún, pero tengo buenas noticias para usted –respondió la mujer–. La ecografía es completamente normal, su bebé está bien. Parece que no le ha afectado en absoluto el trauma por el que ha tenido que pasar usted.

Sintió alivio al saber que su pequeño milagro seguía bien, pero no podía dejar de pensar en él.

–Señorita Ashdown, ¿qué hace? –le preguntó la enfermera al ver que se bajaba de la camilla–. El médico no le ha dado aún el alta.

–No puedo quedarme aquí. ¿Dónde están mis zapatos?

–Señorita Ashdown, por favor, vuelva a…

–¡No lo entiende! –gritó enfadada Sophie–. Tengo que saber cómo está Nicolo. Necesito saber si está vivo. Si no ha conseguido… –comenzó sin poder terminar la frase–. Tengo que encontrar al hombre al que amo –agregó con más fuerza–. ¡Sin él, mi vida no tiene sentido!

–¿Sophie?

Se dio la vuelta y se quedó sin aliento al ver a Nicolo en la puerta. Tenía la camisa rota y ennegrecida por el hollín y vio que se había hecho un corte en la mejilla, pero seguía teniendo el mismo aspecto de peligroso bandolero que tanto le gustaba. Sintió que le temblaban las piernas.

–¡Gracias a Dios! –exclamó aliviada.

–Bueno, creo que será mejor que los deje solos –murmuró la enfermera.

Se quedaron en silencio unos segundos.

–¿Cuánto tiempo llevabas ahí de pie? –le preguntó ella cuando recobró el habla.

–Lo suficiente para escuchar lo que dijiste –contestó Nicolo con el corazón latiendo a mil por hora en su pecho–. ¿Hablabas en serio?

Se quedó mirando a ese hombre que había arriesgado su vida por ella. Se había enfrentado a su mayor temor para entrar en una casa en llamas, todo con el objetivo de salvarla y aún a riesgo de su propia vida.

Respiró profundamente antes de contestar.

–Sí, lo decía en serio –le confesó con emoción–. Te quiero con todo mi corazón.

Vio que Nicolo abría la boca para hablar y levantó la mano para detenerlo.

–Sé que me pediste que me casara contigo por el bebé –agregó ella–. Y sé que lo más probable es que no compartas mis sentimientos…

–No sabes nada –la interrumpió Nicolo–. Para ser tan inteligente, tardas mucho en entender lo que pasa a tu alrededor –agregó acercándose a ella sin dejar de mirarla a los ojos–. Llegaste a mi casa y me robaste el corazón. Desde ese primer momento, supe que me había metido en un buen lío. Creo que por eso me empeñaba en echarte de allí.

Acarició el sedoso cabello dorado de Sophie y la atrajo contra su pecho.

–Pero no dejaste que te echara y conseguiste sacarme de quicio –continuó mientras sonreía–. Hiciste que terminara enamorándome de ti.

–Si eso es verdad, ¿por qué me echaste al final?

–Porque creía que era lo mejor para ti –le confesó Nicolo–. Tenía muy poca confianza en mí mismo. Como me dijiste, vivía recluido y trataba de no sentir nada. Pero, después de que te fueras, descubrí que no era en realidad así y que tenía más sentimientos de los que creía posibles. Te eché mucho de menos –le confesó–. Incluso me apetecía ir a la junta de accionistas para poder verte de nuevo. Cuando la pospusieron, decidí ir a verte a casa.

–Y descubriste entonces que ibas a ser padre –le recordó ella–. Para alguien que ha rehuido siempre de todo tipo de compromisos emocionales, supongo que sería un shock.

–Un shock maravilloso –le dijo Nicolo–. Nunca me había planteado ser padre, ni enamorarme. Pero te quiero, Sophie –susurró contra sus labios–. Te quiero más de lo que crees. Me hace tan feliz la idea de tener un bebé… Pero no es por eso por lo que quiero casarme contigo. La verdad es que no puedo soportar la idea de vivir sin ti.

Tomó la cara de Sophie entre sus manos y ella se derritió al ver cómo la miraba.

–¿Quieres ser mi esposa, Sophie, y dejar que te demuestre cuánto te quiero?

–Sí –repuso ella con voz temblorosa–. Yo también voy a quererte siempre.

Cayeron por sus mejillas las lágrimas que había tratado de contener. Sabía que iba a tardar en olvidar lo que había sentido al ver cómo se hundía el tejado de la casa.

–Pensé que te había perdido… –susurró llorando.

Él también se estremeció al revivir lo que había sentido al ver el fuego y recordar que Sophie estaba atrapada dentro de la casa.

–La idea de no poder volver a estar entre tus brazos era insoportable –añadió.

Nicolo le limpió las lágrimas con las yemas de sus pulgares.

–No llores, cariño. Me vas a hacer llorar a mí también.

Sophie contuvo el aliento al ver que los ojos de Nicolo estaban llenos de lágrimas. Lo abrazó con fuerza, como si le fuera la vida en ello.

–Una vez más, un milagro ha hecho que sobrevivamos –murmuró ella–. ¿Y Dorcha? ¿Está bien?

–Sí, está bien. Se ha chamuscado un poco su pelaje, pero ese pelo es precisamente lo que le ha protegido. Está con el veterinario. Lo recogeré mañana. Por cierto, no podremos regresar a casa hasta que podamos arreglarla, pero se me ha ocurrido una idea que quiero comentarte.

Pensó que le iba a hablar de dónde iban a alojarse mientras tanto, pero Nicolo la sorprendió.

–Ayer fui a ver a mi padre e hice las paces con él.

Abrió la boca atónita.

–¿Le dijiste lo que pasó? ¿Que lo habías pillado in fraganti con otra mujer en el ático?

–No, seguí tu consejo y decidí dejar atrás el pasado. Gene está enamorado de una mujer encantadora y van a casarse. Espero que tengan mucha suerte y un futuro feliz –le dijo–. Y le ha entusiasmado la idea de ser abuelo. Pero lo que quería comentarte es que me ha

ofrecido la casa familiar, quiere donarla a la fundación para convertirla en una clínica de rehabilitación especializada en niños con quemaduras.

Nicolo sonrió y le dio un tierno beso en la boca.

–Me ha parecido buena idea. Nosotros podríamos comprarnos otra casa, una que hayamos elegido juntos y donde empezar nuestra vida en común.

–Me parece una idea estupenda –le dijo ella–. ¡Acabo de acordarme! ¿Cómo vas a poder continuar con tu empresa? ¿No se quemaron los ordenadores?

–No, me han dicho los bomberos que la planta baja apenas sufrió daños. De todos modos, puedo trabajar desde cualquier ordenador –le explicó Nicolo–. Y en el futuro voy a dedicar menos tiempo a la empresa y más a la fundación. Sé que tú estarás al principio muy ocupada con el bebé, pero, si decides que quieres trabajar, el nuevo director general de la Fundación Michael Morris va a necesitar una secretaria personal.

–Suena interesante… –murmuró Sophie rodeando su cuello con los brazos–. ¿Cuáles serían mis deberes?

–Amarme con todo tu corazón durante el resto de nuestras vidas, como prometo amarte yo.

Ella sonrió al oírlo.

–En ese caso, creo que soy perfecta para el puesto. ¿Cuándo puedo empezar?

–El puesto necesita incorporación inmediata –respondió Nicolo con emoción.

La besó entonces con toda la pasión y el amor que tenía en su corazón.

* * *

Podrás conocer la historia de Franco Chatsfield en el quinto libro de la serie *Los Chatsfield* del próximo mes titulado:
La tentación del indomable

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

